

REVISTA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XIV—TOMO LXXI

JULIO — AGOSTO — SEPTIEMBRE 1888



DIRECCION Y ADMINISTRACION

PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

MADRID, 1888

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo



LUZ DE LUNA ⁽¹⁾

(EDUARDO PONDAL)



REO firmemente que hay aromas, sonidos, colores, formas y hasta maneras de soplar el viento, de murmurar el mar y de besarse suavemente las frondas del arbolado, peculiares á cada país, y que los nacidos en él distinguirían de cualquier fenómeno natural análogo, por semejante que parezca á primera vista á los que no la tienen doble, como los escoceses, y como los artistas, gente capaz de observar y sentir intensamente hasta el roce de un hilo de telaraña.

Puede acontecer que de estos colores, aromas y sonidos propios de cada país, sea uno sobre todo el que afecta y hiere los delicados sentidos del artista ó del poeta; y que así como hay pintores que en todos sus cuadros reproducen la luz de una misma hora, del ocaso por ejemplo, se destaque para el poeta, sobre el inmenso concierto de tonos, de emanaciones y de ruidos que se eleva de la naturaleza sensible cual himno armo-

(1) A la galantería de la insigne escritora Doña Emilia Pardo Bazán debemos el poder publicar este precioso artículo, que formará parte de un libro titulado *De mi tierra*, que pronto saldrá á luz.

nioso, una impresión ante la cual palidecen las restantes, y que viene á ser la nota característica de su musa.

Eduardo Pondal, en quien pienso al escribir esto, no para aplicárselo rigurosamente, sino para encontrar analogías, se distingue, es una silueta aparte entre los poetas regionales de Galicia. Por cierto murmurio solemne y plañidero á la vez, que resuena en sus versos, les cae divinamente el título á las dos colecciones que lleva publicadas, bilingüe la primera, toda gallega la segunda: *Rumores de los pinos—Queixumes d' os pinos*. Sí; las copas de los pinares de mi tierra se agitan con ese ruido especial, semejante al del Océano cuando se oye á distancia y en días tormentosos. Mas lo que de día es zumbido vago, no exento de sonoridad, lleno de *eses* suaves parecidas al balbucir de unos labios cariñosos que murmuran ternezas en voz baja, es, de noche, al brillar la luna, grave aunque contenido canto llano, que infunde cierto pavor religioso. Entonces predomina en él la larga *u!* la vocal del terror. Lo que al sol es *rumor* solamente, á la luna es *queixume*—quejido. ¿Quién no ha notado el efecto fantástico que produce de noche el ruido más vulgar? Y el de las copas de los pinares es de verdad temeroso, hecho de molde para exaltar la imaginación.

Pues bien; se me figura que ese rumor, al cual se asocia en mis sentidos la impresión de fuertes aromas resinosos, Pondal lo ha oído siempre de noche: si por casualidad lo oyó de día, no le pasó del tímpano penetrando en el alma. De noche, á la fría luz del luminar que es fama adoraban los celtas, es cuando el poeta *bergantiñán* se deja arrullar por la romántica sinfonía del árbol triste, sinfonía tan bien expresada con la onomatopeya del verbo gallego *bruar*.

En estos libres *scherzos* sobre motivos galáicos, me río yo de los fueros científicos de la crítica y procuro ver y escribir con la fantasía sola. Usando de la licencia que yo misma me otorgo, ahora se me ocurre dividir las literaturas en *solares* y *lunares*, clasificación que, á falta de otro, tiene el mérito de la novedad. La escuela poética sevillana, por ejemplo, está llena de sol, mientras nuestra lírica regional siempre me parece bañada por la luz de la luna, luz incierta, pálida y penosa. ¿Será que el viejo numen inspirador de la poesía de los bardos, que

la virgen inmortal invocada por el druída con el consabido rito misterioso de la segur y del muérdago de encina, á la hora del plenilunio y en el bosque sagrado, sigue presidiendo á los destinos de este pedazo de tierra é influyendo en la mente nebulosa de sus hijos?

Lo indudable es que el frío rayo ha caído sobre la cabeza de Eduardo Pondal desde los días infantiles, anegando para siempre aquel cerebro en claridades fantásticas y argentinas que alternan con anchos trozos de sombra. Esto no es llamar *lunático* á Eduardo Pondal, ni menos suponer que su razón se ha ido de viaje en compañía de la de Astolfo; todos conocemos la apacible, simpática y excelente persona del autor de la poesía más celebrada que se ha escrito en lengua gallega, y sabemos que la vida sencilla, un tanto retraída y metida en la concha, de Pondal, se debe á condiciones de carácter propias de la raza, que no pueden menoscabar ni la consideración que merece el hombre, ni el agrado de su trato, que es de los más dulces, apenas se rompe el hielo de su natural esquivez. Sólo quiero significar, con esto de la luna que traigo al retortero, la forma predilecta que toman las cosas en una muy poética fantasía—de las más poéticas que produjo mi país, y también de las más marcadas con el sello regional.

¿Quién ignora que la luna es el astro favorito de los amigos de recordaciones y ensueños, de los que anhelan vivir en lo pasado porque lo presente no satisface su necesidad de idealismo? ¿Y á quién no le consta que á la luna los objetos mudan de aspecto y se prestan á representar todo cuanto se nos antoja, y un molino desmantelado parece castillo ruinoso, y los arbustos centinelas? Una noche de verano, en la Granja de Meirás, hallándose las ventanas abiertas de par en par y reunida tertulia numerosa, alguien dijo que frente á la casa estaba una mujer, ó más propiamente un fantasma, vestido de blanco y con los brazos extendidos. Todo el mundo corrió á ver el asombro. Era, en efecto, la verdadera figura de una mujer alta, con túnica flotante, que nos tendía los brazos y que de cuando en cuando columpiaba la cabeza y el cabello undoso; esta aparición singular se proyectaba sobre el oscuro fondo de un macizo de limoneros. La gente se quedó quieta

y agrupada: nadie bajó las escaleras para ponerse al habla con la fantasma dichosa. ¿Por miedo real? No, puesto que desde el primer instante se comprendió la causa del fenómeno: una enredadera sumamente tupida y frondosa, que trepaba por el limonero, y cuyo follaje claro, al resplandor de la luna, se perfilaba imitando el realce y las líneas indecisas de un cuerpo. No obstante, seguros completamente de lo que había bajo aquella caprichosa apariencia, permanecíamos inmóviles, saboreando el vago placer del temor sin objeto, del temor indefinible; percibiendo con deleite el latido de la imaginación y lamentando casi el forzoso excepticismo que no nos permitía gozar por entero la compañía de la dama blanca.—Yo al menos discurría así, y como en otras mil ocasiones, renegaba de esta pícara dualidad mía, de esta complejidad de mi sér que, permitiéndome sentir el valor inestimable de la ilusión poética, me obliga al mismo tiempo á analizarla y por consiguiente á destruirla.—Con el incidente del fantasma fingido por la enredadera, intento yo explicar el celticismo prehistórico, el *osianismo* y las reminiscencias ancestrales, en que consiste la originalidad de Eduardo Pondal. Son el sueño de una noche de luna; objetos que toman raro aspecto en la fantasía siempre juvenil del poeta.

Tales representaciones piden, á no dudarlo, un fundamento, una base aunque sea remota y como perdida entre las brumas de lejanísimos tiempos: reclaman algo que imprima á la imaginación velocidad inicial. El autor de *A campana d'Anllons* no hubiera oído entre el rumor de los pinos, acordes del arpa de los bardos, si no naciese en Bergantiños, tierra de los brigantes, el punto de Galicia donde se conserva más viva la memoria y más visible la huella de nuestros orígenes célticos, ó por lo menos, pues no es aquí lugar oportuno para meterse en honduras etnológicas, de la dominación decisiva ejercida por los celtas invasores sobre una raza autóctona, cuyos rezagos he creído descubrir á menudo en ciertos tipos montañoses de pómulos abultados y cráneo muy ancho hacia la sien.—Así, por derecho de nacimiento, Eduardo Pondal, con su gabán y su hongo, ha venido á ser *el bardo*—no hay que reirse, pues las almas de los que fueron parece como que se cuelan

á veces, por caprichosa metempsícosis, en el cuerpo de los que son.—Eduardo Pondal hoy es acaso el único hombre en España que con algún derecho puede usar este título de *bardo*, que á lo mejor se dan á sí propios, con mucha formalidad, los copleros de seguidilla ó los rimadores de odas pindáricas y sonetos argensolianos. Sólo á Pondal le es lícito decir:

Pasajeros rumores de los pinos
que arrullásteis los días de mi infancia
y encantásteis un tiempo mis oídos,
sobre la oscura tierra de Brigandsia
pasásteis, mas *el bardo* transeunte
aún recuerda el rumor de vuestras alas (1).

Y sienta bien en su boca la invocación al valle natal.

«Verde valle de Rouriz en tierra de Bergantiños; oh valle caro á los celtas, el de los pinos altos y verdes; cuando se despida de este mundo tu bardo Gundar, concédele sepulcro, oh valle amigo, conforme á la usanza céltica, en tu seno silencioso: sepulcro sólo de tí conocido... Recibe en tu soledad á este errante bardo, oh valle de las vagas brumas y de los pinos rumorosos (2).»

Esta poesía se escribe en un siglo de intereses positivos y de ciencia experimental (siglo que le parece hartó prosiáco á nuestro bardo, enamorado del tiempo que fué, á pesar de ciertas fiebres políticas juveniles que padeció un tiempo y que deberían llamarse la escarlatina del alma); pero suena—¿cómo dudarlo?—á canción vieja: el mismo poeta, con sentido crítico envuelto en formas estéticas, nos lo dice, en la respuesta del valle *caro á los celtas*, el valle de Rouriz: «Ciertamente que no me son desconocidos tus vagos y dulces cantos; acaso los habré oído muchas veces; mas no puedo recordar si ahora ó si en tiempos antiguos... Grande y noble cosa son los bardos, y durante su paso por la tierra no suelen comprenderlos los hijos de los hombres... Sólo tú, agreste soledad, eres asilo digno del bardo.»

(1) Dedicatoria: (*Rumores de los pinos*).

(2) Gundar, fillo d'Ouco (*Rumores de los pinos*).

Bien se advierte en estas breves citas que el espíritu del poeta *bergantiñán* está vuelto cara al Oeste. El vivir de Pondal, adherido al rincón nativo con adhesión tenaz y muda, es verdaderamente vida de hombre que, descontento de la edad en que le tocó nacer, se aísla en la interior y maravillosa libertad de la fantasía, trasladándose á los siglos para siempre desvanecidos y borrados. ¡Dulce género de desvarío! ¡Cuán propio de la ensoñadora condición del poeta!

Sentarse al borde del mar espumoso y contemplar los negros escollos ó el viejo cabo, «que tal vez sueña con lo infinito;» escuchar los cantares del hada Rouriz, que como la Loreley de la balada alemana peina sus largos cabellos con peine de oro; seguir la orilla del Langüelle, el triste río montañés, sin flores en las orillas, el río hijo de las nieblas y las uces, el «río de esquivo carácter y mirada recelosa, montañés legítimo, que escapa como el lobo por no ver gente;» oír por milésima vez el *fungar* de los pinos, semejantes á celtas colocados en orden de batalla; recordar que allí yacen, alumbrados por la luz de la luna, dormidos en sus tumbas olvidadas, los antepasados prehistóricos; todo esto es poesía, cerrada, nublada, gris, acuosa tal vez como nuestro celaje, poco humana en su arqueológico lirismo, pero sincera y sentida en Pondal—una de las personas menos afectadas que conozco, uno de los pocos hombres que son de una pieza con sus versos, y cuyo carácter, á la vez cariñoso y bravo, se copia mejor en la extraña cadencia de sus rimas.

Que todo este celticismo y bardismo, por muy artificioso y romántico que sea, es la dirección estética natural en el autor de la *Campana*, lo prueba volviendo después de seis años á arrancar del instrumento gemidor los mismos arpegios, en las poesías nuevas que, con las reimpresas de *Rumores*, forman el tomo de *Queisumes*. Imitar á un poeta extranjero, porque nos agrada ó admira, puede hacerse una vez; pero si no concuerdan en misteriosa afinidad nuestra alma y la suya, no se realiza dos seguidas con intervalo de seis años. Prefiero creer, y así lo manda la crítica actual, á cada paso más comprensiva y más dada á sorprender relaciones y conexiones espirituales, en el parentesco del alma de los viejos bardos gaélicos con la

de Eduardo Pondal, nacido en la época presente por malos quereres de la fortuna.

No mucho más de dos siglos antes de la venida de Jesucristo, nuestros progenitores célticos emigraron de Galicia á Irlanda, donde les esperaba ruda guerra con los kimris. Allí germinó y floreció la literatura gaélica, y brotaron las epopeyas de los grandes bardos. Oisín el ciego á quien llamamos *Osián*, su padre Fion el de los rubios cabellos que conocemos por *Fingal*, Fergus el elocuente, Cailte el de los ágiles pies; falange heroica que al lucir el sol del cristianismo se convierte en humilde legión de mendigos y cantores ambulantes, y va de puerta en puerta y de festín en festín entonando viejas baladas para ganarse el sustento, hasta extinguirse en el olvido. Cuenta una tradición piadosa que San Patricio, el Apóstol de Irlanda, consoló con amorosa lástima á los últimos bardos, y éstos, en premio de sus bondades, le dijeron los nombres de toda montaña, selva, llano, río, y el origen y significación de tales nombres—noticias de ellos solamente conocidas.—¡Cuántas veces recuerdo esta interesante leyenda al notar el profundo sentido que atribuye Eduardo Pondal á los nombres de los lugares puramente célticos, y lo mucho que excitan su imaginación esos sonidos arcaicos!

Olvidados ya los bardos y sus cantares, vino á resucitarlos, imponiéndolos á la admiración de la Edad Moderna, el escocés Macpherson. ¿Quién no conoce la historia del célebre taumaturgo que hizo levantarse del sepulcro á la doncella muerta? ¿Quién no sabe algo de las acaloradas discusiones que suscitó entre los críticos y eruditos ingleses la publicación de las viejas poesías gaélicas, sobre todo de los poemas de Osián? La cuestión está bastante anticuada; Osián y los bardos fenianos, en el día, yacen más arrinconados que en tiempo de San Patricio, por mucho que lo estuviesen entonces; y en la reñida pelea entre los defensores y los impugnadores de la autenticidad de los poemas osiánicos, ha quedado mal parada la buena fé del hábil forjador, y demostradísimo su agudo instinto de reconstrucción del pasado: porque Macpherson no fué un falsificador vulgar, sino un hombre de genio, que benefició, aunque mezclándole tantos elementos extraños, el tesoro de una

literatura rica y perdida, y trajo al arte un elemento con legítimo derecho á la existencia, puesto que había sido expresión artística de varias razas congéneres. Mas lo que aquí hace al caso, es que la obra de Macpherson marcó huella indeleble en Pondal, y que en aquellas ficciones grandiosas, donde se mezclan fragmentos de verdaderos poemas bárdicos con la labor de imitación del poeta moderno y reflexivo, hábil en asimilarse el espíritu de la edad pasada, encontró su camino el bergantiñán quien sigue prefiriendo esas viejas reminiscencias gaélicas á los clásicos latinos é italianos que conoce y maneja familiarmente: (Pondal es el más instruído de los poetas gallegos.) Y de aquí resulta su originalidad. ¿Quién sigue á Osián en el día? Para eso es preciso haberse equivocado de siglo al nacer, como el soñador de tierra de Jallas.

Una observación curiosa me entretuve en hacer, repasando las poesías de Pondal, y es que en ellas no hay más rastros de cristianismo que si en realidad el autor fuese nacido y criado en el culto panteista de los bardos, adorando al árbol y á la luna. Y esto comunica á sus poesías sabor raro, porque no es común que los poetas, ni aun los más blasfemadores, los impíos adrede, como el francés Juan Richepin, dejen de manifestar involuntariamente, en ésta ó aquélla forma de lenguaje ó de pensamiento, que al fin pertenecen á una sociedad cristiana; mientras Pondal, según se revela en sus poesías, pudo muy bien haber vivido en tierra feniana, antes de la conversión de la gente gaélica á la ley de Cristo, en los dos ó tres primeros siglos de nuestra era. Tan impregnado está de naturalismo primitivo su espíritu, que las vírgenes que pone en escena no cuentan el tiempo por años ni por meses, sino por *sementeras*, y una adolescente es para él una niña «que tal vez no conoce aún la primera lunación.» Sus númenes son la hada Rouriz, los guerreros y bardos muertos, pero sobre todo el mar gemidor, la desierta gándara, y los robles y pinos, cuyo sonido representa para él un himno al Dios misterioso y vago del celta. A ese Dios lo invoca una vez sola, á fin de pedirle la felicidad del paraíso búdico, la aniquilación de la conciencia y fusión en el seno de las fuerzas elementales:—«Oh tú, sér radiante, inmortal, fuerte y culto, que diste música á los pinos

y colores á la aurora; conviérteme, por piedad, en cosa insensible... Bárreme del alma este audaz soñar; llévame en las ardientes alas del huracán, como una arista; como apagado lucero que cruza el espacio...»

Y si no se encuentra en los versos de Pondal concepción religiosa que desdiga del bardo, tampoco se nota en ellos burla, ataque ni asomo de esa incredulidad irónica tan común en el labriego y tan hábilmente sorprendida por algunos poetas regionales, como Valentín Lamas Carvajal y Benito Losada. Ni por las mientes le cruza eso á Gundar. Para él el cristianismo no existe: ni la menor alusión, ni la más leve sonrisa de mofa ó de odio: él es el bardo; pasó su hora; Cristo vino y venció; bórrese el esplendor de los antiguos tiempos; no sabe más. ¿Un bardo racionalista? ¿Un bardo volteriano? Cosa que no se ha visto ni verá nunca.

Otra nota característica, que revela que en Pondal no ha penetrado todavía el espíritu de la sociedad cristiana, es su manera de comprender y expresar la pasión amorosa. En ese terreno he visto pocos poetas tan primitivos. No porque se le deslice la pluma á pinturas licenciosas y á imágenes incitativas: al contrario. La queja amorosa en Pondal es corta, ronca y salvaje, á manera de graznido de *píllara* que cuelga el nido de su amor en los negros escollos de la costa brava: es el instinto del hombre no educado aún por diecinueve siglos de Evangelio, que se despereza de amor como de hambre, y se apodera de la felicidad cual de una presa la alimaña montés. Así debían de requebrar los bardos guerreros: ó por mejor decir, así debían de entender la unión sexual: la mujer maniata, forzada, llevada á sus cónicas chozas como botín de guerra. ¿Vale decir verdad? Admitido que un hombre que vive y se pasea por las calles el año de gracia de 1888 lleve en sí moléculas del alma de los celtas fenianos, yo encuentro más lógico su modo de entender el amor que todas aquellas languideces y soponcios de la Malvina romántica. No conozco los viejos cantos gaélicos sino de nombre, y me parece suficiente erudición, por ahora, saber que hay entre ellos un poema llamado *El robo de los rebaños de Chuailño*, el cual se encuentra en un libro titulado *El libro de la vaca parda*, escrito

ó mejor dicho recogido por un monje hacia fines del siglo oncenno; pero sospecho que, comparando el texto de esas vejeces con las semi-ficciones de Macpherson, acaso encontraríamos el antiguo sentimiento gaélico más conforme con el expresado por Pondal.

«Tiene su punto de ser cogida la fresca rosa»—dice el poeta bergantiñán:—«cuando aún asoma tímida la cabeza entre el follaje verde... Cuando apenas muestra sus hojas, está diciendo: ¡ahora, ahora mismo!» La procedencia de la comparación bien la veo: pertenece al Tasso: pero el cisne sorrentino dice:—«cortemos la rosa ahora que puede ser pagado, ser recíproco el amor:»—y esto último no preocupa mucho á *Gundar*, en cuyos arrullos va envuelta siempre la idea de fuerza, de violencia.—«¡Oh, quién pudiera cogerte sola, en el amigo seno de oscura gruta! ¡Y como trepadora yedra que se enrosca y ciñe en torno de blanco pilar, darte mil tiernas vueltas con los brazos, decirte mil tiernas cosas al oído, y encontrar en breve tiempo el término de la esquiva senda!» «Hada de dulces ojos... ¡lléveme el diablo si ahora vuelves á escurrírteme de las manos como una anguila!... Cansado estoy de escuchar tus embustes; en tí he de curar á viva fuerza las soledades de aquel mal que dejas en el alma cuando pasas á mi lado: he de hartarme de tí, por mi madre te lo juro, como oso hambriento que encuentra dulce panal de miel.»

De buena gana citaríá, como muestra de este naturalismo amoroso, poético, pagano y brutal á la vez, la composición que ocupa las páginas 85, 86 y 87 de *Queixumes*, y que en mi entender es una perla; pero no me determino á cortar de ella fragmentos, por no desmembrarla: vayan algunas citas breves—las últimas ya—de otras poesías, donde el mismo sentimiento que no vacilo en llamar *prehistórico*, se expresa aún con mayor energía.

«Dulcemente suenan los pinos: en esta grata soledad el corazón se oprime... ¡Niña, no tiembles, no temas, que no se trata de matarte!» «La cogí sola entre los pinos; púsose blanca de miedo; quiso huir, pero no pudo... ¡Ya conoce ella mis mañas! Me imploró de rodillas; de rodillas imploróme: tembló como la vara verde, cuando la sacude la virazón... Y como si

temiese ser oída, me dijo:—¡Te lo pido por Dios! —¡Estás fresca!—le contesté:—¡vente con oraciones á mí! El zorro no suelta jamás la gallina robada; el abejorro no suelta á la flor hasta chuparle toda la miel, ni el azor montesino suelta á la blanca y dulce paloma.» «¡Basta ya de rezar: no te librarán de mí ni Dios ni el diablo!»

Todavía hay otra cuerda en la poesía de Pondal—una cuerda que él dice ser de hierro y afirma llevar dentro del alma, y á mí se me figura que no está sino en aquel rincón de la mente donde damos acogida á las ideas que nos creemos en el compromiso de tener.—Pasemos como sobre ascuas, y dejemos al característico poeta de los pinos, de las uces, del roble-dal antiguo y de la *esquiva gandra* hablar, si se empeña, de parias, de ilotas, evocar la sombra de Espartaco y fantasear siervos sujetos á la gleba, aquí donde los propietarios lo estamos á la muy prosáica, pero muy feroz contribución territorial que nos tiene destuetanados y más vacíos que globo sin gas... y alejémonos pronto de estas nimiedades de la vida práctica para volver con el bardo á las espesuras del pinar de *Tella*, plateadas por la luna.

¿Hay en Galicia quien no haya oído sonar *A campana d' Anllons?* Esta hermosísima poesía es la piedra angular donde la reputación de Pondal descansa. El público conoce poco ó nada el celticismo de Pondal: sabe, eso sí, que es un buen poeta, de fondo y de forma, pero á no ser por la *Campana*, nunca hubiera Pondal obtenido el aura de popularidad que disfruta. La mayoría de los lectores no pueden gustar del original sabor de esos poemas de áspero tono y primorosa factura, resurrección de los antepasados: para que les tomasen el gusto, necesitaría Pondal fundar en las cuatro capitales gallegas una cátedra donde se explicase lengua, mitología y literatura gaélica... y aun así...

Pregunté á Pondal cierto día en qué condiciones había compuesto su *Campana*. Me dijo que, estando *algo enamorado* y siendo *muy muchacho*, se había detenido en un pinar de su parroquia á oír el toque del *Angelus*, al caer la tarde; y puesto á pensar en cosas tristes, de ahí nació la inspiración de su obra maestra. Después recordé muchas veces esta explicación

sencilla, para entender por qué *La Campana* es más simpática, más sentida y más inteligible para todo el mundo que los otros versos (no inferiores algunos, y acaso muy superiores en originalidad todos), del buen bardo Gundar. Con el sonido de la *Campana*, que recuerda al infeliz prisionero la patria, el amor, la madre, se derrama en la atmósfera esa onda de melancolía y piedad que nos trajo el cristianismo.

EMILIA PARDO BAZÁN.





LAS ARISTOCRACIAS

ANTE EL PROGRESO EN LA EDAD MEDIA (1)

(*Conclusión.*)

La muerte de Justiniano eleva al trono á Justino II, y el reinado de éste hasta el de Heraclio, origina en el progreso y causa en lo autocrático no larga serie de vejámenes y de pasajeros engrandecimientos; enciéndense muy á menudo las antorchas de la guerra, y el espanto llega á posesionarse hasta del ánimo del Emperador; muere Cosroes en el año 579, sucediéndole Orumuz, cuyas pasiones y cuyos vicios desenfrenados son causas de grandes retrocesos y de grandes catástrofes, en que más de una vez caen arrollados el poder autocrático y el ansia popular; caída que, con la afrenta de Mauricio, provocó la rebelión que dió á Orumuz una mazmorra por palacio.

No merecen la atención los acontecimientos sucesores de la caída de Cosroes Parviz, elevado al trono al destronamiento de Orumuz su padre.

No hay más progreso que el de la guerra y el de la discordia. Heraclio ciñe á sus sienes la diadema régia; siguen los tumultos y las disensiones hasta que acometida la ridícu-

(1) Véase la pág. 561 del tomo anterior.

la empresa de rescatar el madero de la Cruz, este fanatismo verdaderamente fanático y estúpido, por no significar en sí más que el triunfo de una religión, risible como todas, causó la ruína completa de las letras, de las artes, de la agricultura y de la industria, y las vidas de doscientos mil guerreros inmolados ante la espantosa desolación de millares de ciudades, mientras Heraclio y toda la aristocracia de su fastuosa corte entraban en Constantinopla cubiertos de sedas y pedrerías, arrastrando mantos de púrpura y de armiño; cobijados bajo palios y pisando alfombras de palmas y de flores cuyos aromas perdíanse en el espacio aunados con las aclamaciones del clero y de aquel mismo pueblo que veía exhausto su tesoro; desangradas sus provincias; enlutados sus hogares y muertos y pisoteados todos los adelantos de su progreso.

Pero el destino tiene leyes de represalias espantosas é infalibles... nueve siglos más tarde aquella Constantinopla que recibió á Heraclio con delirios de demencia verdadera, vió derribada la Cruz, salvada á costa de tanta ruína, ante la media luna mahometana enhiesta en la cúpula de Santa Sofía.

Llegamos al gran período de la Historia; la invasión de los bárbaros; el estado de aquellas naciones no podía menos de ser propicio á una innovación radicalísima que trajese á su agonizante organismo nuevos gérmenes de vida; todo aquel enlazamiento de luchas y de disensiones, de grandezas perecederas y de pequeñeces eternizadas por la fatalidad, tenía que dar por resultado la mutación, aunque la violencia de ésta fuera tanta que temblara el mundo á su empuje aterrador.

Así sucedió en efecto: aquellos pueblos del Norte á quienes contuviera en su límite el terror que les inspiraran los ejércitos romanos, perdido el miedo y deseosos de pomposo botín, de hazañas guerreras y de una patria más afortunada, cayeron sobre Italia.

Los pueblos sentían necesidad de un cambio, de una reconstrucción, pero ignorantes de los medios para realizarla, tuvieron en los bárbaros los obreros de su redención, de su

regeneración y de su perfecta estabilidad; todo lo repentino es violento; por eso el estremecimiento que sacudió á los pueblos deseosos de innovaciones fué tal, que al pronto creyeron ser víctimas de algún tremendo castigo eterno y no de unos comienzos de verdadera civilización.

Los bárbaros, estableciéndose en nuevas patrias, apoderándose de la soberanía política y de todas las preeminencias sociales, materiales é inmateriales, asentaron reinos y dominios á modo de campamentos, gobernando una plebe que hasta perdía su nombre y su colectividad, reinos y dominios á los que más tarde trató Carlo-Magno de dar una unidad decisiva.

Si los bárbaros hubieran hallado en Roma la misma obstinación que encontraron Anibal y Pirro, se habría originado una guerra de exterminio, en la cual una de las partes hubiera tenido que ser la vencida.

La civilización y el progreso sufren mucho durante el gran período de las emigraciones bárbaras; hay que prescindir de todo progreso y de toda civilización, como no sean las importadas por las falanges invasoras.

Imposible es de todo punto abarcar en los estrechos límites de una conferencia toda la totalidad importante de la invasión; es tan inmenso el período que abarcan sus consecuencias que, por grande que sea una síntesis, no pueden caber en ella muchas cosas que, aunque indispensables, tienen que quedar sacrificadas á la brevedad oratoria.

La invasión de los bárbaros es una orgía magna de las razas y de las civilizaciones europeas. Con esto está dicho todo.

Voy únicamente á fijarme en los rasgos característicos de su política, de sus instituciones, de sus Códigos y de sus progresos; pasaré por alto el período en que las bandas ostrogodas, longobardas, borgoñonas, francas, visigodas y anglosajonas, hacían de los territorios europeos conjuntos sombríos de sangre y de fuego, y fijaré mi atención en lo más trascendental de la invasión de los bárbaros.

La estancia de los Visigodos en España origina dos grandezas y mil desgracias; las grandezas son la conversión de

Recaredo y la prosperidad de las letras en tiempos de Sisebuto, y desgracias son el cúmulo de asesinatos y de guerras con que procuraba sostenerse el mal cimentado trono de la estirpe goda.

Importa, ante todo, saber que ni los bárbaros se arrojaron como fieras sobre el antiguo imperio, ni que estos arrollaron á las vencidos, porque en su mayoría respetaron sus creencias, excepción hecha de los Hunos, que devastaron y huyeron, ni que fueron ellos los causantes del gran retroceso de la vida de los pueblos, como pretenden varios historiadores y multitud de gentes ignorantes.

En vez de una monarquía compacta como en la Persia, existía entre los bárbaros, principalmente entre los Germanos, una confederación de libres y nobles, sometidos á Príncipes hereditarios ó á jefes electivos. La constitución política de los bárbaros inicia desde luego una gran evolución progresiva en la masa apiñada de aquellos pueblos que, faltos en casi su totalidad de autocráticos poderes con quien luchar, tenían en ofensa y en remora propias las mismas armas y las mismas legiones con que se abrían paso á través del universo; armas y legiones que, agrupadas en torno de determinadas monarquías, al par que coadyuvaban á sus adelantos, ayudaban á sus incipientes aristocracias á fabricar los muros del retroceso y las trincheras de la intransigencia. Siendo la dependencia y la justicia dos principios fortuitos de estabilidad social, mal podían los bárbaros consolidar el progreso que traían en gérmenes, como mal puede la incubación fijar de un modo decisivo el desarrollo de las moléculas de vida que hierven en sus turbiones.

La atenencia de los Reyes germánicos á principios y fines de antiguas civilizaciones, hacía que los pueblos y sus respectivos progresos avanzasen y retrocediesen simultáneamente en aquellas marchas forzadas á que les obligaban la fatalidad ó el destino.

La constitución política de los bárbaros se reproduce y pesa aún en algunos Estados modernos, tales como Hungría, Rusia, Volinia y Podolia; esto os hará ver, señores, que hay en la vida reminiscencias tales del pasado, que pueden muy

bien demostrar que los pueblos contemporáneos han recibido en sus diversas organizaciones diferentes igualdades de una trasmigración absoluta.

El código más notable de los bárbaros es el llamado *lex romana*, publicado por Alarico II, y en el que se compendia toda la existencia moral de más de cien pueblos en menos de cuarenta renglones; siguen á éste las legislaciones llamadas *Papiani responsum*, de la que dimanán los principios de la ley Sállica, tan funesta en España; la ley *ripuaria*, la *gombeta* y las levas consuetudinarias recopiladas por Eurico.

La civilización de los bárbaros está reflejada en sus leyes, que vienen á ser, en conjunto, una síntesis de cultura tan refinada, que muy pocos pueblos pueden compararse con las famosas falanges invasoras en sus abolenos de progreso.

Los bárbaros, portadores de todos los gérmenes de grandezas y maravillas físicas y morales que hoy asombran á la humanidad, ponen en labios del disertante ó del historiador una frase que yo la formulo, diciéndoos que el período en que las huestes invasoras hicieron pesar su poderío sobre Europa, fué un inmenso kaleidoscopio, del que ha resultado una verdad innegable y grande: la unidad absoluta de la especie humana bajo el cetro espléndido del progreso: todos marchamos á grandes pasos sobre la superficie del globo; las monarquías van pasando de cuerpos á sombras y de sombras á humaredas pestíferas que deshacen los vientos; las religiones se convierten en antiguallas que respeta por caridad la tolerancia de la política universal; nosotros, y nuestros ideales, y nuestras virtudes, y nuestros vicios, y todo el cúmulo de nuestras aberraciones, nuestros anhelos y nuestras esperanzas, corren en alas de un huracán, cuyo primer resoplido brotó de las espumosas fauces de los corceles bárbaros... un himno, sí, un himno gigante y soberano, cuyos ecos y cuyas notas no se pierdan jamás ni en los confines de lo eterno ni en los ámbitos de lo infinito, es el que todos debemos consagrar á la memoria de la gran invasión europea. No pregunten jamás las naciones modernas por el origen de sus progresos, ni intenten las razas suceder de estirpes más ó menos señaladas, ni quieran saber los reyes por qué milagro de gra-

vitación casual se sostienen las coronas en sus frentes... vuelvan todos unidos la vista atrás y miren lejos, muy lejos... ¡allá donde flota el pendón de Atila, allá se hacinan sus orígenes y sus comienzos!

Pasa la república cristiana sobre los estados y las instituciones como inmensa aurora boreal, cuyos fulgores iluminan á veces la mezcla del progreso á través de un obstruccionismo semi-salvaje, y á veces pierden su brillo entre emanaciones de muerte ó entre llamaradas de exterminadora saña guerrera, para colocarse al fin á la cabeza de toda civilización, de tal suerte que, según la frase de Cantú, «la historia del cristianismo es la historia de la civilización», preciso es convenir en partes con el famoso historiador, pero no en aquéllas en que al amparo del cristianismo los conventos se convertían en fortalezas, y los monjes en verdaderos señores feudales tiranos de aquellas mismas conciencias, de aquellos mismos espíritus, y de aquellos mismos cuerpos, sobre los cuales ejercían el predominio de una religión que rechaza toda arbitrariedad y toda dureza.

Como toda falta lleva en sí la disculpa, los frailes de la Edad Media al par que tiranos eran protectores del progreso: progreso errante y pobre en aquellos tiempos en que la arrogancia y la espada dirimían todas las cuestiones de la vida; progreso que en aquellos mismos conventos-fortalezas, hallaba seguro albergue en que desarrollarse en todas las esferas de las ciencias y de las artes.

La lucha teológica invade el primer período de la nefasta historia de los Papas que ocupan el sólio á modo de entidades incomprensibles, cuyas causas y cuyos efectos dejábanse sentir en la masa popular á modo de grandes molestias y de grandes fanatismos.

El progreso que verdaderamente hay que admirar, es el progreso intelectual que da á los griegos una ciencia esplendorosa, á los latinos una dicción purísima y sonora, y una literatura representada por las escuelas de Tours, Reims, Cantorbery, Westsminster y Salzburgo; al par que las Bellas Artes florecían lentamente en el mundo, merced á las grandes evoluciones sufridas, el Imperio de Oriente pugnaba por

envolver con púrpuras cesáreas la mezquindad de su ruína; cien pequeñas naciones desarrollaban en Italia un progreso favorable á la idea común de sustituir á lo pasado: descomponíase la sociedad germánica: el nombre de romano, que en otras épocas significaba dominador del mundo, se aplicaba como una afrenta á los pueblos vencidos: el cristianismo llegaba á su apogeo, y los pueblos, cansados de tantas variaciones, fijaban su atención en la única sociedad existente, que era la sociedad de las inteligencias.

La Iglesia antes de la invasión tenía poco poder fuera; al romperse el recinto de las ciudades, el poder temporal y el espiritual chocaron con rudo empuje, y la era de las grandes luchas impulsivas de la sociedad, fué inaugurada con tremendos auspicios, reuniendo los papas en Cristo una asimilación de vencedores y vencidos, que debía dar más tarde á Carlomagno el principio de equilibrio político.

Tal estado de cosas, no podía menos de ser funesto á la marcha de la política y del progreso, y así sucedió, en efecto; desmembráronse casi la totalidad de aquellos elementos constituyentes, y una mezcla indefinible arrolló todo lo que representaba grandeza y adelanto, maravilla y poderío; cayeron revueltos en confuso oleaje, aristocracias y plebes, cleros y patronatos... el báculo y la espada; la tiara y la corona flotaron sobre corrientes turbulentas y furiosas, y un deseo de imposible nivelación hizo al esclavo apetecer la fastuosidad del señor, resultando de todo esto la sucesión desconsoladora de días desgraciados, en los cuales sufrió la individualidad tanto ó más que en los tiempos de las antiguas tiranías; no obstante, la humanidad progresaba, ya extendiendo la civilización á territorios nuevos, ya procurándose medios de engrandecimiento.

«Debían pasar siglos antes de que la idea de territorio prevaleciera sobre la de raza; antes de que la legislación dejase de ser personal para ser común; antes de que la aspereza bárbara se doblegase á otro freno que al de las armas; antes de que la familia, elemento predominante en la Edad Media, se transformara en el Estado; antes de que variando las armas, las leyes y la administración, resultara nuevamente la

unidad nacional de la lenta y laboriosa fusión de todos los elementos con que contribuyó cada una de las sociedades anteriores» (1).

Los árabes en la Edad Media no sintetizaban más que un progreso inmenso de fanatismo religioso, pudiendo decirse que en una concupiscencia eterna simbolizada con el paraíso del Korán, se reflejaban todos los progresos y todas las luchas de los califatos á modo de paraselene de la materia, brillando incitante sobre el desengaño magno de la tumba... ¡ah! ¡cuántas veces vemos lucir sobre nuestras frentes hermosas mentiras, que no alcanzamos jamás por ser alimento de la muerte, única mentira verdadera de todas las mentiras de lo eterno!

Los árabes en España ¿fueron los portadores de una civilización delicada, ó los mensajeros de una nueva religión que no podía vivir sin el fasto esplendoroso de las grandes realizaciones de un supremo idealismo artístico? Esta es una pregunta de muy difícil respuesta. Entre el pendón de Pelayo y la oriflama de Isabel la Católica, hay algo hermosísimo que casi pertenece al sueño: entre Covadonga y Granada hay una pregunta que hacer á los siglos: ¿con qué derecho destruye una civilización á otra civilización? Toda conquista es un robo, pero toda reconquista es un crimen.

Desde Pelayo hasta Alfonso II, todo progreso es guerra y toda guerra progreso. Cuando dos civilizaciones luchan sobre un mismo terreno, no obtienen más que una sola grandeza: el sepulcro.

Esto sucedió en España: desde la catástrofe del Guadalete hasta el triunfo de Granada, no fué más que una fosa inmensa, cada día más grande y cada instante más honda.

El imperio de los Heráclidas en Grecia hasta el advenimiento de los Isáuricos, fué no más que un período de alteraciones y tiranías opresoras de todo progreso; posesiónase del trono la dinastía Isáurica, y el cristianismo es sólo lo que progresa bajo el reinado de León en 717 hasta el ex-

(1) Cantú: *Historia Universal*. Tomo III.

tremo de absorberlo todo con el establecimiento del culto de las imágenes.

Los francos con sus nacientes monarquías: los Papas y los Reyes Longobardos constituyen masas, ora contrarias, ora favorables á la marcha progresiva de los pueblos á través de una no interrumpida serie de guerras, intrigas, crímenes y desolaciones: nace el poder temporal de los Papas y las soberbias aristocracias del reinado de Pepino se niegan á favorecer semejante poderío pontifical: restituye el Rey á la corona los bienes sustraídos por los mayordomos; reconcíliase con la aristocracia de su corte, y el pueblo celebra sus victorias de Aquitania, la Galia y Alemania para llorar después sobre su sepulcro.

Carlomagno es el representante de todas las grandezas nacionales y de todas las magnificencias régias: poseedor de uno de los más poderosísimos talentos de su tiempo, se me figura el Moisés de los siglos medios: algo grande tenía que venir después de Justiniano, y los siglos pusieron sobre el mundo á Carlomagno: las grandezas tienen sus reproducciones en la entraña de los tiempos, porque los tiempos, á pesar de su brevedad, son concentraciones rápidas de lo eterno y de lo infinito... por eso pasan, por eso sin ellos se hace imposible la más insignificante de las realizaciones.

La política de Carlomagno se asemeja á una de esas órbitas incomensurables que trazan los mundos en el espacio; órbita siempre bañada en una luz vivísima; la luz omnipotente del progreso en la más poderosa de sus manifestaciones.

Carlomagno no llevó en pos de sí más que el esplendor y el poderío; por eso aquellas aristocracias que marchaban tras de su carro de guerra, henchidas de vanidades y pletóricas de un servilismo afectado, no fueron para el progreso de los pueblos más que espectros fastuosos, conjuntos de sombra y luz, que tendiendo á eclipsar y á alumbrar á un mismo tiempo, siempre preparaban el brote del destello que el crecimiento de la oscuridad en que procuraban guarecerse para tirar, no sólo contra la masa popular, sino también contra el monarca excelso que encumbraba á todos.

Señores: la monarquía no ha tenido para mí ningún atractivo en la vida, pero cuando se contemplan soberanos como Carlomagno, yo soy y seré siempre el primero en admirarlos y alabarlos, no por lo que sus personas representan, ni por lo que sus cortes influyan, sino porque ante todo y sobre todo está el engrandecimiento de la patria, y porque monarcas como Carlomagno, lejos de revestir las fórmulas odiosas de una tiranía, simbolizan para cualquier país culto, para cualquier país meramente ilustrado, la gran jefatura del progreso puesta en marcha á través de las grandes arcadas de los siglos, semejantes á curvaturas prodigiosas por las que se pasa para penetrar en el gran misterio de la muerte.

El espíritu vivificador de la Edad Media es tan extraño, tan pavoroso, tan grande, tan enigmático, que al intentar analizarlo parece como que viene en contra mía algo inmensamente deforme ante lo cual no puedo menos de postrarme.

Carlomagno rey, Carlomagno conquistador, emperador y legislador, parece ser la encarnación de toda la Edad Media en un espacio de tiempo verdaderamente pequeño, si se le compara con el resto de las edades transitorias; Carlomagno, como los entes poderosos preconizados por las Sibilas de la antigüedad, aunaba bajo su cetro y su corona el ideal más sublime de unidad política; la aspiración más elevada de una confederación universal soñada por Wáshington muchos siglos después; la fusión maravillosa y única de todos aquellos elementos y de todas aquellas razas semejantes entre sí por cúmulos de afinidades sorprendentes y venerables.

Por eso resultan deficientes todos aquellos progresos invasores de la Europa á la muerte del coloso: por eso aquellos reyes y aquellas dinastías, aquellas aristocracias y aquellos pueblos pasan por el mundo como interminables comparsas de un solo espectáculo de dolor: por eso los salmos de la religión resuenan sordos bajo las bóvedas de las graníticas catedrales: por eso con soplos de muerte se rizan los pendones señoriales en los campos de la desolación y del

extermino, y por eso todo un turbión de causas y de con-causas arrastra á la humanidad á una marcha lenta y pe-rezosa que más tarde ó más temprano la conducirían á los albores de un Renacimiento indispensable y hasta for-zoso.

En Carlomagno hay de odiar al guerrero y adorar al civi-lizador. Su época tuvo un solo defecto: el engrandecimiento de la Iglesia, defecto que á mis ojos nubla todos los destel-los de su apoteosis, porque en los Estados en que la Iglesia prospera, perece el sentido común.

La literatura en tiempos de Carlomagno llegó á un apo-geo verdaderamente sorprendente, si se tiene en cuenta el estado de marasmo en que se veía en los años anteriores á su reinado.

Desde la China, que va dejando sobre las generaciones la huella indeleble de sus mezquindades y de sus monotonías filosóficas, pequeñeces y doctrinas entre las que si existe la lucha reviste caracteres de mísera impotencia, hasta la épo-ca en que el fanatismo religioso llegó al *summum* de las mag-nas aberraciones organizando las Cruzadas, todo pasa, hier-ve, se atropella, espira y revive en las centurias en que la influencia del bhudismo llega hasta sobreponerse á la influen-cia imperial de los soberanos de la China, en que los car-lovingios cimentan la preponderancia de sus dinastías: en que los normandos, los árabes y los eslavos sumerjen en sangre pueblos y civilizaciones por el bárbaro placer de la conquista, y en que nace el feudalismo levantando horcas y castillos en cuyas cámaras se violaban doncellas y en cuyas almenas se colgaban cadáveres; atropellos y crímenes que oponiendo barreras fortísimas al progreso, levantaban alta-res á la depravación y al escándalo ante los que se proster-naban envilecidas aristocracias siempre sedientas de place-res y nunca ahitas de maldades. ¿Qué alta idea no debían concebir de sí mismo los señores feudales queriendo y pu-diéndolo todo? Por eso ellos y sus cortesanos eran siempre en todo y por todo obstáculos insuperables del progreso que siempre sucumbía anegada en la sangre del plebeyo vertida bajo el gótico blasón hasta cuyos soberbios cuarteles subían

en espirales de maldiciones los lamentos de la víctima y la desesperación de sus huérfanos.

El feudalismo verdadero, el feudalismo que extraía sangre del corazón de la Europa, el feudalismo que sofocaba y escupía y pisoteaba todo progreso, no residió nunca en España, dicho sea en gloria nuestra, sino en los vastos territorios del Norte, tales como la Alemania y la Rusia.

Reconociendo el feudalismo como base capital de su existencia la servidumbre, no era extraño que la opresión de los pueblos marchara al par que la degradación de los Reyes y señores: los pueblos, sin derechos ni defensas, dependían absolutamente del capricho feudal, y si alguien tenía fuero, no era por cierto el plebeyo, sino el noble y el sacerdote.

Perdido el progreso por completo, no podía menos de ascender la infamia á las alturas de una deificación espantable y repugnante; por eso el Conde de Poitiers estableció en Niort una mancebía reglamentada á manera de monasterio; por eso Juan V, Conde de Armagnac, se casó públicamente con su hermana: por eso el Mariscal de Retz sacrifica á su lascivia hasta sus mismas bestias de labor, y Tomás de Coucy roba y mata impunemente lo mismo que Reynaldo de Pasigni y Ranieri de Corneto, que sacaba un ojo á los mercaderes que pasaban por sus tierras y la barba á los monjes que pisaban sus dominios, llegando en una ocasión el Sr. de Tournemine á mandar cortar las manos á un ugier llamado Lupo, que había ido á citarlo, diciendo al ver la angustia del infeliz: *«Ningún lobo se ha acercado jamás á mi castillo, sin dejar sus patas pegadas á la puerta.»*

Si el esclavo del señor bárbaro tenía un derecho de libertad individual más ó menos pequeño, el esclavo del feudalismo no tenía más esperanza de libertad que el sepulcro, en donde se sumergía pesadamente después de haber apurado todos los dolores, todas las angustias, todas las amarguras y todas las afrentas.

Al feudalismo, favorecedor de la anarquía en un grado máximo, debe considerarse no como una organización, no como una confederación de Estados propicios á tal ó cual

causa, sino como un período de transición de la barbarie á la cultura, como un verdugo colosal de todo germen de adelante y un favorecedor de ciertas evoluciones indefectibles en todo aquello que se levanta y se sostiene.

Todos los siglos han tenido locuras: todos los reyes han tenido aberraciones: todos los pueblos se han equivocado en sus anhelos y en sus designios; pero ninguno de los siglos, ninguno de los reyes, ni ninguno de los pueblos, sintieron la demencia en la furia del delirio, ampararon la aberración como verdad sublime, é hicieron del absurdo base capitalísima de su estabilidad humana y espiritual, como aquellas edades, aquellos soberanos y aquellos pueblos que marcharon coligados en estúpidas Cruzadas á la salvación del sepulcro del hombre de Nazaret.

El progreso lucha con los Papas: el Cisma colma de retrogradaciones y de odios el espíritu político, religioso y popular: tremola el pendón mahometano en los campos de España, y blande el Cid su espada en defensa de las integridades patrias: los turcos y los indios, ora florecen en fastuosos crecimientos civilizadores, ora se revuelven airados contra sus poderes autocráticos: las ciencias, las letras y las artes fluctúan en Europa entre principios de vida y principios de muerte, y las Cruzadas marchan á Palestina cegadas por el fanatismo y empujadas por la fatalidad en una de sus más feroces complacencias.

Consideradas las Cruzadas filosóficamente, no dan al espíritu más que una convicción: no hacen nacer en la razón más que una firmeza pensante absoluta: no dan al raciocinio más que una solidaridad magna de una idea única. Las Cruzadas marchando á la redención del sepulcro de Cristo, sintetizan el poderío de atracción que muchas veces ejerce lo pequeño sobre lo grande; lo pequeño absurdo sobre lo grande omnipotente; ó mejor dicho, un sepulcro sirviendo de imán al universo: la putrefacción absorbiendo al espíritu como pulpo aterrador del misterio.

Hay leyes de atracción que asombran, que espantan; pero como la de las Cruzadas no se ha visto más que entonces; concibo que la muerte engendre mil conjuntos vitales atómi-

cos ó visibles; concibo que se pase por el sepulcro para llegar á una magna evolución de dispersiones; cabe en mi mente con toda su majestuosa grandiosidad la idea de las asimilaciones sepulcrales, y admiro con toda mi admiración las fuerzas propulsoras que nos empujan á la metamórfosis eterna; pero lo que no puedo ni pensar, porque, me hace reír, ni admirar porque no puedo, es la gran marcha de las naciones al sepulcro de Cristo; la fuerza atractiva de un puñado de polvo inerte y frío sobre cien y cien compactas masas pletóricas de vida, exuberantes de calor y de movimiento, y henchidas de caldeados ideales y de incandescentes glóbulos de sangre... Muchas veces la ceniza es superior al rescoldo, y en este punto histórico está probado de modo evidente en demasía.

¿Qué podían reportar las Cruzadas al desarrollo del progreso? Nada más que males físicos y catástrofes morales; ruínas espantosas que, hacinadas en confusos montones, elevaban doquiera trágicos túmulos, lúgubres monumentos al más absurdo y al más estúpido de todos los fanatismos religiosos habidos, y no digo por haber porque ya las religiones no conmoverán jamás á los Estados.

Godofredo de Bouillón es la única figura simpática de las Cruzadas, á pesar de ser la personificación de un loco; San Luis, Rey de Francia, es una víctima inmolada por el destino en aras de las tremendas expiaciones, y todo aquel cúmulo de guerreros que con la roja cruz al pecho y la ancha espada en la diestra marchaba á abatir el poder sarraceno en los lugares llamados santos, no son más que una cohorte de alucinados y de ilusos dignos de toda compasión.

Lo único bueno que dimanó de las Cruzadas fué la caballería, verdadera creación poética de unos tiempos en que, si bien prosperaba un tanto el progreso mercantil, se hallaba en todo su apogeo el progreso heráldico de escudos y blasones, nombres, insignias y apellidos, espléndidas fatuidades de lo humano.

Si la grandeza de la Edad Media reside en las políticas prodigiosas de los imperios de Justiniano y de Carlomagno, la magnificencia poética de esa misma edad reside en los

trovadores, en los andantes caballeros, en las enamoradas vírgenes, en los torneos y en todo aquel conjunto mágico y esplendoroso formado por las cortes de amor y los tribunales de la belleza, por las fantásticas narraciones de las encantadas leyendas y los caballerescos romances, conjunto encantador sobre el que flota á manera de nube sombría la afición de los sabios á las meditaciones teológicas y á las elucubraciones misteriosas de las ciencias ocultas y enigmáticas.

Necesario es que esta conferencia termine pronto, y por eso se hace indispensable la abreviación.

El progreso que antes y después de las Cruzadas se desarrollaba en el universo revestía caracteres verdaderamente heterogéneos, antagónicos unas veces y propicios otras, al elemento aristocrático, porque los sucesos y las circunstancias los separaban y los unían en ocasiones verdaderamente solemnes.

Las aristocracias de la Edad Media constituían un núcleo social casi siempre puesto en pugna con todo lo que significaba adelanto; pero no obstante, sin estas mismas aristocracias opresoras y tiranas los pueblos no hubieran comprendido el valor del progreso, y no comprendiéndolo no hubieran podido llegar á las espléndidas realizaciones de sus libertades y de sus adelantos, ni aquellas aristocracias hubieran marchado á su degeneración sin el poderoso movimiento de los mismos pueblos que fustigaban creyendo así asegurar su eterna pompa y su eterno poderío. Pero ya los tiempos han pasado y las aristocracias no son ya más que respetables nulidades henchidas de recuerdos y vacías de esperanzas.

A pasos de gigante se encaminó la Edad Media á su completa extinción, dejando ver entre sus retrogradaciones finales la figura execrable de Luis XI, la hermosura heroica de Juana de Arco, llevada por la maldad inglesa á las llamas de una hoguera, y los preludios horrorosos de la Inquisición.

Grande é imponente es el desfile de los siglos hasta el instante de la toma de Constantinopla por los turcos otomanos; en tal desfile las civilizaciones y los progresos forman escasas legiones, mientras los tiranos y los déspotas, las desgra-

cias y las fatalidades constituyen pavorosas é innumerables huestes que van marchando al resplandor fatídico de las luces espectrales con que el destino las envuelve para señalarlas como malditas.

Termina la Edad Media, y la civilización y el progreso renacen á los albores de otros tiempos más bonancibles; tremola el estandarte mahometano en las torres de Santa Sofía; cae de ella la Cruz plantada por Heraclio, y parece que la humanidad despojada de un peso abrumador se prepara á vivir para ser civilizada, y á ser culta para ser feliz.

Únense los Estados españoles bajo el cetro de los reyes Católicos, y la era de las prosperidades se inaugura en el mundo: nació Cristo á fines de la Edad Antigua, y en las postrimerías de la Media abre Colón sus ojos á la vida.

Horno inmenso en que la humanidad halló la ardiente molécula de sus engrandecimientos pasados y futuros. Tal fué la Edad Media.

Si la lucha fué ruda, la apoteosis es sublime.

Van muriendo lentamente las lumbreras que el acaso encendió para que yo os enseñara los pugilatos sociales de la Edad Media; el tiempo ha devorado mis ideas como manjares más servidos á su insaciable apetito; si quedáis complacidos, grande será mi satisfacción.

Si algún otro día me honráis con vuestra benevolencia, yo os prometo explicaros desde este mismo sitio, con beneplácito de la ilustre Corporación que me ampara lo que fué el progreso en la llamada Edad Moderna de la Historia, ó sea en la época del Renacimiento.

Yo os doy gracias por la deferencia que me habéis guardado, y me voy á mi casa como se va á su hogar un soldado después de la batalla, con las armas al hombro y la alegría en el alma. He dicho (1).

MANUEL LORENZO D'AYOT.

De la Academia Mont-Real de Toulouse.

(1) Únicamente el director de esta Revista, D. Patricio Pueyo, podrá autorizar la reproducción total ó parcial, ó la traducción de este discurso.



PSICOLOGÍA DEL AMOR



ON este título ha publicado un libro D. U. González Serrano, catedrático del Instituto de San Isidro de Madrid, que contiene un análisis minucioso y un estudio detallado de este fenómeno de la sensibilidad; trabajo apreciable por muchos conceptos é importantísimo bajo el punto de vista psicológico.

Es el Sr. González Serrano, un laborioso y notable expositor de doctrinas filosóficas y un pensador de altos vuelos, bastante conocido ya por publicaciones de esta índole, principalmente de psicología, ciencia que tan grandes progresos ha realizado en estos últimos años, merced á los adelantos de los métodos experimentales y el procedimiento de la observación. Es ante todo este escritor, un espíritu completamente abierto á todas las influencias del pensamiento filosófico contemporáneo, por más que conserve incólumes las afirmaciones espiritualistas y francamente racionales de la escuela filosófica á que desde el principio se afilió, y á la que, con las modificaciones naturales que el transcurso del tiempo imprime, todavía pertenece.

Aunque, con motivo de este libro que nos ocupa, un ingenio tan claro y tan conspicuo como D. Juan Valera haya dicho que González Serrano es excéptico, nosotros creemos que la afirmación del gran literato no está justificada en el caso

presente, pues en la *Psicología del Amor* hay afirmaciones tan sinceras y rotundas acerca de los problemas fundamentales de la metafísica, que no cabe tachar á su autor de excepticismo; lo que sucede, es, que en el análisis psicológico del amor, como en el de los demás fenómenos de la sensibilidad, hay que andar con cierta indeterminación y vaguedad por la índole especial de concreción y complejidad que todos revisten, por cuya razón no se prestan nunca á un examen científico y exacto; siendo verdadera la afirmación de que el sentimiento en general, el amor y todas las determinaciones de la sensibilidad se sienten, pero no se analizan. Además el carácter de intimidad y de totalidad que afectan todos estos fenómenos y la indudable promiscuidad en ellos de lo orgánico y espiritual, la correlación patente de lo fisiológico y lo psíquico que les distingue, los coloca en condiciones poco favorables para la discreción analítica del conocimiento, dejándoles siempre en la vaguedad indeterminada y variable que es propia de todos nuestros estados emocionales.

Lo que verdaderamente distingue al autor de la *Psicología del Amor* es su ardiente entusiasmo por los estudios filosóficos, y sobre todo un grande espíritu de asimilación á las corrientes de la filosofía moderna y una feliz disposición como expositor, propagandista y aun vulgarizador, si fuera permitida esta palabra tratándose de especulaciones trascendentales, que dudamos tenga muchos rivales en nuestro país en todo lo que se refiere á la exposición de doctrinas relacionadas con la marcha prodigiosa del pensamiento filosófico moderno. Es por otra parte González Serrano, lo que decía Revilla del novelista Alarcón; un ingenio á la francesa, que tiene el talento y el buen gusto para hacer de un asunto cualquiera un libro, si al parecer de insignificante trama, gallarda y primorosamente tejido, ameno é interesante. Tal es la *Psicología del Amor*, libro que aunque de pocas páginas contiene jugo y sustancia abundante para nutrir la inteligencia con observaciones y datos experimentales; erudición filosófica, abundante y escogida, reflexiones propias de profundo sentido científico sobre el concepto del amor como término de todos los fenómenos de la sensibilidad y como afecto singularísimo que, si tiene en sus

manifestaciones un carácter psíquico marcado, su arranque inicial y su raíz primera parte de lo fisiológico.

González Serrano es el encargado de redactar los artículos de Filosofía para el gran *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* que la casa de Montaner y Simón está publicando en Barcelona; obra que si continúa en adelante como los dos tomos que lleva publicados, será un monumento grandioso en la Bibliografía española, á la vez que una verdadera Enciclopedia de los conocimientos en ciencias, en filosofía, artes y tecnología de nuestro siglo; no distante en verdad de la del mismo género publicada en Francia por Pierre Larouse, y obra, en fin, que habla muy alto en favor de nuestra cultura intelectual y de los adelantos industriales y tipográficos en la capital del Principado de Cataluña. Pues bien; entre los artículos de González Serrano que han visto la luz pública en ese *Diccionario*, están los relativos al AMOR, AMISTAD, ASCETISMO, etc., y el pensamiento fundamental que ha servido para escribir esos artículos y muchos de sus mismos párrafos, forman parte integrante del libro la *Psicología del Amor*; hecho que confirma lo que antes hemos dicho de la facilidad é ingenio de su autor y de sus cualidades felicísimas como expositor y propagandista de doctrinas, al convertir en un ameno libro los artículos de un Diccionario.

Preciso es confesar, sin embargo, que el libro dista bastante de los artículos, pues su autor ha sabido explicar y ampliar aquí los puntos y las cuestiones que en aquéllos se tocan como de pasada y que, ya colocados en un libro, merecían la extensión y desarrollo conveniente; por esto decíamos que González Serrano era, como Alarcón, un ingenio á la francesa, pues reuniendo artículos que se refieren á un mismo orden de cosas, tiene la ductibilidad y el talento suficiente para dar unidad é interés á un asunto y convertir en un libro original por la forma, y profundo y trascendental por el fondo, artículos y párrafos al parecer pertenecientes á lejanos y distintos objetos.

Bueno es también recordar que el autor de la *Psicología del Amor* pertenece á la escuela filosófica que se llamó Krausista, y cuyo patriarca fué en nuestra patria el inolvidable Sanz del Río, escuela que, digan lo que quieran sus muchos impugna-

dores, ha tenido en España una influencia grande y de innegable provecho para el progreso del pensamiento filosófico en nuestro país, puesto que luchó con éxito contra los antiguos métodos rutinarios y abrió el espíritu de los pensadores españoles á las influencias de las modernas corrientes filosóficas; pero González Serrano, como no podía menos de suceder en una inteligencia como la suya, ni se ha encerrado en los límites de la escuela, por lo general estrechos siempre, cualquiera que ella sea, ni mucho menos la forma de expresión es la misma que la usada por los antiguos maestros, introductores y propagandistas de los sistemas filosóficos alemanes en nuestra patria. No es el autor de la *Psicología del Amor*, de la *Psicología fisiológica* y de los artículos del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, el exclusivista y sectario de una doctrina filosófica cerrada y absolutamente sistemática, sino un espíritu abierto, como hemos dicho antes, á todas las influencias legítimas del pensamiento moderno, que, sin abjurar de los principios fundamentales de su primitiva doctrina, acepta de las demás escuelas lo que tienen de aceptable, y lo que con evidencia inmediata se impone á la inteligencia en virtud de los adelantos y progresos naturales del pensamiento filosófico de nuestros tiempos. El positivismo invasor que en los momentos presentes parece como que quiere absorber por completo la total esfera de la ciencia y de la filosofía, el materialismo triunfante en los estudios y especulaciones de la generalidad de los que se dedican á las ciencias naturales, y el pesimismo osco y huraño que invade con frecuencia las producciones artísticas y los tratados de los moralistas, ni le descorazonan ni le hacen desmayar de sus firmes creencias y racionales afirmaciones, sino que por el contrario, obediente y dócil á los mandatos de la razón y á las indiscutibles enseñanzas de la experiencia y de la observación analítica, acepta de todas estas parciales direcciones de la especulación reflexiva, lo que ningún pensador sincero puede dejar de aceptar cuando se aspira de buena fé á la certeza científica y al desenvolvimiento racional de la filosofía.

Por otra parte, en la forma externa el lenguaje de González Serrano es puro y castizo, y el estilo claro y fácil, transparen-

te y ameno, sin los barbarismos y logomaquias que tantas diatribas y ataques valieron á los primeros maestros del krausismo, quedándole, no como resabio de escuela, sino como consecuencia de su extensa cultura y erudición filosófica y de su espíritu analítico y observador, cierto empeño de agrupar en los períodos y cláusulas gramaticales muchas oraciones accesorias, largos paréntesis y aun aforismos de la sabiduría popular á la que es muy aficionado, que en algunos casos suelen hacer, por un lado, la cláusula demasiado diluida, ó presentan por otro el pensamiento con suma concreción y exagerado carácter sintético que hace difícil en ocasiones dominar á primera vista el pensamiento capital ó seguir sin esfuerzo la marcha y desenvolvimiento del mismo; en suma, que su lenguaje y estilo está sobradamente recargado de ideas, pensamientos y relaciones. No quiere esto decir que su expresión sea oscura, pero desde luego se necesita concentrar bastante la atención para seguir con éxito el extenso alcance del pensamiento de González Serrano. Esta observación, después de todo, no sería pertinente si se tratara de un filósofo sistemático, toda vez que la expresión filosófica y científica exige esta concentración y profundidad de pensamiento, desechando toda clase de adornos por inútiles, y encerrándose en lo puramente necesario á la manifestación concisa y descarnada de la exposición de las ideas; pero como nosotros no consideramos así al autor de la *Psicología del Amor*, y creemos mejor ver en él un propagandista y popularizador de los problemas de la filosofía; y como él mismo hace muchas veces gala de ese lenguaje y estilo atractivo y flexible, por esta razón quisiéramos que nunca se olvidara de este extremo importantísimo, que es sin disputa el medio mejor y más poderoso para la difusión de las ideas.

Por esta razón, á pesar del pequeño inconveniente que en la parte externa y formal acabamos de indicar, repetimos lo que antes hemos afirmado: que el autor de los artículos de Filosofía del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* y de las demás obras que se han citado, es uno de los mejores y más entusiastas expositores y propagandistas del pensamiento filosófico contemporáneo, por su cultura y erudición científi-

ca, por su lenguaje fácil, pintoresco é inteligible para todas las inteligencias, y por su espíritu abierto y expansivo, dispuesto á recibir todas aquellas influencias beneficiosas para el progreso de los estudios á que con preferencia se dedica.

Hechas las anteriores reflexiones y concretándonos ya al libro *Psicología del Amor*, diremos que González Serrano empieza exponiendo las dificultades que existen para el estudio científico del amor; por efecto, dice, «de la imperfección de nuestros medios de conocimiento y cultura, ó consecuencia de la complejidad que en sí encierra lo cuestionado.» «A esta causa (continúa), que después se diversifica en otras secundarias, obedece principalmente la dificultad de precisar taxativa y exactamente *lo que sea el amor.*»

Desde luego reconoce el autor de la obra que nos ocupa, que, aunque en el amor existe evidentemente un elemento intelectual, corresponde este elemento al proceso último del amor, y que es recurso tardío para el conocimiento del mismo, pues cuando se quieren reconocer y apreciar las razones y las causas de nuestros movimientos afectivos es cuando ya ha pasado la hora de su manifestación; el amor es ante todo emoción, afecto é intimidad, y de consiguiente reviste preferentemente el carácter de vaguedad é indeterminación propio de todos los estados en que la vida se revela en totalidad y concreción indistinta: en suma, dice, «la vida afectiva ó del corazón es más apta para ser sentida que explicada, y para hallar su adecuada expresión en la música y no en la palabra.» Expone además González Serrano en este primer número de su obra las demás características del amor; tales como lo subjetivo y variable de sus manifestaciones, las extravagancias ó aberraciones del amor y las flaquezas propias de la condición humana, reveladas con motivo de este afecto, y concluye afirmando, después de curiosas y atendibles reflexiones, la dificultad de su explicación racional, terminando con estas palabras, que son la exposición del pensamiento y plan de su obra: «Lo denominado *Psicología del Amor* aspira á ser en la intención y propósito que nos anima un *ensayo descriptivo* de los múltiples factores que en este afecto se agitan, combinan y contrapesan.»

En el segundo número ó capítulo de su libro, González Serrano se ocupa de la literatura filosófica del amor, y expone y analiza en primer término el Diálogo de Platón titulado *El Banquete*, base y germen de todo lo que hasta el presente se ha dicho y estudiado acerca del amor, porque cada uno de los interlocutores de ese diálogo representa un aspecto y fase distinta que prueba el extenso concepto que de este afecto hubo de alcanzar la filosofía platónica. De este modo resultan iniciadas ó resueltas en este Diálogo todas las cuestiones que en el transcurso de los siglos y en el sucesivo desarrollo de la filosofía se han suscitado sobre el amor. Igualmente expone á continuación las opiniones de Raimundo Lulio y de su discípulo Sabunde y la de León Hebreo, únicos escritores que, así de un modo reflexivo, se ocupan del amor durante el largo período de la Edad Media y mucha parte de la moderna, y termina examinando las opiniones de Proudhon, de Michelet, de Jacobi, de Schopenhauer, de Renán, Mantegassa y Paulhan, que en la época contemporánea se han ocupado, de una manera más ó menos extensa, del estudio psicológico y analítico del amor.

Claro es que al no citar González Serrano más escritores que los indicados, como tratadistas especulativos del amor en la Edad Media y moderna, ha omitido á muchísimos teólogos, místicos y filósofos escolásticos, pensando sin duda que nada nuevo pudieron decir estos escritores, ni menos añadir á lo ya dicho en *El Banquete*, pues indica que los expositores de la teología y filosofía cristianas aceptaron sobre el amor todas las ideas de Platón cuando dice: «Conviene advertir que la sustancia intelectual del platonismo late y vive al presente en el espiritualismo cristiano;» y respecto á los escritores místicos, que indudablemente representan una manifestación importantísima, sobre todo en nuestra patria, la verdad es que dichos tratados no son verdaderos estudios reflexivos del amor, sino arrobos y éxtasis producidos por la enajenación del amor divino, y que, si en ellos pueden encontrarse algunas observaciones delicadas y quizá útiles por efecto del estado de excitación nerviosa y acaloramiento cerebral de que se halla poseído el ánimo del místico, no son ciertamente ni sis-

temáticas ni filosóficas; como no lo son tampoco las infinitas definiciones que han dado del amor los poetas eróticos, pues unos y otros «tratan del amor como sentimiento real y vivo, pasión que les domina ó éxtasis que los enajena.»

El tercer número de la *Psicología del Amor* es el que contiene la parte más esencial de la obra, pues se ocupa del análisis psicológico del amor. Empieza el autor reconociendo en el amor un elemento intelectual inicial, anterior, ó por lo menos coetáneo, al momento mismo de sentirse nuestro sér afectado por el objeto ó el sér que nos impresiona, y otro elemento de carácter dinámico que nos impele y obliga á intimarnos y coparticipar de la esencia de ese mismo sér ú objeto. Después reconoce y afirma, robusteciendo su afirmación con la autoridad de notables fisiólogos, que todo nuestro organismo se encuentra influido y modificado en el acto de la excitación amorosa, manifestándose esta alteración orgánica, ya por una elevación de temperatura en los centros nerviosos, ya por el rápido aflujo de la sangre al cerebro; deduciendo de aquí que el amor, como manifestación suprema de la sensibilidad, es á la vez que modificación psíquica é interna alteración corporal y orgánica, y que, por lo tanto, requiere la existencia de todo nuestro sér á la determinación de sus manifestaciones.

De aquí nace también su carácter sintético, de concreción é indistinto, y su tendencia á representar plásticamente por medio de imágenes y de símbolos, lo que la inteligencia concibe como amable y digno de unirse á nuestro sér; de este mismo carácter de intimidad y coparticipación, nace indudablemente la importante nota de que el amor convierte al amante en un sér que se olvida de sí mismo, y de la realidad toda, para convertirlo todo entero en el objeto amado, deseando la posesión y disfrute de él; disfrute y posesión que es ciertamente el aguijón poderoso de todo estado afectivo, de donde concluye afirmando, que es evidente y cierto lo que hoy sostiene la psicología fisiológica, á saber: que todo estado de conciencia y representación mental y afectiva es psicofísico, ó tiene como correlativo su propio estado muscular. Es decir, que la observación y el análisis psicológico y aun fisiológico distinguen en el amor los siguientes elementos: el

afectivo ó emocional, el intelectual y el dinámico, afirmando como corolario de este proceso analítico que el amor es una síntesis anímica.

Como puede observarse por el ligero extracto que llevamos hecho del análisis del amor, González Serrano acepta desde luego todo aquello que las ciencias experimentales y en particular la fisiología han aportado para el esclarecimiento de los fenómenos psicológicos, pues, como él mismo confiesa en su libro, á la altura que ha llegado la ciencia, es imposible desentenderse en el estudio y en el análisis de nuestra interioridad de los datos fisiológicos; es decir, que es innegable el carácter psico-físico que reviste todo lo que hasta ahora se ha llamado ciencia del alma.

La verdad es que, aunque con esto parezca á los espíritus exclusivistas que se amengua la excesiva preponderancia que al alma humana le hayan concedido determinadas escuelas filosóficas, la sinceridad científica, y el respeto y veneración que la verdad infunde y la evidencia merece, los datos experimentales impelen y obligan al pensador ingenuo á reconocer y proclamar lo que no puede negarse de todas estas adquisiciones de la ciencia novísima, ni perjudiciales ni menos deprimidas para nuestra consideración y naturaleza racional, pues el espíritu y la materia, lo interno y lo externo, constituyen después de todo esa unidad indisoluble y suprema que llamamos hombre.

Implica por otra parte, esta aceptación de los datos experimentales por un pensador idealista, el hecho importantísimo de despojarse de la intransigencia propia del prurito de escuela y la conquista valiosa de quitar á los sistemas filosóficos su absolutismo estrecho é irritante y sus tendencias á encerrar la especulación científica en moldes convencionales y *à priori*, que por esta misma razón limitan, cuando no oscurecen, la verdad, que es la aspiración á que debe dirigirse toda investigación científica. En este sentido, el autor de la *Psicología del Amor*, sin caer en un eclecticismo estéril ó que nada resuelve, suma los datos de la experiencia espiritual y la somática, y estudia el amor de un modo completo, mereciendo por ello sincero aplauso, pues se coloca de este modo, por un lado en el

verdadero punto de vista del filósofo que busca allí donde la encuentre la verdad de su conocimiento, y por otro quiere ser propagandista y popularizador de la filosofía en cuanto le quita lo parcial y estrecho de una escuela determinada.

Volviendo ahora á continuar la exposición de la doctrina contenida en este capítulo tercero de la obra que nos ocupa, su autor afirma que, si es relativamente fácil el análisis psicológico del amor, cuando se quiere reconstruir su concepto y considerar en síntesis viva y armónica los elementos que se han encontrado en el análisis, se pierde de un todo el camino de la investigación propiamente científica para andar á tientas por las múltiples y complicadas manifestaciones de los fenómenos afectivos. Nada preciso y concorde existe; y el lenguaje oral se muestra indómito y rebelde para poder ofrecer una definición concreta y exacta del amor, que resulta siempre indefinible é innegable, y más á propósito para expresarse por la vaguedad é indeterminación de la música, que por la precisión analítica de la palabra. Muy importante es esta parte, pues la enriquecen originales observaciones y reflexiones propias, y no escasa erudición científica de oposiciones ajenas. Luego establece y explica los grados del amor en los cuatro aspectos ó fases, bajo los cuales aparece, á saber: apetito, deseo, aspiración y amor, con sus respectivos contrarios negativos: repugnancia, disgusto, aversión y odio: indica después las divisiones del amor, fundadas, la primera en la idea de tiempo; amor pasado, presente y venidero; la segunda en la naturaleza de los objetos á que se dirige; amor á las cosas ó á las personas; y la tercera en el móvil determinante del amor, propio del elemento dinámico: amor interesado, desinteresado y estético; todo lo cual le ofrece motivo adecuado para oportunas y delicadas disquisiciones sobre el objeto que trata de analizar, terminando este número con la conveniente afirmación de que el amor ni puede ni debe confundirse, ni con el placer, ni con el interés ni con el bien, «porque es síntesis y condensación de todo nuestro sér y vida que posee una finalidad propia, suficiente por sí sola para purificar el goce, justificar el interés, y servir de móvil y excitante del bien.»

En el número cuarto del libro se estudia la finalidad del

amor, demostrando y afirmando primero, que es un *hecho moral*, en cuanto implica la idea de un deber que, despertándose por el aguijón de la necesidad orgánica en la pubertad, llega ó puede llegar el individuo en el cumplimiento de este deber hasta los límites extremos de la abnegación y el sacrificio; y es además un *hecho social*, por cuanto el amor es la causa que da origen á la institución de la familia. Estas dos condiciones, la necesidad fisiológica y la necesidad social, determinan toda la finalidad del amor que, si bien principia por el grito de la carne, se completa y consolida en cuanto se concibe, se siente y vive como anhelo y aspiración moral; separadas estas dos condiciones ó predominando cualquiera de ellas, el amor se desnaturaliza, pues ni el amor puramente sexual es otra cosa que la pasión carnal, ni el amor llamado platónico, es decir, puro y sin posesión y disfrute del objeto amado, es otra cosa que una abstracción baldía y sin realidad producida por una imaginación febril. El *pudor*, como tendencia á emancipar el espíritu de la servidumbre de la carne, y la *castidad*, como abstención voluntaria del amor son dos condiciones importantísimas y muy estimables para quitar al amor su aspecto grosero, y elevarnos por ellas al culto del ideal y de la belleza.

La conexión inseparable—continúa González Serrano—del organismo y del sentimiento es el punto crítico de la esencia metafísica ó finalidad del amor, en donde el análisis psicológico puede señalar la diferencia y á la vez el concierto posible, entre el instinto y la tendencia ideal que exige la personificación individualizada del objeto amado. Si, pues, en esta individualización hay preferencia para una persona sobre otra, es evidente que se busca en el sér amado algo más que la fuente del placer, por cuanto con otro individuo pudiera conseguirse la satisfacción orgánica; pero si la necesidad mental busca á uno determinadamente, es porque en ese y no en otro considera su ideal personificado, considerando desde luego á ese sér, persona ú objeto, como el preferido del corazón, el amado del alma. Así, y sólo así, puede diferenciarse el amor humano del instinto sexual de los animales, pues mientras el primero se personifica individualmente en una persona á quien

se adhiere, el segundo tiene un carácter genérico que se satisface por completo con el sexo opuesto.

El amor, por lo tanto, es algo más que el instinto, pues individualiza y determina el objeto del deseo: el uno es un estímulo ó acicate, el otro es una síntesis en la que se revela la aspiración al ideal y el culto á la belleza. El instinto sexual es un móvil egoísta, y el amor obedece á la ley de la solidaridad; la satisfacción del instinto sin el amor produce hastío y tristeza, y demuestra la animalidad huérfana de la racionalidad. Estos dos aspectos, el instinto sexual y el amor, que es sentimiento que depura las pasiones y ennoblece el ánimo, están reconocidos por todas las escuelas filosóficas, hasta por los mismos positivistas, y ambos conspiran á la finalidad del amor, al culto del ideal y á la realización de la belleza. Por eso en el matrimonio, cuando en él se juntan la elección desinteresada y el estímulo de lo bello y de lo grato, es en donde se sintetiza principalmente y donde se consagra de un modo más solemne la finalidad inherente al amor, puesto que en él se resumen entonces sus dos móviles principales, el apetito sexual y el atractivo de la belleza, depurados aquí ambos respectivamente de los vicios y desórdenes de la pasión brutal y del idealismo insípido, y revestidos de un carácter moral y social, creando medio favorable y adecuado para la conservación y desarrollo de los individuos en la familia. Después, y para concluir todo lo relativo á la finalidad del amor, el autor expone la necesidad de este afecto en la vida, apoyándose en el carácter expansivo y de relación que el amor ostenta, con cuyo carácter viene como á ensanchar y ampliar nuestra personalidad; pues es evidente la necesidad que todos tenemos de comunicar nuestros sentimientos, placeres, alegrías y tristezas con otros seres queridos, como lo es igualmente que, cuando esto no lo podemos realizar, se apodera de nosotros la nostalgia de la vida, como le sucede al que vive aislado y sin comunicación, porque ciertamente, el que así pasa sus días, no vive en realidad. «El que no ama, es un sér sin finalidad propia, nota discordante en el concierto general.»

El número quinto es un pintoresco y ameno estudio de la *Morfología* del amor, ó sea la sucesiva evolución y las distin-

tas formas que este afecto ha ido presentando en el desarrollo de la historia humana, deducido este estudio de la manera de considerar y presentar el amor los poetas y los artistas en sus obras y producciones. «El amor—dice González Serrano—ha sufrido transformaciones sin cuento, efecto de la *penetración íntima de la sensibilidad y de la inteligencia*, causa principal de todo progreso moral y estético.» Examina después los distintos caracteres del amor en las diferentes épocas de la vida individual; pasa al análisis de las primitivas y rudas civilizaciones, comparando las manifestaciones del amor en estas con las de otros pueblos más adelantados y cultos; y viniendo luego á los mitos y emblemas del amor, trae á reflexión crítica las representaciones simbólicas de las Venus y Diosas de la mitología griega y de sus anteriores las de la India, Egipto y Fenicia; habla después de las heroínas poéticas, reales y simbólicas, de la Elena griega, de la Magdalena cristiana y de la Margarita del Fausto, llenando toda esta excursión crítica de acertadas y brillantes observaciones. Por último, como prueba de la evolución del amor, explica el concepto distinto que encierran las denominaciones de *amor clásico*, *amor caballeresco* y *amor cristiano*; contrapone y distingue el *amor platónico* de la *galantería* y del *amor picaresco*, y define el verdadero carácter *real-ideal* del *amor moderno*, determinando igualmente el que es propio del *amor romántico*. Hablando, en fin, del amor de nuestra época, y pretendiendo armonizar las distintas tendencias que en ella luchan y batallan dice: «Todavía luchan la carne y la naturaleza de un lado, y las conveniencias sociales de otro, y, para evitar la discordia, se debe aspirar á vivir el amor tal como es, como una energía, quizá la primera y más intensa, *psico-física* ó *real-ideal*; que mientras que este concierto no sea un hecho, la neurosis, el pesimismo y el excepticismo caracterizarán nuestra época, de igual modo que fueron características propias de la antigüedad clásica la sonriente y poética concepción de la realidad, que la hace aparecer como la primavera de la vida, y de la Edad Media la absorbente y sombría devoción, que la sumerge en un sueño antinatural.»

Tal es en ligero extracto el estudio y análisis realizado

por el autor de la *Psicología del Amor*, porque aunque después de estos cinco números ó capítulos hay otros siete en los cuales se analizan los caracteres del *amor propio*, del *conyugal*, del *amor á nuestros semejantes* y la *amistad*, del *amor patrio* y de la *naturaleza*, terminando con los del *amor de Dios ó divino*, todos estos capítulos no son otra cosa que consecuencias y aplicaciones parciales de todo lo expuesto en los números tres, cuatro y cinco, que son indudablemente los más importantes y trascendentales para el estudio psicológico del amor; bien que los restantes tengan también grandísimo mérito por la riqueza de las observaciones analíticas que contienen, el carácter ético y moral que revisten, quizá el más pronunciado y notable de todas las disposiciones de estos últimos números, y sobre todo porque vienen como á llenar y completar, de una manera conveniente, el cuadro general del estudio psicológico del amor y el plan que para la obra se propusiera su autor. Por esta razón no continuamos extractándola y vamos á terminar nuestro trabajo, formulando de un modo general nuestro juicio sobre ella.

Que la *psicología del Amor* no es un libro en donde pacientemente se han ido reuniendo y acumulando observaciones nuevas y datos originales para formar una obra magistral y ruidosa por la singularidad de sus teorías, extendiendo la especulación experimental y el análisis psicológico hasta el límite prodigioso que suelen llevarlo los pensadores ingleses ó alemanes, es cosa que no hay que esforzarse mucho en demostrar, pues basta leer el libro para convencerse de lo que afirmamos; pero si bien es cierto que no tiene ese lastre pesadísimo, sobre todo para la generalidad de los espíritus que no tienen el hábito de seguir por todos sus pasos y tortuosos senderos una investigación puramente especulativa, en cambio de ese lastre tiene esta obra que nos ocupa otras condiciones muy recomendables, que son tan valiosas como aquéllas, puesto que tienden y conspiran á la difusión de esta clase de conocimientos. Por otra parte, hay que reconocer también que su autor al escribir sobre la psicología del amor no tuvo propósito tan fundamental y completo, como él mismo lo dice en las palabras que hemos citado, correspondientes al número

primero, por las cuales se conoce su intento que no es otro que el hacer un *ensayo descriptivo* y no una obra magistral. El libro, después de todo, es un libro á la francesa, ameno y útil, brillante en algunos puntos, profundo en otros, con muchas reflexiones propias y numerosos juicios y afirmaciones ajenas, demostrando de esta manera que es posible unir en un autor la reflexión y el pensamiento propio á la erudición y conocimiento de los demás pensadores que se han ocupado del asunto de que se trata; es, en fin, la *Psicología del Amor* una obra provechosa y á propósito para la difusión y aun vulgarización de los estudios y conocimientos filosóficos; y que si no tiene datos novísimos y singulares para la investigación psicológica, posee en cambio un método científico admirable, un plan transparente y claro y una exposición precisa y ceñida, que revela en su autor un extenso alcance de pensamiento y una vista segura para la enunciación de sus ideas que, á pesar de la facilidad, sencillez y claridad con que están expuestas, no dejan nada que desear en el terreno de la pura especulación científica.

Pero hay que convenir también que estos libros de difusión, populares y científicos á la vez son en nuestro país muy necesarios y utilísimos, y más todavía si pertenecen á las ciencias filosóficas á las cuales, por la nota de aridez y sequedad que se les atribuye, suele mostrarse nuestro pueblo refractario, y solamente con libros de esta clase puede conseguirse que fije su atención en los problemas trascendentales. Por otra parte, no hay que olvidar que los números ó capítulos de la *Psicología del Amor* fueron en su origen artículos de un *Diccionario Enciclopédico* y por lo tanto su carácter y alcance científico no rebasa el intento de la difusión y propaganda de las ideas filosóficas entre los espíritus ilustrados y cultos, sin pretender llegar á ser estudios fundamentales, destinados únicamente á los filósofos. La obra, pues, repetimos, si bien en el respeto de producción fundamental y magistral no cabe considerarla, tiene altísimo mérito como libro de difusión de los estudios y trabajos de especulación filosófica entre las personas aficionadas á ellos en nuestra sociedad y en este sentido llena completamente su objeto. Por lo tanto, nosotros felici-

tamos sinceramente á su autor, y le estimulamos á seguir trabajando con el mismo entusiasmo, tanto en los artículos del *Diccionario*, como en obras de fecunda difusión científica, á semejanza de algunas que lleva publicadas, como la *Psicología Fisiológica*, las *Preocupaciones sociales*, *Cuestiones contemporáneas*, y otras.

Ya hemos dicho al principio de este artículo algo sobre la forma literaria de González Serrano, y aquí para concluir diremos, que en la *Psicología del Amor* el estilo es fácil, brillante y ameno, y el lenguaje puro, correcto y por regla general siempre propio y el uno y otro con la claridad y transparencia suficientes para poder llegar sin esfuerzo á todas las inteligencias y sin que por otra parte esta forma fácil, agradable y natural desdiga en lo más mínimo de la elevación y dignidad, de la exactitud y profundidad que piden y requieren el estilo y lenguaje científicos.

La *Psicología del Amor*, en fin, es un libro que seguramente leerá con gusto todo aquél que ame los estudios filosóficos, y no producirá cansancio ni hastío á aquellas personas que, sin estar acostumbradas á la disciplina intelectual que exigen las especulaciones científicas, posean una regular cultura, aquella que se necesita y precisa para apreciar y comprender esas cuestiones que se levantan un poco de la esfera de la vulgaridad en que la vida ordinaria se realiza; es un libro de cultura intelectual elevada, de sanos principios filosóficos, de abundante erudición científica, y por último, de sentido y tendencias expansivas, abiertas á todos los horizontes de la especulación contemporánea, que es para nosotros, sin disputa, el máspreciado mérito que este libro ostenta.

PEDRO MUÑOZ PEÑA.





APUNTES

DE

UN VIAJE POR ARGELIA Y TÚNEZ

Continuación (1)

X

LA POBLACIÓN MUSULMANA EN ARGELIA Y TÚNEZ

HACER una breve reseña de las razas mahometanas que pueblan estas dos regiones del África septentrional (2) y asignarles los principales caracteres que las distinguen, tal es el objeto que me he propuesto en este artículo: materia es algo arriesgada hacer penetrar el escalpelo de la observación para sorprender diferencias, allí donde muchas veces la naturaleza y el roce han engendrado semejanzas; pero aun á riesgo de que mi trabajo resulte no tan minucioso como podría exigirse de un tratado etnográfico, cosa que no me propongo, procuraré ceñirme á los rasgos más salientes y característicos, dejando á más felices observadores elafiligranado trabajo del detalle (3).

(1) Véase la pág. 520 del tomo anterior.

(2) Unimos estas dos regiones porque no forman dominios etnográficos diferentes.—V. Houdas, *Ethnographie de l'Algerie*. Introduction.

(3) Me fundo en las observaciones y opiniones de Houdas, Mauricio Bois y algún otro en aquello que no haya podido observar por mí mismo.

Tres son los grupos principales en que hoy puede dividirse la población musulmana de estas regiones: el de los beréberes ó kábilas, el de los árabes y de los beréberes arabizados (1).

Parece por la autoridad de Salustio, confirmada por los monumentos, que los beréberes tienen por antecesores en remotos tiempos á los lybios y gétulos: éstos, fundidos con los medos y persas venidos al Occidente, habrían dado en tal caso origen á los númidas, de los cuales los beréberes actuales son los legítimos sucesores.

La fusión del tipo primitivo con el oriental explica, según esta opinión, la existencia del tipo rubio en esta raza, á diferencia de la generalidad que es moreno.

Sea lo que fuere de estas cuestiones de origen, puede distinguirse el tipo común de esta raza en el hombre por su firme musculatura, por la figura especial de su cara que se parece á un rectángulo de ángulos redondos, su nariz regular, sus ojos azules por lo común, la barba escasa y poco crecida y los pómulos poco salientes. La mujer berébere es graciosa de ordinario; pero sea por las rudas fatigas á que se la sujeta generalmente, sea por su especial constitución física, pierde muy pronto la frescura del cutis y las gracias todas de la juventud. Es vieja á los veinticinco años.

El árabe, de complexión menos robusta que el anterior, tiene la faz ovalada, pómulos salientes y dirigidos hacia la cavidad nasal, ojos negros y vivos de notable belleza, nariz aguileña, dientes blancos, barba regular y negra. La mujer es, en su buena edad, el tipo de belleza que han cantado, con tanta verdad como inspiración, los poetas de la clásica literatura árabe. Procede en gran parte de los que en época más reciente fueron expulsados de España.

El berébere arabizado, resultado del cruzamiento de las dos razas anteriores, presenta en parte los caracteres de ambas, bien que, aproximándose mucho más al tipo árabe, se hace difícil de ordinario reconocerlo con precisa distinción.

Prescindimos de los culughlis, resultado de turcos y mujeres

(1) El nombre de moros suele aplicarse á los árabes que viven en las ciudades.

indígenas, por ser escasos, y de los negros sudaneses que se hallan en bastante número en Túnez, por ser sus caracteres físicos de todo el mundo conocidos.

Expuesto en líneas generales el boceto físico de estas gentes, inútil es añadir que dentro de estos tipos comunes hay multitud de variantes, ya relacionadas con el medio en que se vive, ya producto de causas meramente individuales. Así, no es lo mismo el berébere de la montaña que el del llano, ni es comparable el árabe del desierto con el de la ciudad, y aun entre éstos es reconocible á primera vista el hombre de elevada posición y educación esmerada, distinto del humilde artesano y del representante de las clases desheredadas; como lo es el que por su profesión está precisado á hacer una vida sedentaria, del que se dedica á las penosas tareas de un trabajo de movimiento y esfuerzo (1).

En general, y presentando en conjunto la impresión recibida en las ciudades berberiscas que hemos visitado, diré que el indígena musulmán de estos países, apenas si presenta en su físico diferencia perceptible del tipo que presenta nuestra raza, especialmente en Andalucía y Levante: apenas si habrá un español de estos países que en razón de su físico no pudiera pasar por musulmán; y muchas veces en el huertano tune-cino vestido de zaragüelles, semejantes á los antiguos zaragüelles valencianos, ya hoy casi en desuso, y cuidando sus hortalizas por los mismos ó parecidos procedimientos que en Valencia se emplean, nos hemos creído transportados á las ricas riberas del Turia ó á los fértiles campos que el Júcar riega.

Si de la parte física pasamos á la intelectual, diremos que hemos observado en estos países un curioso fenómeno. Mil veces hemos fijado nuestra mirada en el pequeño morito, que en la expresión de su rostro, en lo vivo y travieso de sus mo-

(1) La distinción de grupos en que suele distribuirse la población indígena, debe apoyarse, según competentes autoridades, más bien que en los caracteres físicos, ambiguos muchas veces, en las costumbres, aficiones y aptitudes, que nos suministran datos más concretos y precisos para establecer las diferencias que separan unas de otras estas agrupaciones.

vimientos y sus tretas, parecía desprender de su alma los destellos del ingenio. Mas fijando después la vista en la generación adulta hemos tenido ocasión de notar el nivel extraordinariamente bajo en que se encuentra su cultura. A lo que parece, el indígena de estos países, siguiendo en lo intelectual la ley del desarrollo físico, semeja á esas flores que, abriendo prematuramente los pétalos de sus corolas, se marchitan cuanto antes; ó á esos seres que sin consentir la debida incubación, ven la luz un día para volver al siguiente á la nada, de donde anticipadamente salieron.

Ni las ciencias ni las letras encuentran actualmente entre estas gentes sino muy escasos representantes. Ni siquiera aquella regular cultura que los hizo en otros tiempos los casi únicos poseedores del saber, ha podido conservarse entre ellos, y hoy no sólo no se encuentran médicos y filósofos como Averroes, historiadores como Aben-Jayán, teólogos y juristas como El Sadafí, sino que son contados los que podrían entender debidamente los libros de la clásica antigüedad.

Algunos artículos de revista, ediciones de obras antiguas y otras publicaciones de pocos alcances, son las únicas que hemos visto dadas á luz por la gente del país (1): encuéntranse también, entre las gentes del pueblo, fragmentos poéticos de bien sentida inspiración.

En cuanto á Teología y Derecho, repiten el Alcorán y las tradiciones. En lo que respecta á Medicina, ni una palabra. Previenen las enfermedades con amuletos, las curan con exorcismos y oraciones, y alguna que otra práctica rutinaria. Si hay algún médico indígena (en Túnez tuve noticias de uno), ha hecho sus estudios en Europa ó con europeos. El Bey de Túnez tiene como médico al Dr. Prats, de origen español, que ha hecho sus estudios en Europa.

Para los oficios, en que más que la razón culta puede intervenir la imaginación creadora, suelen mostrar los beréberes, no mediocres disposiciones, y algunos como la tintura de cier-

(1) Hemos leído dos artículos en la Revista de la Academia de Argel sobre enseñanza de los indígenas.—Diálogos franco-árabes por Tahar ben Neggad y dos publicaciones periódicas, *El Mobaxir* y *el Raid Tunisi*.

tas telas, la confección de ciertos géneros de armas y de alhajas, la acuñación de moneda y su habilidad en algunos puntos para falsificarla, prueban bien á las claras que las disposiciones de estas gentes para determinados trabajos, nada tienen que envidiar á las que muestra la industria europea con toda su perfección y con todos sus primores.

De los tres grupos que antes hemos señalado, los beréberes son los que se muestran más accesibles á la civilización y al progreso; los que dan á las escuelas mayor contingente; los que se sujetan casi con gusto á la dominación francesa; los que, pegados al terruño, sacan de la tierra laboriosamente sus frutos.

En lo moral ofrecen caracteres tan varios, tan complejos é inasequibles á veces para su estudio, que no es extraño que al ser apreciados por los europeos, vengan á formarse juicios muy diferentes y hasta opuestos.

El musulmán de aquí es religioso, cuando menos en apariencia, y es religioso con el quietismo fatalista que mata, no con la fe providencial que vivifica. Todo está previsto y es imposible cambiar el curso de las cosas. Tal es la síntesis de la idea religiosa, que al desconocer el papel de la actividad humana en el plan de la Providencia, mata toda iniciativa, condenando á la esterilidad tal vez excelentes disposiciones. ¿Qué importa conocer la ciencia? ¿Para qué penetrar en los abismos de la Filosofía? *Allah alima*, Dios lo sabe y sería soberbia presunción atreverse á bordear el mar inconmensurable de su ciencia. Algo así parecía indicarnos el muftí hanefita de Argel en una entrevista que con él tuvimos.

Y por una de aquellas humanas contradicciones, el mismo sentimiento religioso es el resorte más eficaz para poner á estas razas en movimiento, para hacerlas desplegar toda su actividad cuando se trata de defender su religión; de la guerra á los infieles. Es la idea religiosa para el musulmán lo que el calor en la naturaleza, que al tiempo que endurece unos objetos, reblandece otros.

En cuanto á sí mismo, el moro de aquí es sobrio para satisfacer sus necesidades, no ciertamente con la sobriedad del anacoreta, sino con la sobriedad del indolente. El pan y las

54 REVISTA CONTEMPORÁNEA

frutas ó legumbres son los alimentos de que se sirve casi de continuo. Y esto en tales proporciones, que causarían admiración á nuestros compatriotas. Hay aquí gentes cuyo gasto diario se reduce á tres carubos de pan (tres carubos equivalen á diez céntimos), un carub de aceite, y los más delicados y golosos, los Heliogábalos, como quien dice, añaden además un pimiento por otro carub.

No es tan sobrio para la satisfacción de sus apetitos venéreos. Parece que cunde bastante la inmoralidad entre la gente adinerada, pues aunque la ley alcoránica permite sólo cuatro mujeres legítimas, deja á voluntad el número de concubinas. Por lo general aquí se contentan con una sola mujer á falta de medios para sostener varias.

En el trato social, el moro de aquí guarda consideraciones y deferencias á los europeos, no tanto porque nazcan de un sentimiento de simpatía, cuanto porque reconoce su superioridad y le teme. En algunos puntos como en Cairoan (1) se dice que los europeos se ven todavía motejados de *perro* y otras lindezas por el estilo que en voz baja les dirigen los fanáticos cairoanenses (2).

Entre ellos y para con todos sus correligionarios, son fieles, afables y cariñosos; no se ven apenas altercados, robos, asesinatos; en cambio se les ve conversar con intimidad, saludarse con afecto llevando la mano á la boca y al corazón después de haber estrechado la del compañero, y aun con otras muestras más expresivas de cariño.

El kabila tiene además la idea de familia; guarda á su mujer, única casi siempre, consideraciones que no le guarda el árabe; y se entrevé en su conducta algo del noble sentimiento de la patria, cosa muy natural si se tiene en cuenta que su vida laboriosa y estática le crea luego intereses que custodiar y de-

(1) Villa situada en el centro de la Regencia á 161 kilómetros de Túnez.

(2) Esta ciudad era fama, antes de la entrada francesa, que no podía pernoctar en ella ningún cristiano sin que muriera milagrosamente, por guardarse en ella el sepulcro de un célebre muslim, Sidi Sahab, el barbero del Profeta; pero la entrada francesa ha venido á demostrarles que estos son los milagros de... Mahoma.

fender. Beréberes y árabes llevan las atenciones de la hospitalidad hasta límites para nosotros desconocidos.

La mujer aquí es coqueta, presumida, si su posición le permite aderezarse á su gusto. El lucir los adornos de manos y piés, el exhibir en el baño sus joyas, les satisface sobre manera. Pero no es sólo la mujer; también el hombre se mueve por la vanidad. Una insignia, una cruz, un adorno honorífico cualquiera, es un buen lazo para cazarlos. Bien que en esta parte los españoles no tenemos que arrojar chinitas á la gente moruna, que podría devolvérnoslas tal vez multiplicadas con sobrada razón.

Tales son, según se nos alcanza, los caracteres principales de la población musulmana de los dos países que hemos visitado; si alguna diferencia se advierte entre unos y otros, entre argelinos y tunecinos, debe ésta atribuirse á circunstancias puramente externas, á la diferente condición política de estos países, pues mientras que la población de la Argelia está sometida á la Francia con la sumisión del débil para con el fuerte, la población de Túnez se cree todavía (y lo es hasta cierto punto) árbitra de sus destinos: allí, con la sujeción forzosa, se han concentrado los odios, se disimula el carácter, se ocultan los propósitos, las tendencias y maquinaciones; aquí, la entrada, por capitulación, de los franceses no ha lastimado tanto su libertad, su autonomía: en una palabra, el pueblo argelino es más astuto é hipócrita, como todo pueblo vencido y humillado; el pueblo tunecino es más franco y expansivo, como todo pueblo que se cree libre y satisfecho de sí mismo.

XI

LAS RELIGIONES EN ARGELIA Y TÚNEZ

Siendo la religión factor importante en la marcha de los pueblos y dato atendible para conocerlos, he creído conveniente consagrar un articulito á este interesante asunto.

Empezaremos por la más generalizada, la religión del Pro-

feta, profesada por las razas indígenas (beréberes, árabes y beréberes arabizados), amén de algunos europeos renegados, aunque rarísimos (1).

Sabido es el papel importantísimo que ejerce la religión mahometana entre los individuos y los pueblos que la siguen: las leyes civiles y penales, las costumbres, las instituciones, todo suele estar calcado sobre el texto alcoránico ó sobre la tradición que lo completa.

Esto hemos notado en nuestra excursión por estos países, pero con ciertas limitaciones y reservas.

Que el moro de estos países es eminentemente religioso, al menos en apariencia, lo prueban algunos hechos que he tenido ocasión de observar y que reproduzco ahora. Es el primero de ellos el número considerable de mezquitas y demás establecimientos religiosos que se ven por todas partes: baste decir que en Argel se contaban hasta 166 antes de la entrada de los franceses. Algunos de ellos, como la mezquita del ritu malekí de Argel, cuya descripción hemos hecho al tratar de esta población, son bien dignas de llamar la atención por su magnitud y no escaso gusto artístico, habida razón á lo que puede prometerse del destino especial de estos edificios, y al estado en que en punto á arquitectura debe hallarse la civilización árabe.

El segundo hecho en que me fijo es el rigor con que, según mis noticias, se observa el ayuno del Ramadán, privándose de todo alimento y bebida desde el amanecer hasta la puesta del sol, en que un cañonazo disparado desde las alturas de la Casba, ó la voz de un marabut, anuncia ser llegado el momento de reparar las extenuadas fuerzas.

Otro hecho es el número considerable de fincas adscritas á las mezquitas ó fundaciones piadosas, no siempre, es verdad, con un fin religioso, pero de las que suelen siempre sacar los representantes de la religión pingües ganancias. Estos se llaman bienes jabús, y su administración es una de las más complicadas.

Si á esto añadimos que el lenguaje, ese espejo de la civili-

(1) En Túnez hemos visto la casa de un militar francés que abrazó el mahometismo para aprovecharse del derecho á la poligamia.

zación de los pueblos, se halla matizado de frases y sentencias de marcadísimo sabor religioso, cómo todos sus documentos empiezan con el *bismi-allah* y continúan con salutations é invocaciones, cómo se tiene en grande estima al peregrino á la Meca, cómo el musulmán se mira siempre amenazado de mal de ojo, de días aciagos y otras bagatelas de este jaez, se comprenderá que si peca en este punto, es más bien por exceso que por defecto de religión, por superstición más que por incredulidad.

Pero esta religión, más material que espiritual, más dogmática que racional, descansando muchas veces en los desvaríos de una imaginación vivaz más que en el dictamen de la recta razón, ofrece puntos vulnerables y aun expuestos al ridículo para los que tenemos la ventaja de observar estas cosas desde un punto de vista más elevado. Penetremos en una mezquita cualquiera: nada hay allí que nos indique ser aquello un edificio religioso; un bosque de columnas y pilastras, una fuente más ó menos artística, alguna lámpara y la indispensable sagrada estera, sobre la cual se sienta el devoto musulmán á recitar el aljamdo lillah (la gloria á Allah) ó á leer libros de religión ante un grupo que le escucha con profunda atención. Nada se verá allí de grandioso, nada que eleve el corazón, inspirándole esas ideas sublimes y afectos divinos, ese algo sobrenatural. Ni por su forma, ni por su decoración indica nada la mezquita: alguna vez hemos visto en ella á los pequeños jugando á la pelota, y en verdad que tal edificio así podría servir para su destino como podría habilitarse para trinquete.

Es necesario tener en cuenta que la religión mahometana propiamente no tiene sacerdotes ni sacrificios, pudiendo todo musulmán ejercer las funciones sagradas; por esto la mezquita no es para ellos más que un lugar destinado á la oración y á la instrucción de los fieles.

Veamos ahora á quiénes conceden los musulmanes los honores de la santidad. Vense á cada paso en los países que estudiamos, unos pequeños edificios, cuadrados en su forma, completamente blancos, y terminados en una diminuta cúpula: tales son las llamadas cubas, levantadas sobre el mismo

sitio donde descansan los restos de alguno de los muchos marabuts ó santones del Islamismo. Si ahora desean saber mis lectores qué méritos ó qué sobresalientes cualidades ha de reunir el musulmán para llegar á este grado de santidad, les diré que son marabuts, por lo general, los imbéciles ó aquellos que descienden de otro marabut. Nada que demuestre más á las claras las escasas luces de estas pobres gentes, para quienes la santidad ó se trasmite por herencia ó descansa en la perturbación de las facultades mentales.

A estas cubas asisten con más ó menos frecuencia los fervientes musulmes á orar sobre el túmulo del marabut, y á implorar las gracias que necesitan. Son celebradas y concurridas en Argel, entre otras, las cubas de Mohamed ex-Xerif, á la que asisten las mujeres implorando la maternidad; la de Sidi Abd-el-Kadir, uno de los fundadores de hermandades ó cofradías musulmanas, (1) en cuyo nombre piden limosna muchos pobres. (Por la cara de Abd el-Kadir y del Señor).

A demandar la protección de estos santos se acude individual ó colectivamente á estas cubas, formando á veces verdaderas peregrinaciones; en Túnez hemos visto una de éstas, que al monótono ruido del bombo y precedida de sus estandartes, se dirigía á ofrecer sus homenajes religiosos á un marabut cuyos restos descansan en una cuba de las inmediaciones. Una vasija con algunos manjares, era, según oímos decir, la ofrenda que se le dedicaba.

(1) Hemos mentado las cofradías musulmanas y no nos podemos dispensar de decir dos palabras sobre ellas. Cuando el espíritu religioso musulmán ha llegado, andando el tiempo, á debilitarse, ha habido sectarios fanáticos que han emprendido la tarea de vigorizarle, instituyendo para ello sociedades que, calcadas siempre sobre la doctrina alcoránica, se dedicasen, por cuantos medios creyeran pertinentes sus autores, á la obra de propagar y fortalecer el sentimiento religioso entre sus correligionarios. Son muchas estas sociedades, conocidas por el nombre de sus autores. Algunas de ellas como la de Sidi Mohamed ben Ali-es-Senusi, son un constante peligro y una perenne amenaza. Reclutando adeptos por todo el mundo musulmán, les imbuje en un odio mortal contra los cristianos, y espera el día en que pueda tomar la revancha contra aquellos que de cualquier modo han menoscabado su libertad. Los gobiernos europeos, fija la mirada en este elemento perturbador, procuran observar sus manejos y hallarse prevenidos.

A más del mahometismo, se encuentra el judaísmo, de que trataremos en el artículo siguiente, y las religiones de la población europea.

Los griegos cismáticos tienen en Túnez su iglesia ó capilla donde celebrar los divinos oficios.

También los protestantes (¡cosa rara!) han caído por aquí con inmenso aluvión de Biblias, libros de devoción y conferencias. Pero creo que su propaganda entre estas gentes, demasiado fanáticas unas, y demasiado indiferentes otras, ha de hacer poca fortuna, si no es para aquellos que la manejan, que, según tengo entendido suelen hacer su agosto dando cuenta á las Sociedades de Londres, de conversiones y trabajos que sólo figuran en las partidas de gastos.

Por fin, el culto católico alcanza aquí hoy una vida lánguida que hace recordar el florecimiento del catolicismo en estos países cuando rigieron las sedes episcopales Obispos tan renombrados como San Agustín, San Fulgencio, San Optato, San Cipriano y Tertuliano. Un solo dato aduciré que sirve, á mi entender, para conocer la vida raquítica que vive el catolicismo en estas poblaciones. Orán, que cuenta una población europea de más de 45.000 habitantes, sólo tiene cuatro parroquias; Argel, con mayor número, cuatro también, y en Túnez, con más de 25.000, sólo hemos visto dos parroquias. Nunca, á pesar de ser tan pocas, hemos visto llenarse las iglesias ni aun en los días de mayor solemnidad. Ni los españoles de Orán y Argel (aparte siempre de honrosas excepciones), parecen por su conducta religiosa pertenecer á una nación eminentemente católica, ni los franceses de todos estos países acreditan en este particular el título de muy cristiana con que se enorgullecía en otros tiempos su nación. Los italianos en Túnez, y más aún los malteses, son los que por lo general llevan la representación del catolicismo en su genuino significado; concurren con asiduidad á los oficios divinos, frecuentan los Sacramentos y transmiten á sus hijos, mediante una educación religiosa, los sanos principios católicos.

Los edificios destinados al culto católico, son pobres en toda la extensión de la palabra; el que ha visto esas obras gigantescas del genio católico en otros países, no vuelve de su

asombro al ver estas catedrales, que no parecen por sus dimensiones y por su ornato sino iglesias de miserable villorrio. La Catedral de Túnez es el colmo de lo mezquino en cuanto á arquitectura; es verdad que es solo provisional, pues está en proyecto la definitiva.

El personal es escaso; el Cardenal de Argel y Túnez, Monseñor de Lavigerie, reside casi siempre en la Marsa, donde tiene magnífico palacio: en Argel y Túnez hay además Obispos auxiliares. Los Seminarios, Congregaciones de Maisón Carré para la conversión de los indígenas, y otras varias fundaciones en Argel, Túnez y Cartago acreditan el celo del citado Cardenal, cuyos trabajos religiosos y patrióticos merecen unánimes aplausos.

En Argel, los Padres del Corazón de Jesús, españoles, trabajan con poco fruto, á pesar de sus esfuerzos en la instrucción y asistencia religiosa de la colonia española.

(Se continuará.)

FRANCISCO PONS.





LA PALABRA

AL SR. D. MANUEL BARBERÁN Y PLA



A cuestión del origen del lenguaje humano, debatida suficientemente entre los filósofos y filólogos de los siglos XVIII y XIX, es de aquellas que, á medida que más se estudian, se discuten y examinan, siempre dejan algo que desear y nunca satisfacen las exigencias justas y legítimas de la razón, investigando la verdad relativa de ellas; sabido es que todas aquellas ideas por grandes y elevadas que aparezcan, son recibidas por la generalidad con diversos criterios. Esto, á nuestro modo de ver, proviene del método de investigación que se siga, y aunque muy brevemente, nos vamos á ocupar de ello.

Dos son los métodos que pueden seguirse para el estudio y examen de la cuestión del origen del lenguaje: el filosófico y el filológico.

El pensamiento, divino destello de la Omnipotencia, que hace distinguir al hombre de todos los demás seres, es como la diadema con que Dios ciñó su frente al entregarle el imperio del mundo, y con el cual coordina ideas y juicios perfectos; las grandes concepciones de la inteligencia quedarían ignoradas para los demás hombres si no existiese un medio poderoso de hacerlas comunicar, y hé aquí evidenciado lo necesaria que es la *palabra* como enunciación de las ideas.

Medio sensible de expresión en el hombre, el cual nos ofrece así elocuente testimonio de su inteligencia y superioridad sobre todos los demás seres. No sabemos el grado de importancia que concedería á la palabra J. Jacques Rousseau, quien sentaba la hipótesis que el estado natural del hombre es la soledad, en la que libremente disfruta de todos los dones que naturaleza le ofrece; mas es lo cierto que los sectarios de esa utopía filosófica encuentran en la misma *palabra* el ariete de sus investigaciones. En efecto, siendo ésta signo ó representación de la idea y poderoso medio de comunicación, no podría darse al que hubiera de vivir en el aislamiento; y si la palabra no ha sido invención humana, sino que es ingénita al primer hombre, claro es que con éste nació también el primer germen de sociabilidad, por lo que aquella es coetánea del hombre. Muy poco también ó casi nada se elevaría éste sobre el nivel del bruto sin ese medio prodigioso de comunicación que Dios le concediera, y es imposible sentar como hecho real y positivo que el hombre en tal estado diese origen á instrumento tan complicado y al par tan perfecto como es la palabra, tanto más siendo tan íntima la relación entre esta y el pensamiento. No es posible hablar sin pensar, ni pensar sin que el pensamiento se formule en una palabra interior que nuestro espíritu comprende.

En la infancia de los pueblos, cuando todavía no había dado la civilización los gigantescos pasos de inventar la escritura y perpetuar el pensamiento por medio de la imprenta, vemos á la palabra dar vida á la Historia por medio de la tradición.

El lenguaje, considerado como la propiedad de exteriorizar los fenómenos interiores, lo mismo es común al hombre que á los demás animales, por necesitarlo todos para entrar en relaciones con sus semejantes; pero siendo las de los hombres entre sí diversas completamente de las que la naturaleza impone á los animales, de aquí que el lenguaje aplicado á unos y á otros revista caracteres muy distintos y se presente bajo diferente forma.

La investigación del origen del lenguaje era un estudio sobrado importante para que más de un sabio pensador dejaran de intentarlo; pero la carencia absoluta de datos que ilumina-

sen la cuestión hizo que ésta quedase bajo el dominio exclusivo de la filosofía, y como en todos los estudios de pura abstracción, las opiniones y sistemas fueron divergentes.

Unos, siguiendo á Bonald, afirman que la palabra es una condición esencial del pensamiento y necesaria para el uso de la inteligencia; error filosófico, pues siendo aquella un medio de expresión, supone la existencia anterior en la inteligencia del concepto expresado. Los partidarios de esta escuela niegan con fundamento que la palabra haya sido invención humana, siendo necesario que Dios la inspirase al primer hombre.

Otros dicen que siendo un signo artificial, pudo ser, y lo fué en efecto, inventada por el hombre; donde se ve que admiten un estado de mutismo en la humanidad, estado durante el cual los hombres se entendieron por medio de gestos y gritos inarticulados, propios sí para expresar las fuertes emociones de nuestra alma, pero insuficientes para dar á manifestar las múltiples concepciones de la inteligencia: la necesidad, añaden, hizo que los hombres procediesen á un pacto que fijase el significado de cada sonido articulado, y de aquí el lenguaje oral.

¡Extraña manera de inventar la palabra! El sistema de un pacto universal no puede ser sustentado sin el apoyo de comprobantes históricos, y Condillac, principal sostenedor de esta escuela, se olvida de alegarlos.

Humanamente considerada la cuestión, forzoso es confesar que el espíritu filosófico no ha conseguido levantar el velo que cubre esta verdad: ya lo hemos visto en los sistemas expuestos, y casi lo mismo encontraríamos en otros que, para que no se nos tache de prolijos, nos abstenemos de enumerar.

Las Sagradas Escrituras regulan nuestro criterio en este asunto, que para nosotros se halla exento de dudas y de vacilaciones. «La Sagrada Escritura, que es el monumento histórico más antiguo que posee la humanidad, presenta al hombre primitivo saliendo perfecto de las manos del Soberano Artífice, viviendo desde luego en sociedad con su compañera y dotados ambos de consejo, lengua y entendimiento. De donde se infiere que el hombre no inventó la palabra, la cual indudablemente es de origen divino. No queremos decir con

esto que para que el hombre aprendiese á hablar, tuvo Dios necesidad de enseñarle pronunciando en su presencia sonidos articulados, como hace el padre con su hijo infante. Este es un procedimiento humano, é imperfecto por lo tanto. A Dios le basta querer una cosa para que en el acto se realice. Quiso, pues, Dios que hablase el primer hombre, y se soltó la lengua de Adán, naciendo así el idioma primitivo del cual proceden todos los demás.» Así se expresa nuestro docto amigo señor Polo Peyrolen, Catedrático del Instituto de Valencia, en su obra de Filosofía popular.

Los libros santos, en efecto, presentan al hombre hablando luego que fué criado, para lo cual dicen recibió de Dios el don de la lengua. Y no podía por menos de ser así: la infinita Sabiduría, el divino Arquitecto no debió dejar incompleta su obra predilecta, la figura más grande del cuadro de la Creación, aquélla en cuya frente imprimió un hálito de su aliento, el hombre, en fin, que, constituído desde su primer momento en sociedad, necesitaba como esencial medio de unión el elemento de la palabra.

Las investigaciones científicas han evidenciado como verdad indisputable que todos los idiomas conocidos guardan relación de semejanza en la ordenación de las palabras, de donde se deduce que debió existir un lenguaje primitivo universal que posteriormente se fraccionó en variedad de idiomas y dialectos, punto que se halla explicado en el libro de Moisés, cuando manifiesta que Dios aniquiló la soberbia humana rompiendo la unidad de lenguaje en la torre de Babel, por más que Renán, Grimm, Schrader y otros partidarios del naturalismo, consideren como leyenda hecho tan elocuente.

Hemos visto, pues, que el estudio del lenguaje en sus relaciones puramente morales y psicológicas da lugar á distintas y diversas teorías, según el sistema y escuela filosófica con que son apreciadas. Así es que no hay igualdad de pensamientos en el estudio de la cuestión indicada, como no la hay ni la puede haber entre el sensualismo ni el idealismo, ni estos sistemas á su vez la pueden tener con el misticismo y dogmatismo. Con la escuela de Dugart-Stewart y David Hume, difieren las de Locke en Inglaterra y Condillac en Francia, juz-

gados por el autor del *Pacto social* y los enciclopedistas, y todos á su vez por el misticismo de Hegel, el panteísmo de Fichte y el racionalismo de Federico Krause, continuadores y expositores del período inaugurado por Kant, y que forman la historia de la filosofía alemana.

El segundo método, ó sea el filológico, dejando á un lado el criterio filosófico como fácil á separarlo de su fin inmediato, parte únicamente de hechos, analiza la estructura de las lenguas, clasifica las razas de la especie humana según ellas, y comenzando por las heróicas latina y helénica, hasta llegar á la religiosa y teológica-sanscrita (originaria del Asia y fundamento de todas las lenguas jaféticas), compara sus gramáticas, sus literaturas, y por ende sus civilizaciones, y ayudado de la Historia busca en el estudio comparativo de las lenguas semíticas orientales la primera hablada.

En resumen: el uno da alas á la imaginación, y por lo mismo estravía algunas veces la razón humana, produciendo delirios y fantasías que nada prueban, que nada dicen en la esfera de la realidad, fundados en juicios hipotéticos buenos al arte, pero perniciosos á la ciencia. El otro, fundado en hechos, en monumentos clásico-lingüísticos comparados entre sí para deducir su propiedad y base de otros, no se separa de la Historia y de la filología razonada, viniendo á confirmar este sistema aquella célebre frase del filósofo ginebrino: «Tengo para mí que la palabra debió ser muy necesaria para inventar la palabra.»

Como apoyo de estos pobres renglones, vemos de oportunidad trasladar aquí la conclusión que hace el Dr. Sr. Donadiu y Puignau en su notable discurso, leído ante el claustro de la Universidad de Barcelona en la apertura del curso académico de 1886-87. «En el terreno *filosófico*, dice, el hombre por sí sólo ha sido y es impotente para inventar el lenguaje, y que éste deriva de Dios, creador del cielo y de la tierra; que el origen divino del lenguaje, muy lejos de desmentirlo la ciencia *lingüística* y la *etnográfica*, está por el contrario confirmado en la *lingüística* por la afinidad íntima que existe entre las lenguas actuales, reflejo de la primitiva unidad de lenguaje, y en la *etnográfica* por la primitiva unidad del género

humano, observándose en ambas ciencias una manifiesta influencia divina, así en la conservación de la única lengua primitiva hablada por Adán y descendientes suyos, hasta la época de la torre de Babel como en la confusión de la misma y en la formación instantánea de nuevas lenguas, que han sido las madres ó tipos de las actuales, y por último, que el origen divino del lenguaje está completamente demostrado por los datos negativos y positivos que suministran la *Historia Sagrada* y la *profana* en armonía con las acertadas y profundas investigaciones *exegético-bíblico-contemporáneas*. De lo expuesto se deduce de un modo evidente que el origen del lenguaje no es en manera alguna humano, sino divino.»

.....

Importancia y grande encierra la palabra, maravilloso medio de expresión con que unos á otros nos comunicamos nuestras ideas y pensamientos.

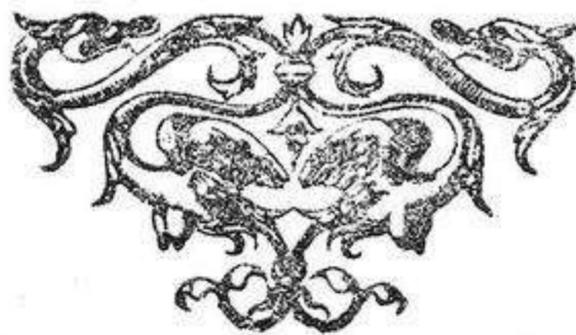
¡Cuántas veces á su solo influjo se debe el éxito de empresas colosales! ¡Cuántas veces no ha sido causa la palabra de que se realicen trascendentales acontecimientos!

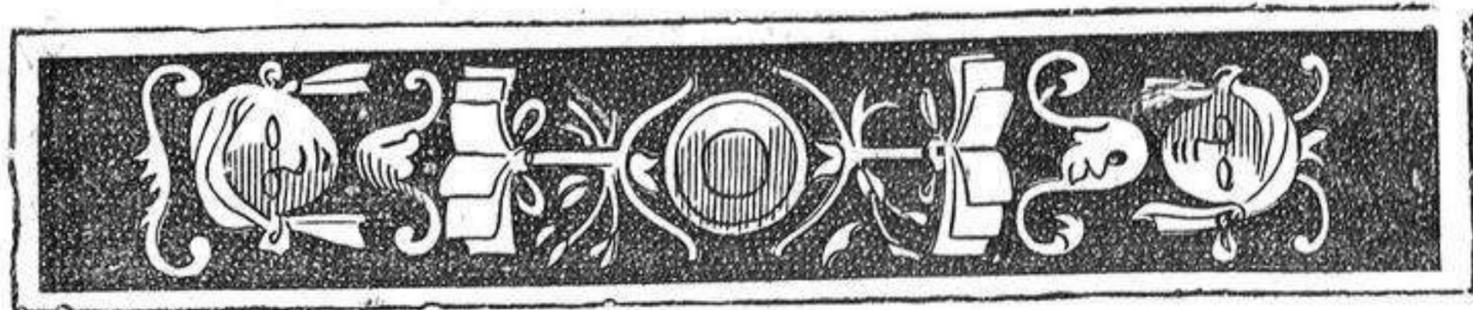
Un caudillo arenga á sus tropas en momento dado, y despertando en ellas el sentimiento de la patria, las hace entusiastas caminar á la victoria, y aquí vemos á la palabra decidiendo el destino de un pueblo. La ilustración es una consecuente necesidad de las sociedades, y si estas carecen de la debida enseñanza, se originan males gravísimos, no sólo á los individuos, si que á la misma sociedad; á este objeto responden el orador profano desde la tribuna, como el sacerdote católico desde la cátedra sagrada, donde exponen doctrinas de provechosos resultados para los oyentes. Y es que la palabra, con su influjo poderoso, penetra en la esfera del sentimiento, ora incitando los instintos del hombre hacia el bien, ora levantando en él las pasiones más turbulentas.

La importancia de tan preciado don es más grande y trascendental desde que el genio fenicio, inventando los signos alfabéticos, daba nacimiento á la palabra escrita, que paulatinamente se ha ido perfeccionando hasta llegar á encontrar un medio maravilloso de perpetuar las ideas: la civilización avanzaba rápidamente, el pensamiento pugnaba por eterni-

zarse, y en el año 1440, Guttenberg, pobre impresor de Maguncia, manifiesta al mundo su descubrimiento de la imprenta. La palabra escrita, sobreviviendo entonces al pensamiento humano, se difunde de uno á otro confin y se consigue queden eternizados con caracteres indelebles el reflejo de tantos poetas, guerreros y legisladores que en todas las edades se han sucedido, en esas obras gigantescas que han legado á la posteridad.

F. CÁCERES PLA.





GINÉS PÉREZ DE HITA

Continuación (1)

CAPITULO QUINTO *que trata de un sarao que se hizo en palacio entre las damas de la Reyna y los caualleros de la corte sobre el cual huuieron pesadas palabras entre Muça y Çulema Abencerrage, y lo mas que passo.*

Grande fue la reputacion que de valiente alcanzó Muza despues de este hecho, pues como al fin y al cabo no fué vencido por el Maestre, como lo fueran tantos otros valientes en otras ocasiones, se le hicieron muchos agasajos á su regreso á la ciudad. Un mes tardo Muza en sanar de sus heridas, y el dia que salio á la calle fué á Palacio á presentar al Rey sus homenajes; este y la Reyna holgaronse mucho de su restablecimiento.

En este dia habia en Palacio gran fiesta; despues de haber comido con el Rey los principales caballeros de la corte ocurrio una desagradable escena entre Muça y Abenhamete Abencerrage, motivada por los celos, pues como casi siempre sucede en la humana naturaleza, Muça, que era apasionadamente como se ha dicho, por la hermosa Fátima, estaba locamente enamorado de otra Dama, Daraxa, la cual amaba á su

(1) Véase la pág. 599 del tomo anterior.

vez á Abenhamete. Ocurrió pues que despues de la comida, Muça mandó á Daraxa, por un paje suyo, un hermoso ramo de flores, que esta aceptó sólo por cortesía, pero no agradecida y así fué que luego durante la fiesta y bailando con Abenhamete, dióle á este el ramillete de Muça y, dice el autor:

«El valeroso Muça que mirando estaua la dança como aquel que no quitaua los ojos de su señora Daraxa; visto que le auia dado el ramillete que el le auia embiado, ardiendo en viua colera, ciego del enojo y passion que recibio por ello. Sin guardar respecto al Rey ni á todos los demas caualleros que en la Real Sala estauan, se fue para el Abencerrage, con vna vista tan horrible, que parecia que echaua fuego por los ojos y con vna voz soberuia le dixo: Di vil y baxo villano, descendiente de Christianos, mal nacido: sabiendo que esse ramillete fué por mi mano hecho y que yo lo embie a Daraxa, lo osaste tu tomar sin mas considerar que el ramillete era mio? en punto estoy de castigar tu sobrado atreuimiento: y sino fuera por lo que al Rey deuo, ya te huiera castigado. Visto el brauo Abencerrage el mal termino de Muça, y el poco respecto que a su antigua amistad tenia, no menos encendido que el, anssi ni mas ni menos perdiendole todo respecto le respondió, diciendo. Qualquiera que dixere que soy villano y mal nacido, miente mil vezes: que yo soy muy buen cauallero y hijo de algo: y despues del Rey mi Señor, no es ninguno tal como yo. Y diciendo esto, los dos brauos caualleros pusieron mano a las armas para se ofender con ellas: lo qual hizieran ellos muy bien, si el Rey a gran priessa no fuera a ellos y se pusiera en medio, y los demas caualleros. Y el Rey muy enojado contra Muça porque auia sido el promouedor de la causa, le dixo muy pesadas palabras: y que luego se saliesse desterrado de la Corte, pues tan poco miramiento auia tenido. Y Muça le dixo, que el se yria: y que seria possible que algun dia en alguna escaramuça que tuuiesse con los Christianos le hallaria menos y diria: A Muça donde estas? Y diciendo estas palabras boluio las espaldas para yrse fuera del Real Palacio: mas todos los Caualleros y las Damas asieron del y lo tuuieron: y suplicaron al Rey, que le quitasse el enojo y alçase el destierro á Muça.»

«Y tanto pudieron los Caualleros y las Damas, juntamente con la Reyna, que lo perdono; y hizieron amigos á Muça y a Abencerrage: despues le peso á Muça de lo hecho por ser como era amigo de los Abencerrages. Passada esta baraunda se mouio otra casi, y fue la causa que vn Cauallero Zegri que era la cabeça dellos le dixo á Abenhamete Abencerrage. Señor Cauallero, el Rey mi Señor echó la culpa á Muça su hermano, y no paro mientras a vna razon que vos dixistes, que despues del Rey no auia Caualleros tales como vos sabiendo que aqui en Palacio los ay tales y tan buenos como vos: y no es de caualleros adelantarse tanto como vos os adelantastes y aueis adelantado: y si no fuera por alborotar el Real Palacio, yo os digo que huuierades comprado caro lo que aqui delante de tan honrados caualleros aueys dicho. El Malique Alabez que era muy cercano deudo de los Bencerrages como hombre valiente y muy emparentado en Granada, se leuantó en pie y respondió al Zegri diciendo: Mas me marauillo yo de ti, en sentirte tu solo a donde ay tantos y tan preciados Caualleros y no auia para que agora tornar a renouar nuevos escandalos y alborotos, porque lo que dixo Abenhamete dixo muy bien, porque todos los Caualleros que ay en Granada son muy bien conocidos quien son y de donde vinieron: y no penseis vosotros los Zegrís, que porque soys de los Reyes de Cordoua venidos y soys de su sangre, que soys mejores ni tales como los Abencerrages, que son naturales de Marruecos y de Fez, descendientes de los Reyes de aquellas partes que digo, y del grande Miramamolin: pues los Almoradis, ya sabes que son desta casa Real de Granada, tambien de linages de Reyes de Africa. Pues nosotros los Maliques Alabazes, ya sabes que somos descendientes del Rey Almohabez señor de aquel famoso Reyno del Cuco y deudos de los famosos Malucos: pues donde estan todos estos que digo y auian callado, para que tu querias remontar nuevos pleytos y passiones, pues sabete que lo que digo es verdad, que despues del Rey nuestro Señor no ay ningunos Caualleros que sean tales como los Abencerrages y quien dixere al contrario mente y no lo tengo por hidalgo. Como los Zegrís y Gomeles y Maças que eran todos vnos oyesen lo que Alabez dezia encendidos en saña se leuantaron

para el para dalle la muerte. Los Alabezes y Abencerrages y Almoradis que eran otro vando, viendo su determinacion se leuantaron para resistillos y ofendellos. El Rey que tan alborotado vido su palacio y en peligro de se perder toda Granada, y aun el Reyno: se leuantó dado voces diziendo: Pena de traydor, qualquier que aqui se mouiere, sacare armas. Y diziendo esto echó mano de Alabez y del Zegri, y a grandes voces llamando la gente de su guarda les mandó llevar presos. Los demas Caualleros se estuuieron quedos, por no caer en la condenacion de traydores. Alabez fue preso en el Alhambra y el Zegri a las torres Bermejas, y puestas guardas los tuuieron a buen recado; los demas caualleros de Granada trabajaron mucho por hazer las amistades: y al fin se hizieron, y el mismo Rey fué en hazellas. Y siendo hechas, los caualleros presos fueron libres. Y para confirmacion dellas, fue acordado que se hiziesse vna fiesta publica de torneos, y toros y cañas. Y quien la concerto fue Muça y el mismo Rey; lo qual fuera mejor que no se concertara, como adelante se dira.»

CAPITULO SEXTO.—*Como se hizieron fiestas en Granada, y como por ellas se encendieron mas las enemistades de los Zegrís y Albencerrages, Alabezes y Gomeles, y lo que mas passo entre Zayde y la Mora Zayda acerca de sus amores.*

Antes de passar á describir las fiestas de Granada refiere el autor detenidamente los amores de la hermosa Zayda y Zayde caballero Abencerrage; como se conocieron en Almeria siendo entonces Zayde marino y como abandono este servicio por complacer á su amada Zayda que le pidió fuera á Granada; como se oponian los padres de la hermosa Zayda á sus amores con Zayde pues querian casarla con un rico Moro de Ronda; como esto les dificultaba y contrariaba á los amantes, cual acontece y sucede en casi toda historia de amores. Y por último la celosa envidia que Tarfe amigo de Zayde despertaron estos amores hasta que consiguió indisponer á los amantes.

Como de costumbre cita el autor un romance que refiere

estos amores y como la bella Zayda soliviantada por el falso amigo Tarfe dijo al amante Zayde que no volviera á verla. Este romance ocupa tres páginas y empieza así:

Mira Zayde que te auiso
que no passes por mi calle, etc.

Visto el desden que su amada le hacía quedo Zayde sumamente desesperado, que casi perdido el juicio, fuese en busca de Tarfe resuelto á vengar en él la pena que su deslealtad le habia ocasionado. He aqui como refiere este suceso el autor.

«...al qual hallo en la plaça de Biuarambla, dando orden en algunas cosas de las fiestas que se esperauan hazer. Y llamándole aparte le dixo: que porque le auia reuelto con su dama Zayda, tan sin razon? A lo qual Tarfe respondio que estaua inocente de aquello, que el no auia hablado tal cosa. De palabras en palabras se vinieron a reboluer de tal modo, que las armas huuieron de andar de por medio; y de la pendencia quedo malamente herido Tarfe, que no viuio sino seis dias. Y como era Tarfe amigo de los Zegrís, quisieron matar a Zayde, el qual valerosamente se dellos: y en su favor acudieron muchos Abencerrages y sino fuera porque á la sazón el Rey Chico se andaua paseando por la plaça de Biuarambla, que a gran priessa acudio al ruydo, a queste dia se perdiera Granada; porque Gomeles, y Maças, y Zegrís y todos los que eran de su vando, se auian armado para romper con los Abencerrages, y Gazules, y Vanegas y Alabezes. Mas el Rey Chico acompañado de muy principales caualleros de otros linages hizieron tanto que los apaciguaron y Zayde fue preso al Alhambra. Hecha la aueriguacion del caso, se hallo que Tarfe tenia culpa dello: y porque la fama de la hermosa Zayda no quedasse quebrada, hizo el Rey que Zayde se cassase con ella; quedando perdonado de la muerte de Tarfe, por auer tenido el la culpa. Y por esto quedaron los Zegrís muy enojados: mas no por esso las fiestas que se auian de hazer pararon que el Rey mandó que todavia se hiziessen. No ha faltado. Que en acerca desto y del passado Romance hiziesse otro en respuesta del que ansi dize

Di Zayda de que me auisas
quieres que mire y que calle, etc.»

Hondo y profundo rencor quedó entre los dos bandos de los Zegries y Abencerrages y aun cuando, como se ha visto hicieron las paces por la influencia del Rey, es lo cierto que la eterna enemistad y malquerencia quedó desde entonces profundamente grabada en unos y otros, que solo la influencia del temor Real podia mantener en los limites de una aparente tranquilidad y calma. Vease en prueba de ello lo que convinieron en una reunion los Zegrís para las fiestas y torneos que por entonces se preparaban y que el autor refiere así:

«Estando vn dia todos los Zegrís en el castillo de Biuataubin, morada de Mahomad Zegri, cabo y cabeça de los Zegrís, tratando en las cosas passadas, trayendo a la memoria las palabras de Alabez, y en los casos que conuenia para las fiestas que se esperaua, ansi de los torneos como del juego de cañas, Mahomad Zegri habló á todos los demas que alli se hallaron de su linage desta manera: Muy bien sabeys Illustres Caualleros Zegrís, como nuestro Real y antiguo linage es en toda España muy conocido, y no tan solamente en España, sino dentro de Africa, donde nuestro linage viue: y bien sabeys en la reputacion que siempre ha sido tenido en Cordoua y en las demas partes por mi agora referidas; y como siempre aue mos sido tenidos por gente de Real y clara sangre, y agora como aueys visto hemos sido menospreciados y en poco tenidos de los Alabazes y Abencerrages; y aun contra nosotros se han buuelto los Almoradis: de todo lo cual tengo tan grande pesar, que el coraçon se me quiere romper y deshazer en el pecho, y pienso que de enojo he de venir á morir si dello no me vengo. Y pues a todos nosotros toca la vengança de aquesta deshonra, que por tal la tengo, todos somos obligados á la vengança della: y pues fortuna nos offrece tan buena ocasion de nuestra vengança, no la dexemos perder, antes gozar della con toda diligencia, y el aparejo que se nos offrece es en este juego de Cañas ó en los Torneos hazer, de manera que todos quedemos muy bien vengados, procurando de matar al Malique Alabez, ó al soberuio Abencerrage; que si estos dos echa-

mos del mundo, tendremos dos enemigos mortales menos, y despues el tiempo nos ira mostrando y dando ocasiones como vamos acabando todo este perdido linage de los Abencerrages, que tan estimado es en Granada y todo el Reyno, y tan querido de toda la gente comun. Y para esto estemos todos aduertidos, que el dia del juego de las Cañas, vamos todos muy bien adereçados de armas y jacos fuertes debaxo de nuestras libreas: y pues el Rey me ha hecho quadrillero de la vna parte saldremos treynta Zegrís, y lleuaremos todos libreas roxas y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua diuisa de los Bencerrages, para dalles toda la pesadumbre que se pudiere: y prouaremos si por este respecto se quieren reboluer con nosotros. Y si saliere bien lo que digo, haremos con presteza nuestro hecho con valeroso animo, pues somos todos no menos valientes que ellos, de modo que quando se venga a entender no se pueda el daño suyo remediar. Y no tengamos duda, sino que saldremos con lo que digo, aunque no sea sino matar vno o dos dellos: y pues tenemos de nuestra parte Maças y Gomeles, no ay de que temer cosa alguna. Y si caso fuere que por la diuisa azul nada se les diere en el juego de las Cañas, a las segundas bueltas, por cañas les tiraremos agudas lanças, que harto de mal sera si algun Abencerrage no cayere. Este es mi parecer. Querria agora saber el vuestro si esta conforme con el mio. Assi como acabó Mahomad sus razones, todos a vna dixeron que les parecia muy bien aquel acuerdo; y quedando assi concertado este modo de traycion para su vengança, cada vno se fue a su posada.»

Los Abencerrages, sin sospechar de la traicion que se les preparaba, solo cuidaron de los detalles de trages y divisas para el mayor lucimiento de la fiesta. Llegado este día, que era uno de Setiembre, el Rey mando traer veinte y cuatro toros de la sierra de Ronda, muy bravos y de poder, disponiéndose para la fiesta la plaza de Biuarambla.

Una de las causas principales del odio que los Zegries tenían á los Abencerrages, era la preferencia que por estos tenían las damas principales y aun todas las de Granada. Asi dice el autor: «que no auia Dama en Granada que no se pre-

ciasse de tener por amante un Bencerrage, y por desdichada se tenia y por menos que otra la que no lo tenia, y en esto tenian grande razón, porque jamas huuo Abencerrage que tuiesse mal talle, ni mal garbo: y no se halló Bencerrage que couarde fuesse ni de mala disposicion. Eran estos Caualleros todos a vna mano muy afables amigos de la gente comun. No se hallo jamas que cualquiera dellos llegasse alguno con necesidad que no lo socorriesse y cumpliesse su necesidad. Eran finalmente amigos de Christianos: ellos mismos en persona se halla que yuan a las Mazmorras a visitar á los Christianos cautiuos, y les hazian bien, y les embiauan de comer con sus criados. Y a esta causa eran de todo el Reyno bien quistos y muy amados; y sobre todo valientes y buenos ginetes.»

Así, pues, cuenta el autor que estaban los Abencerrages tan gallardos y ricamente vestidos y mostrando tanto valor, que la gente y especialmente las damas, no les quitaban ojo, No les iban en zaga los Alabezes y los Zegrís; mostraron tambien en este dia mucha destreza y valor, pues alancearon muy diestramente ocho toros, de tal modo, que no hubo necesidad de desjarretarlos. Doce toros iban ya corridos á la una de la tarde, cuando al toque de clarines y dulzainas se reunieron todos los caballeros en el mirador ó tribuna Real, donde fué servida una espléndida y regia comida. La Reyna hizo otro tanto con sus damas, que estaban todas radiantes de hermosura y de riqueza. El autor describe y cita aquí, ni más ni menos que pudiera hacerlo un revistero ó cronista moderno de un baile ó de una función teatral, los nombres de las más hermosas y principales damas, y sus ricos y valiosos trajes. Terminada la comida salió á la plaza un toro negro, bravo en demasía, y de tantos pies que no había hombre que no lo alcanzase ni caballo que por uña se le fuese. El Malique Alabez pidio al Rey licencia para lidiar aquel toro, y obtenida ésta fuese á la plaza, donde sus criados le tenían dispuesto un hermoso caballo rucio rodado; montóse en el Alabez y dio vuelta á la plaza mirando á los balcones de las damas en busca de su señora Cohayda, frente á cuyo balcon detúvose, haciendo doblar las rodillas al caballo é inclinando el ginete su cabe-

za hasta los arzones en señal de acatamiento. Hecho esto, metió espuelas al caballo y salió este veloz como un rayo, causando la admiración del Rey y de todas las demás personas; solo á los Zegrís, dice el autor, parecíoles mal, tanta era la envidia con que le miraban. Levantóse en este momento gran gritería en toda la plaza á causa de que el toro habia dado toda la vuelta á ella y muerto seis hombres y derribado más de cien, yendo rápido y directo hacia donde estaba el Malique, lo cual visto por este, saltó de su caballo á tierra con gran ligereza, y antes que á él llegase el toro salióle á su encuentro con el albornoz en la mano izquierda aguardándole sereno, y al tiempo que el animal bajaba la cabeza para herirle, tiróle á los ojos su albornoz y echando el cuerpo á un lado practicó la suerte que hoy llamariamos dar el quiebro; pero al mismo tiempo asió con su mano derecha el cuerno del mismo lado que hizo detener al bravo toro, y enseguida, cogiendo el otro cuerno con la siniestra mano, sujetó completamente al toro; pero este, que era bravo y de poder, empezó á bramar de coraje y á dar saltos y sacudidas que levantaban del suelo al buen Alabez haciendo muy crítica y arriesgada su situación, mas no desmayó este, y haciendo por el contrario un esfuerzo que parecia increíble, torció violentamente los cuernos al animal, de tal manera, que dió con él en tierra, quedando tan quebrantado que no pudo moverse ya. Fuése el Malique en busca de su caballo, montando en él con gran ligereza, sin tocar siquiera el estribo y dejando á todos los circunstantes admirados de tanta bravura y ligereza. El Rey le mandó llamar, y haciéndole grandes agasajos, nombróle Capitán de cien caballos y Alcayde de la fuerza de Cantoria. Dejemos al autor la descripción del resto de la fiesta.

«Serian las quatro de la tarde y el Rey mandó que se tocasse á caualgar. Oyda la señal, todos los caualleros de juego se fueron á adereçar, para salir quando tiempo fuesse. Los toros acabados, començaron muchos instrumentos de trompetas y atabales y añafles, siendo la plaza desocupada; por la calle del Zacatin entró el valeroso Muça, quadrillero de una quadrilla. Entraron de quatro en quatro, con tan lindo ayre y con tanta presteza, que era cosa de ver. Despues de hauer

passado todos, por la orden ya dicha, arrancaron todos juntos de tropel, tan ligeros qual el viento. Eran todos los desta quadrilla treynta, todos Caualleros Abencerrages, famosos; sino solo Alabez, que no era del linage; mas por su valor le tomaron por acompañado. Arriua ya tratamos de las libreas y diuisas, que eran azules y telas de plata, y por diuisas salvajes. Entraron todos tambien, y con tanta gracia, que no hauia dama que los viese, que no quedase amartelada. Por cierto que era cosa de ver la quadrilla de los Abencerrages, todos sobre yeguas blancas como vna nieue: pues si bizarros y galanes entraron los Abencerrages, no menos bizarros y galanes entraron por otra calle los Zegrís. Todos de encarnado y verde, con plumas y penachos azules, y todos en yeguas bayas, de muy hermoso parecer; y todos trayan una misma diuisa en las adargas, puesta en ricos listones azules. Las diuisas eran vnos Leones encadenados por mano de una donzella: la letra dezia: Mas fuerça tiene el amor. Desta manera en la plaça, de quatro en quatro, y despues todos juntos, hizieron vn gallardo caracol y escaramuça, con tanta bizarria y concierto, que no menos contento dieron que los Abencerrages. Y tomando las dos quadrillas sus puestos, y apercebidas de sus cañas, hauiendo dexado las lanças; al son de las trompetas y dulçaynas, se començo á trauar el juego con mucha bizarria y bien concertado, saliendo las quadrillas de ocho en ocho. Los Abencerrages, que hauian parado mientras como los Zegrís lleuauan plumas azules, diuisa dellos muy conocida, procurauan, en quanto podian, por derribarselas con las cañas: mas los Zegrís se cubrian tan bien con sus adargas, que los Abencerrages no pudieron salir con su pretension. Y ansi andaua el juego muy trauado y rebuelto, aunque muy concertado, que verlo era contento. Y huieran las fiestas muy buen fin, si la fortuna quisiera; mas como sea mudable, hizo de manera que aquellos caualleros, assi de la una como de la otra parte siguiessen eternas enemistades: hasta que fueron todos acabados, como adelante diremos. Començando muy de veras desde este desdichado dia de estas fiestas, fue la causa de todo el mal Mahomad Zegri, cabeza del linage de los Zegrís: que como tenia pensado y tratado con los suyos,

de dar la muerte al buen Alabez, ó á alguno de los Abencerages, por las palabras passadas; como arriba diximos; y como estaua assi concertado; Mahomad Zegri dió orden que Alabez saliesse de la parte contraria y cayesse en su quadrilla; teniendo, como digo, el Zegri inteligencia; para que el con sus ocho revolujesen sobre Alabazes y los suyos. Y hauiendo ya corrido seys cañas, el Zegri dixo á los de su quadrilla: Agora es tiempo que el juego va encendido. Y tomando á su criado una lança con un hierro muy agudo y penetrante, hecho en Damasco de fino temple, aguardo que Alabez viniesse con los ocho caualleros de su quadrilla revoluiendo sobre los de la contraria parte, como es vso del juego, al tiempo que Alabez boluia cubierto muy bien con su adarga contra el y los suyos, salio el Zegri y llevando puestos los ojos en Alabez, mirando por donde mejor le pudiesse herir, le arrojó la lança con tanta fuerça, que le passó el adarga de vna parte á otra, y el agudo hierro prendió en el braço de tal suerte, que la manga de vna fuerte cota que Alabez lleuaua no fue parte para resistir, que el agudo hierro no la rompiesse y el braço fue passado de parte á parte. Grande dolor sintio Alabez deste golpe, y en llegando á su puesto se miro el braço, y como se hallo herido y lleno de sangre, á voces le dixo á Muça y a los demas: Caualleros, grande traycion ay contra nosotros, porque a mi me han herido malamente. Los Abencerages marauillados de aquel caso, al punto todos tomaron sus lanças para estar apercebidos. A esta hora ya boluia el Zegri con su quadrilla para yrse á su puesto, quando Alabez con grande furia se atraueso de por medio, sauiedo que lo auia herido. Y como lleuase vna muy ligera yegua, muy presto le alcançó, y le tiro la lança diziendo: traydor aqui me pagaras la herida que me diste; le passó el adarga, y la lança no paró hasta que passó la fuerte cota que lleuaua el Zegri, y entro por el cuerpo mas de vn palmo de lança y hierro. Fue el golpe de tal suerte, que luego cayó el Zegri de su yegua medio muerto. En este tiempo como ya de la vna parte y de la otra estuuiesen apercebidos de sus lanças; entre las dos partes se començó vna braua escaramuça y sangrienta batalla. Mas los Zegris lleuauan lo mejor, por yr mas bien adereçados que

los Abencerrages. Mas con todo esto los brauos Caualleros Bencerrages, y Muça, y el valiente Alabez hazian en ellos muy notable daño. La vozeria era muy grande, y el alboroto soberuio. El Rey que la escaramuça sangrienta vido, no sabiendo la causa dello, a muy grande priessa se quitó de los miradores, y fue a la plaça, subiendo sobre vna hermosa y bien adereçada yegua, dando voces; a fuera a fuera, llevando un baston en la mano, se metio entre los brauos Caualleros que andauan muy entendidos en la batalla que hazian. Acompañaron al Rey todos los mas principales Caualleros de Granada, ayudando a poner paz. Aqui estuuo en muy poco no perderse Granada, porque de la parte de los Zegrís acudieron los Gomeles y Maças, y de parte de los Abencerrages los Almoradis y Vanegas. Ya esta causa andaua la cosa tan rebuelta, que no tenia remedio de ponerse paz. Mas tanto hizo el Rey, y los demas Caualleros que no eran tocantes á estos vandos, que los pusieron en paz. El valeroso Muça y su quadrilla se fue por el Zacatin arriba, y no paró hasta el Alhambra, llevando consigo todos los Almoradis y Vanegas. Los Zegrís se fueron por la puerta de Biuarambla al Castillo de Biuataubin, llevando a Mahomad Zegri ya muerto. Todas las Damas de la ciudad, y la Reyna se quitaron de las ventanas, dando mil gritos, viendo la barahunda y reolucion que passaua. Vnas llorauan hermanos, otras maridos, otras padres, otras a sus amantes Caualleros. De suerte que era de muy grandissimo terror y espanto; y por otra parte de grande compassion ver las Damas las lastimas que hazian. Especialmente la hermosa Fatima, que era hija de Mahomad Zegri el que mató Alabez. Harto tenian que consolarla, mas mal consuelo tenia, que no auia consuelo que la consolase. Este triste fin tuuieron estas fiestas, quedando Granada muy rebuelta.»

Aquí figura también el consabido romance refiriendo estos sucesos, el cual ocupa dos páginas escasas.

XIV

Reseña del ejemplar impreso en Zaragoza en 1595

(Continuación)

CAPITULO SEPTIMO.—*Que trata del triste llanto que hizo la hermosa Fatima por la muerte de su padre; y como la linda Galiana se tornaua a Almeria, si su padre no viniera: la qual estaua vencida de amores del valeroso Sarrazino, y de la pesadumbre que Abenamar tuuo con el vna noche en las ventanas d Real Palacio.*

Poco interés ofrece este capítulo, ocupado, como su título dice, por los amores de dos doncellas y aventuras de dos galanes rivales encontrados al pie de la ventana de su amada. La eterna y general aventura de la Edad Media: el laud tañendo y la espada ó el alfanje defendiendo este derecho contra el rival que á ello se opone. Lo único digno de citarse es lo que al final del capítulo se refiere.

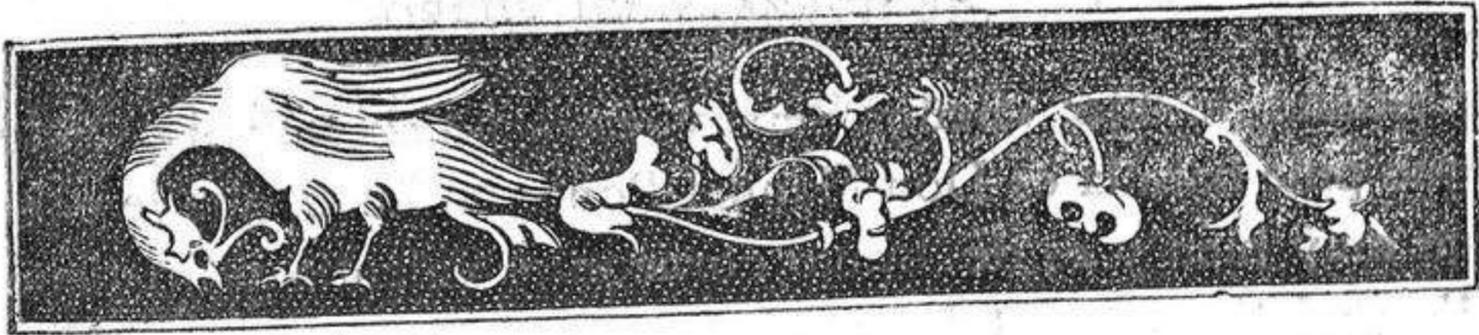
Vinieron á comunicar al Rey que un caballero cristiano montado en soberbio caballo se paseaba por la vega retando á batalla á los caballeros moros. Creyendo el Rey que fuera el Maestre preguntó por sus señas, mas se le dijo que no; por lo cual el Rey y los demas caballeros que con él estaban, asi como la Reyna y sus damas, se subieron á la torre de la Campana de la Alhambra para ver quién era el osado y valiente caballero, mas no podían reconocerle, aunque sí que ostentaba una cruz roja en el escudo y en el pecho. El dicho caballero, al observar la aparición de la Reyna y de las damas en el mirador de la torre, hizo una cortesía en señal de acatamiento, que fué contestada, é inmediatamente puso un pendoncillo rojo en la punta de su lanza, que era la señal de pedir batalla. «Por Mahoma que holgara de saber quién es este caballero cristiano que así pide batalla,» dijo él, á lo cual uno de los caballeros que junto á él estaba y había reconocido al

cristiano, le dijo: «Señor, sepa vuestra alteza que el caballero que pide batalla es Don Manuel Ponce de Leon, que le conozco muy bien y es de bravo corazon y valentia y no tiene el Rey cristiano otro tal como este en todo y por todo.» Varios de los caballeros que allí estaban pidieron al Rey licencia para salir, mas en este punto un page manifestó que ya un caballero moro, el Malique Alabez, había obtenido la licencia de la Reyna y salia en aquel instante de Palacio para ir a verse con el cristiano caballero. Llenaronse de espectadores miradores y ventanas y el Rey dispuso que cien caballeros se armasen y estuvieran prestos a salir en el caso de alguna traicion, los cuales, dispuestos que fueron, se colocaron en la puerta de Eluira para escoltar al Malique Alabez é ir en su guarda en caso necesario, como el Rey lo había dispuesto.

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

(Se continuará.)





BRIHUEGA Y SU FUERO

CONTINUACIÓN (1)

Por arrancar bimblera (2).

Tod ome que arrancare de fondon bimblera agena: peche. i. maravedi. et por los bimbres que taiare de cada mimblera: peche. v. soldos. et torne los binbres. si prouadol fuere. si no salues con. ij. bezinos.

Por cortar salze (3).

Tod ome que cortare salze ageno: torne el salze á su dueño: con. iiij. mezcales.

Por ome que desfaga cerradura.

Tod ome que cerradura de uina. o de verto. o de prado. desfiziere. si fuere la cerradura de sarza. ó de sauco. o de cambron: fagala de piedra. et de manera que el sennor de la heredad non prenda danno. et peche. v. soldos. si prouadol fuere. si non salues con. ij. bezinos.

Por leuar sarmientos.

Tod ome que lieue sarmientos agenos de uinna: tornelos a

(1) Véase la pág. 622 del tomo anterior.

(2) «Mimblera.»

(3) «Sauce.»

su duenno. con. iiij. maravedis. si prouadol fuere. si no salues con. ij. bezinos.

Por andador que faga carrera.

Todo andador de conceio. quel mande el conceio. o iuez. o alcaldes. ó iurados. que faga carrera. et no la fiziere: peche. i. maravedi.

Por pannos de enforcado.

Tod ome que enforcado fuere en briuega. los pannos seyan de los andadores. et nol tuelgan qalza ni bragas.

Por ome que desenforcare enforcado.

Tod omme que enforcado desenforcare a menos de mandado de conceio. peche x. maravedi a conceio.

Qui herede cauallo. o armas.

Tod ome de briuega que enbiudare. cauallo. o armas de su cuerpo. o bestia de siella. o de albarda. saque el marido sin particion qual destas quisiere. et la mugier biudedad teniendo hata un anno tome bestia mular de siella. o de albarda. et si ante del anno casare. nol uala.

Por cauallo et armas de fijos.

Tod omme de briuega que ouiere fijos o fijas. el cauallo. et las armas del padre. et los pannos: finquen en los fijos uarones. et los pannos de la madre finquen en las fijas.

Por bibda que non uaya en fonsado (1).

Bibda no uaya en fonsado. ni peche fonsadoras (2). si non ouiere fijo en su casa que sea de edad. et fijo auiendo de edad: uaya en fonsado.

Por quarto de marido et de mugier.

Tod omme que uinnas pusiere o casas fiziere en heredad de su mugier. aya hy el quarto o la meytad de la fechura. qual mas quisiere. otro si sea en la heredad del marido.

(1) «A la guerra.»

(2) «Contribución de guerra.»

Por perros de oueias.

Todo pastor que oueias curiare (1). si cauallero. o peon. o uaron o mugier. passare por el camino. o por o el ganado touiere. el pastor tenga los perros. et si no los touiere. et alguno de los que passaren matare algun perro: no peche nada. et el pastor peche el perro a su sennor. et si los perros danno fizieren. pechelo el pastor como si lo fiziesse con sus manos. si prouadol fuere. si no iure con. ij. bezinos. que no era en el ganado.

Si demandaren a alguno por su omme.

Tod omme que demandidieren alguna cosa por su omme que coma su pan et faga su mandado. si lo desamparare: no recuda por el.

Juero o collazo nol tengan a premia.

Tod omme que ouiere Juero o collazo. del lo que a merezido. et nol tenga a premia.

Juero que obras fiziere perder a su sennor.

Todo juero que obras fiziere perder a su sennor. por obra de sembrar: peche. medio mezcál. por barbechar. viij. dineros por seguar i. soldo.

Por qui querella ouiere de su siruient.

Tod omme que siruient ouiere. que coma su pan. o faga su mandado. si querella ouiere el sennor del que algun menos cabo ha fecho. iure el sennor hata. xxx. maravedis et coia. et dent arriba: por quantol prouare tantol peche. et seyal a fuero. et si en termino fuere. et hata. ix. dias no lo recabare nol recuda. et sis fuere de termino: uenga al juez. o a los alcaldes. et faga querella. et diga fulan (2) mi omme semes ydo (3) de termino. et nuestro uos lo que nos me salca por. IX. dias. et faziendo esto: nos le salca por. ix. dias.

(1) «Cuidare,» ó «guardare.»

(2) «Fulano.»

(3) «Se me es ido.»

Por ome que fueren raygar (1) sobre maleficio.

Tod ome que mala fecha fiziere en briuega. et con esta mala fecha si entrare en alguna casa. et iuez. o alcaldes o iurados. o bonos ommes de la uilla lo fueren raygar: et el sennor de la casa les defendiere que non entren en su casa. a escodrinnar. por raygar el malfechor: el sennor de la casa lo de a fuero. o peche las calonas que pecharie el mal fechor. et si el sennor de la casa no defendiere el mal fechor quandol vengán a raygar. ni sus casas que no entren a escodrinnar: no peche nada.

Por menestral a quien den lauor.

Tod menestral que lauor le dieren a laurar. saquengela. et si no ge la sacaren hata. ix. dias: echela a logro. por quanto ouiere sobrella. et el duenno de la lauor: pague el logro.

Por cosas que no caye omme de plazo.

Por estas cosas no caye ome de plazo. por enfermedad. por auenida de aguas. por prision. por mandado. o por carrera que face por sennor. o por fuego. o por mandado de conceio. iurando con. ij. bezinos.

Por maderá de aradro. (2)

Tod ome qui furtare maderá de aradro. o de trillo. por cada cosa peche. i. maravedi.

Por danno de gallinas.

Si gallinas danno ficieren en ferren. (3) o en mies. o en ver-to. o en uinna. si las unnas (4) o los picos ouieren cortados: no peche calonna. et si no los ouieren cortos: peche el danno duplado qui fiziere.

(1) «Sacar.»

(2) «Arado.»

(3) «Verde para pasto» lo que todavía se designa en la Alcarria y otras regiones con el nombre arábigo *alcacer*.

(4) «Uñas.»

Por ome que se alabare alid. (1)

Tod omme que se alabare a otro alid. peche. LX. soldos. et estos seyan del quereloso.

de dineros adelantados por pan o por mosto.

Tod omme que dineros diere adelantados. por mosto. o por çiuera. den le la çiuera como mejor andidiere un mercado ante de sancta maria de agosto. et el mosto como mejor andidiere ocho dias ante de sant Miguel. et. viij. dias depues de sant miguel. en la uilla coma andidiere. et en el aldea como andidiere.

Qui fiziere fijo en otra mugier.

Tod ome de briuega que ouier mugier uelada. et fijo fiziere en otra: aquel fijo no herede. et si non ouiere mugier et fijo fiziere en mugier que no aya marido. el buscare padrinos. o lo fiziere fijo por conceio. o lo connosciere por fijo a su fin. o en hueste en az (2) de caualleros este herede.

Qui firiere o matare en la feria.

Tod ome de briuega que baraiare con otro de briuega en la feria. sis firieren o se mataren: non seya crebantamiento. et anden por fuero de la uilla. fuera si la uaraia fuere atal de ferida o de muert por ques buelua la feria. et ques arranquen las tiendas: esto seya quebrantamiento de feria.

Qui ouiere rayz o mueble non prendan el cuerpo.

Tod omme de briuega que debda deua a otro. auiendo rayz o mueble de ques entregue el quereloso: nos torne al cuerpo. por la debda.

Qui deue tener portiello en briuega.

Tod ome de briuega que touiere casa poblada en briuega con mugier et con fijos es tenga portiello. en briuega. et otro no sea aportellado.

(1) «Cualquiera.»

(2) «Faz.»

Por ome que plegare estiercol.

Tod omme de briuega que estiercol. legare. si alguno ge lo leuare depues que lo touiere plegado: ante de ix. dias peche: iiij. mezcales. et si el no lo leuare hata. ix. dias. et lo defendiere a otro: peche. iiij. mezcales.

Por carnicero o panadera.

Todo carnicero de briuega uenda carne a peso. et panadera pan a peso. a uista de bonos ommes de conceio. et si la carne uendiere el carnicero o la panadera el pan si no como pusieren los bonos ommes: peche. iiij. mezcales. los. ij. al conceio. et los. ij. a los alcaldes.

Por bestia alquilada.

Tod omme que bestia leuare alquilada sis le muriere no peche nada: por ella. et si por mal que ouiere la sangrare la bestia el que la leuare: iurando con. ij. bezinos que por pro de la bestia lo fizo: et no peche nada.

Por bestia que leuaren sobre conceio.

Si bonos ommes fueren por mandado de conceio al sennor o a algun logar. et bestia se le muriere en la carrera. quanto la apreciaren los alcaldes por la iura que iuraron: tanto peche el conceio.

Por quanto deuen pechar.

Tod omme de briuega que ouiere ualia de. cccc. mezcales. poche por entegrero. et qui ouiere ualia de. cc. mezcales. peche por mediero. et qui ouiere ualia de. c. mezcales. peche por quartanero.

Por ome que iogare de noche.

Tod omme de briuega que iugare de noche de. i. mezcale. arriba: no uala.

Por omme que mudare moiones.

Tod omme de briuega que mudare moiones. peche. Lx. sueldos.

Por sueldo.

Todo sueldo de calonna. sea. xij pepiones.

Por Morauedi de calonna.

Todo Morauedi de calonna. sea xv. sueldos de pepiones.

Por omme que entre a despartir en baraiia.

Tod omme de briuega que entrare a despartir entre omes ques baraiaren. et si alguno de aquellos ques baraiaren firiere a aquel que entrare a despartir. por muert. o por ferida quel fagan: peche las calonnas dupladas. et si no las ouiere. muera por ello.

Si alcaldes fueren dar entrega.

Si alcaldes fueren dar entrega en la uilla. et si ante que el entrega dieren pagare el debdor: non aya medio. maravedi los alcaldes. et de que los alcaldes sean mouidos por ir dar entrega a las aldeas: ayan medio. maravedi.

JUAN CATALINA GARCÍA.

(Se concluirá.)





LA MANO IZQUIERDA

Continuación (1)

La energía del mandato turbó á la mujer, que no difirió un instante el cumplirlo. Cuando entró Amelia en el cuarto, su sobrina, que la esperaba, le habló en voz baja algunas palabras tal vez para prepararla, pues en seguida andando sin hacer ruido, fueron junto al enfermo, cuyo aspecto pareció aterrar á su mujer, la cual prorrumpió en sollozos tapándose la cara con un pañuelo. Mientras tanto, Cecilia ordenó á Mademoiselle Serval que fuese á llamar á M. Julio, y éste poco después de hablar con la joven y ver el aspecto desolador del cuarto de su cuñado, partía en persona guiando un cochecito ligero para traerse al médico.

El enfermo asustaba, más bien por lo que no se veía que por las muestras aparentes de sufrimiento: parecía dormir. Una especie de quejido contraía á veces sus facciones: no se movía, pero su boca entreabierta cerrábase y abríase muchas veces como en demanda de agua ó de aire. Las dos mujeres, sin apartarse un punto de su lado, mirábanle fijamente.

Algo separadas Mlle. Serval y Valeria manteníanse dispuestas á ejecutar lo que Cecilia mandase, y dos criados esperaban órdenes en el extremo del corredor. Rosa, encastillada en su cuarto desde el episodio desagradable, ignoraba lo que estaba pasando y tampoco se le había querido decir nada á

(1) Véase la pág. 644 del tomo anterior.

Mad. de Lagarde. En la chimenea del cuarto ardía un monte de leña, pero su calor apenas podía contrarrestar las columnas de aire frío que entraban por los ventiladores establecidos á propósito en la parte alta de las ventanas. Sólo las campanillas del antiguo carillón adosado á la pared rompían el silencio con sus escalas cada cuarto de hora, y Cecilia las esperaba con ansiedad indecible, y á medida que iban sonando, pensando que faltaba una menos para la venida del médico, parecía que se sentía más animada. Por fin el tiempo pasaba. Calculando la distancia del pueblo y la velocidad con que Julio iría y vendría, el momento deseado no podía tardar. Y después de todo, ¿no se habrían alarmado en vano? ¿Qué entendía ella de enfermedades? Tal vez era aquella una reacción provechosa para el enfermo, y el color encendido un síntoma de mejor circulación en la sangre. En fin, la opinión del médico iba á oirse muy pronto, y esto quitaba por de pronto la responsabilidad.

Un grito del enfermo cortó, con el estremecimiento del espanto, el curso de sus pensamientos tranquilizadores. M. de Beaufort se incorporó, abrió los ojos y dirigió una mirada de angustia á su alrededor.

—¡Amelia—dijo viendo á su mujer,—me muero, me muero sin remedio; no te separes de mí!

—No tengas miedo, Armando: eso no será nada; ¿qué sientes?—y la pobre mujer no encontró mejor manera de corresponder al grito supremo de su marido, que echándole al cuello los dos brazos en demostración de afecto; pero el enfermo, torturado por las cosas irregulares que pasaban en su organismo, no pudo resistir lo que le parecía una tenaza y la rechazó con violencia, volviendo enseguida á caer inerte en la anterior posición. Entonces en una de las ventanas de su nariz apareció una gota de sangre que se desprendió enseguida, después otra, después otra, luego un hilito continuo, después un verdadero chorro. Desde el primer instante había acudido Cecilia con su pañuelo y toallas mientras pedía una jofaina con agua fría.

—Eso va á aliviarte, querido mío—decía Amelia cariñosamente,—mientras el enfermo movía la cabeza con ese respeto que causa siempre la sangre, y Cecilia, empapando una esponja

en el agua helada, procuraba inútilmente contener la hemorragia. Pronto fué necesario traer agua limpia, porque la esponja parecía mojarse en sangre pura, y el enfermo, cada vez más asustado, mandó que echaran en ella gran cantidad de vinagre. Tampoco así se consiguió nada y el chorro continuaba engrosando, sin que el alivio notable que el paciente sentía fuese parte para darle tranquilidad, pues bien conocía el peligro en que se encontraba. Después se procedió á cerrarle con un tapón de hilas el lado de la hemorragia, pero instantáneamente la sangre salió por el otro, y cuando los dos se taparon encontró su salida por la boca, haciendo más aterrador el espectáculo. ¡Quién puede explicar la aceleración de las sensaciones de dolor y de los pensamientos de tortura en los momentos supremos! Felizmente para el que narra, desgraciadamente para el que lee, todos los conocen, que el dolor es en la vida nuestro primer maestro.

No desamparaba Cecilia la cabeza del enfermo, cuyos ojos ya se empañaban con pavorosas sombras. Mad. de Beaufort, incapaz de resistir aquel espectáculo, se había abandonado á su aflicción apartando la vista del moribundo. Azorada Mlle. Serval había perdido la facultad de ser útil, y sólo Valeria, conservando energía en el peligro, ayudaba á Cecilia y trasmitía á los criados allí presentes las órdenes de la joven. Tal era el estado de M. Armando de Beaufort, cuando entró en su cuarto Julio seguido del médico. La primera impresión de éste al ver la cantidad de vasijas ensangrentadas y el semblante cadavérico del enfermo, fué terrible, y cuando salió para buscar en el botiquín de la casa lo que precisaba para contener la hemorragia, dijo á Mad. de Beaufort que le había seguido:

—Mientras hay vida hay esperanza, señora; pero, por si acaso, si V. tiene interés en que su marido reciba los auxilios de la religión, sin pérdida de momento mande V. venir al cura.

XIII

Al cortar la hemorragia, consiguió el médico detener la vida que á toda prisa se escapaba; pero puede decirse que sólo que-

dó presa por un cabello. Horas y días duró la lucha; fué preciso espiar aquel soplo de vida para que no se extinguiese, cerrarle las salidas, hacer un aire artificial, conservar quietud y silencio absoluto: darle alimento en gotas á cada momento. Cuantos recursos tiene la experiencia en un caso semejante en que todo puede perderse por el descuido de un instante, se pusieron en práctica, y M. de Beaufort no se murió. Durante aquellos días Cecilia le cuidó siempre: era la inmediata guardadora de su vida. Mad. de Beaufort, demasiado impresionada para hacer nada de provecho, aunque sin perder de vista al enfermo, se mantenía inactiva en su cuarto, cuya comunicación con el de su marido estaba abierta, y en uno y otro sólo entraban Julio y Valeria, siempre dispuestos para todo. Ni Cecilia ni Amelia querían ver á nadie más: la primera, por no separar un sólo instante su atención del enfermo, y la otra, porque no encontraba alivio en aquellas personas de su casa que se habían quedado de la parte de afuera. Al enterarse por la mañana temprano de lo que ocurría, Rosa había corrido al cuarto de su tío, pero á la puerta estaba Valeria para impedir la entrada por mandato del médico, y tuvo que resignarse á oír de ella el relato de lo pasado, y esperar que alguna salida ó entrada de Julio en el cuarto de su hermana le diese nueva luz. Allí estuvo en el pasillo horas y horas compartiendo la suerte de Mlle. Serval, que á igual puesto había sido relegada.

Intentó dos veces entrar en el cuarto de su tía: ésta no le decía que se marchase, pero la dejaba sola y se iba al del enfermo, donde en absoluto le habían prohibido entrar á ella, la antigua mimada, la allegada, la hija. No era cosa en el primero, ni en el segundo día de peligro inminente, de pensar en el escozor de estas voces del sentimiento ofendido; pero cuando el tiempo pasado sin la renovación de accidente fué bastante para afirmar la esperanza y consentir cierta tranquilidad, Rosa no pudo tolerar aquella exclusión deprimente, y hubo de quejarse á Julio. Sin duda por esto salió Cecilia á hablar con ella un momento, rogando á Mlle. Serval que las dejase solas. Rosa se desahogó entonces dejando salir la expresión de todas las quejas que la fatigaban, y su prima, después de escucharla con su tranquilidad de siempre, la dijo:

—Una emoción fué causa de esta crisis de nuestro tío, y el médico asegura que otra emoción, por pequeña que fuese, podría volver á determinarla; así no digo tú, ni una mosca ha de venir á llamar la atención del enfermo: si hemos de salvarle será de esta manera, y todavía en muchos días no podemos tener esta seguridad. Escucha—dijo variando de conversación y de tono como si aquel punto estuviese bastante discutido,—tengo que hablarte de Adolfo: tú sabes, cuando se marchó me encargó que nada te dijese hasta el día siguiente, y luego como vino todo esto, no fué posible hablarte.

—¿Por qué no me habrá enviado un aviso, una carta cualquiera?—dijo Rosa dejando conocer el sentimiento que en ella dominaba.

—Yo le aconsejé que no te escribiese por miedo á la fiscalización de Mlle., ¿sabes? creyendo poder arreglarlo yo misma; pero aunque no he podido, no creas que lo pierdo de vista, y tengo que decirte muchas cosas.

No necesitó Rosa preguntarlas con la palabra; ninguna hubiera sido tan apremiante como la ansiedad de su rostro.

—Adolfo no se separa de Villepaix—siguió Cecilia,—está en la hospedería del lugar, y manda muchas veces al día á preguntar por el enfermo. Desde que fué posible salir, aconsejé á Julio que le persuadiese de la necesidad de entrar en casa mientras la gravedad dure y pudiese ser necesaria su ayuda. Él ha accedido, y se pasa en el parque la mayor parte del tiempo. Á las dos de la tarde está todos los días en la casa del guarda. Nada sabe mi tía, que está encaprichada contra él y contra tí, y pretende que sois la causa de todo el conflicto. Por eso no quiere verte; pero ya ves, mientras el peligro dure, no se puede porfiar. Ahora me marcho porque ya falto de allí mucho tiempo. Cuenta conmigo, y si tienes algo que decirme mándame unas letras por Julio; por él nada más.

Esta conversación devolvió el temple al alma de Rosa y el alma exclusivamente á su pasión, á la poderosa fuerza del sentimiento consentido ya desde la segunda conferencia con Adolfo y que era señor de sus acciones, árbitro de su porvenir.

En el primer momento de susto por el caso de su tío, en-

tregárase toda entera á la solicitud de su cuidado, y sin más pesar que el de ver sus servicios rechazados, hubiese sacrificado su tranquilidad, su vida, por ser útil al que padecía. Pero en medio de su pesar; agarrado á su alma, penetrándola con más fuerza que nunca, llevaba su amor, y cuanto más solemnes eran los momentos de angustia y la imagen del moribundo imponía su sello de respeto y de dolor, más vibrante, más llena de vida y de luz se mostraba en el corazón de la enamorada la imagen del hombre amado, y no se sabía si estos dos sentimientos tan opuestos, en su colisión se fundían en uno sólo extraño, ó el del amor se aumentaba de modo colosal para proteger el corazón amado de aquel dolor, maligno intruso que se atrevía á oscurecer el horizonte puro y claro de sus dominios. Así Rosa ya no luchó; el peligro que disminuía para el enfermo á cada hora, la evidencia de no poder hacer nada por él y lo que acababa de saber por Cecilia acerca de la ojeriza de su tía, descargáronla de escrúpulos, si es que podía conservarlos, y con toda la fuerza de su amor, aumentada por la perdida en sus decepciones y disgustos, se puso á esperar con ansiedad materialmente febril la hora en que creía poder ver á Adolfo. Pero pareciéndole que no era tanto esperar esperar fuera como dentro de casa, salió dos horas antes de la que le había señalado Cecilia y por si algún milagro de adivinación en el corazón amado le adelantaba el deseado momento, se dirigió á toda prisa á la casa del guarda.

La mujer de éste, muchacha joven que había sido doncella del *Chateau*, paseaba en aquel momento en el claro que formaba la plazoleta de su graciosa casita á su pequeñuela, á quien tenía como una señorita, que todavía no andaba.

—¿Cómo está la monina?—dijo Rosa levantando el velito de tul blanco que protegía del frío cortante la tierna carita de la criatura y besándola con cariño.

—Está mucho mejor, señorita: ya no tose casi nada y hoy he principiado á sacarla un poco para que se vaya acostumbrando al aire libre.

—Tiene V. razón y hace V. muy bien en abrigoarla de esta manera, porque hace mucho frío.

—¡Oh! En cuanto á eso no hay cuidado: por todas partes está cubierta y envueltita en lanas dulces.

—¿Ha venido por aquí M. Deville?

—No, señora.

—¿Está V. segura?

—Yo no lo he visto, y no me he alejado de casa.

—Bueno, Martina; pues si no ha venido no dejará de venir. Yo voy á entrar á calentarme porque tengo frío, y cuando venga le dirá V. dónde estoy.

—Precisamente tiene la señora buen fuego en la sala grande, como encendemos todos los días á esta hora. Aunque el pobre señor no puede ahora venir á sorprendernos, las cosas se pasan según sus órdenes; mire V., nos parece así como una prueba de cariño que le damos, y bien nos la merece; ¡ha sido tan bueno para nosotros! ¡Mi pobre Andrés anda estos días todo trastornado!

Rosa, sin contestar ni consentir que ninguna conversación se entablase, entró en la casita de planta baja y abrió la puerta en el fondo que daba acceso á la espaciosa y cómoda sala que M. de Beaufort se había reservado como punto de partida y de descanso para sus cacerías. Un buen fuego ardía en la chimenea y Rosa se sentó no lejos de él en un diván, figurándose que era cosa fácil lo que tenía allí que hacer. Y con efecto, no parecía difícil al verla tan quieta y tan tranquila sin cambiar de postura, la cabeza reclinada en el almoadillado respaldo, la mirada alta, no se sabía dónde.

Pero condensar y explicar en el humano lenguaje todo lo que pensó y sintió en aquella media hora, sería cosa imposible: al cabo de ella ya no podía resistir.

—¡Dios mío, cuánto tarda!—exclamó. Y al ver que todavía no era la una, se quedó aterrada. Después se fué á pasear y cogió la primera calle en cuesta hacia arriba: quería fatigarse é ir muy lejos, pero apenas había perdido de vista la casita del guarda, le entró temor de que viniese él por otro lado y no la encontrase y bajó la cuesta corriendo. Entonces comenzó á pasear en la plazoleta de un lado á otro sin cesar de dar vueltas, con el movimiento inconsciente de una ardilla enjaulada. Otra vez la presencia de Martina y su gana de hablar la

hicieron refugiarse en la sala de la caza, y ocupar el puesto en el diván, y volver á pasar la mirada vaga por aquellos trofeos de armas y de cabezas de animales disecados, cuyos ojos artificiales, recordándole la época en que ella misma había presidido á su colocación, parecían decirle con lágrimas hipócritas que era una ingrata, mientras las últimas palabras que había oído, las lamentaciones de Martina sobre el «pobre y querido señor,» hallaban eco en sus atormentadores escrúpulos, y otra vez se despertaba la danza macabra de sus sentimientos del pasado.

Decimos que «el que espera desespera,» y comprendemos á bulto la verdad y la intención de esta idea. A bulto decimos, porque estas dos palabras rabian de verse juntas, y no pueden dar definición comprensible no siendo por la sustitución que hacemos inadvertidamente de la palabra *esperar*, por aguardar, lo cual es totalmente diferente, refiriéndose la primera á esa pre-visión del alma, compensadora de todos nuestros desfallecimientos, regeneradora de las fuerzas de nuestra vida y cuya falta sería para el alma como para el cuerpo el vacío, y el acto de aguardar lo que debe venir materialmente. Y en verdad que la comparación es profunda, pues cuando el deseo se mezcla en el asunto, cuando se aguarda, y lo que se aguarda no llega, no puede expresarse de otro modo el sufrimiento que esto origina sino con la palabra *desesperación*, que es lo contrario á la *esperanza*, es decir, la muerte del alma. Estas observaciones pudieran habersele ocurrido á Rosa en la media hora que pasó desde las dos menos cuarto á la dos y cuarto en que por fin vió llegar á Adolfo; la pobre mujer no podía más.

Inmensa debió ser la alegría que la sorpresa del encuentro causó al que llegaba, alegría que se veía bien marcada en la efusión con que estrechaba las dos manos de Rosa envolviéndola en una indecible mirada de ternura, mientras ella, libre ya de aquella terrible sensación de angustia, no sentía en toda su extensión sino la felicidad de no sufrir.

—¿Entramos ó seguimos paseando?—preguntó Adolfo.

—No, no; vamos lejos de aquí—respondió vivamente Rosa; y tomando el brazo que la ofrecía su acompañante se alejó sin

despedirse de Martina, la cual, sin embargo, lo había estado observando todo desde el fondo de una habitación cuya ventana daba á la plazoleta.

—Vámonos lejos de la casa nosotros, los rechazados, ¿sabes? á mí también me rechazan, me dejan á la puerta; ¡he perdido hasta el derecho de cuidar á mi tío!

—¿Y qué importa si nos amamos y no pueden quitarnos esta dicha que nos hace tan superiores á todos. Tú me quieres, ¿no es verdad, mi Rosa?

—¡Te amo con toda mi alma!—dijo ella; y un beso de infinita dulzura, sustituyendo á las palabras, hizo innecesarias en aquellas dos almas que se pertenecían, nuevas fórmulas.

—Todo es pequeño comparado con lo que siento por tí—siguió diciendo ella un buen rato después de haber vuelto á emprender el paseo;—pero repugna á mi carácter tener que ocultarlo, y me turba el no poder conciliar mi amor y mis deberes.

—Nada te turbe, amada mía, que mi amor es bastante poderoso para tranquilizarte. ¿No ves, vida de mi alma, que tú no faltas al sentido de lo recto; que son los otros los que se engañan tomando como positivas y materiales esas líneas rectas y curvas y paralelas, que los hombres han imaginado para facilitar la comprensión de las cosas? Reposas tu hermosa cabeza sobre mi corazón, y él te dirá que tu espíritu de lo recto no te engaña y que al desenredarte de los hilos que sujetaban tu existencia sistemática y entristecida, no rompes ningún deber, sino que vas á cumplirlo en otra esfera más ancha, que es la tuya. El primer deber del hombre es ser feliz, esta es ley que nos da la naturaleza con la vida. Dime, ¿no es para nosotros la fuente de toda dicha nuestro amor? Quienes faltan al deber, son los que allá abajo querrían poner su veto estúpido á la ley de nuestras almas y de nuestras vidas. Miopes del entendimiento, se incomodan con el que ve de lejos, diciéndole que lo que ve no existe, y pobres de sentimiento y de alma, ni dan ni reciben sino en la escatimada medida de su capacidad. Yo también, en la necesidad inconsciente de mi corazón, he querido darles abnegación y ternura sin tasa, y me las han rechazado como cosa de la cual no tienen necesidad. ¡Oh! no tienen

necesidad de nosotros: son ricos de dinero y esto les da la posibilidad de fabricarse un recinto de desconfianza donde están satisfechos y á sus anchas creyéndose dueños del mundo y divertidos por todos aquellos que pasan por la baja poterna de la adulación. Amada mía, no pienses en ellos; eso no es el universo, ni ellos son la humanidad. El mundo es ancho y nosotros tenemos alas para volar y muchas riquezas de alma y de corazón para ser dichosos y repartir con los necesitados. ¿Me quieres mucho, Rosa mía? Yo te adoro, y aunque nuestro amor data de poco tiempo, á mí me parece que ha nacido, al mismo tiempo que en mi alma se formaba, indeterminada y vaga, pero con potencia prodigiosa, la necesidad de amar.

—¡Oh, Adolfo, Adolfo mío! Yo sentí al verte como una revelación; parecióme que todas las melancolías de mi vida consistían en que te buscaba y no te había encontrado.

Llegaban entonces nuestros amantes á un claro del bosque que permitía, desde la meseta elevada que habían alcanzado, ver mucho paisaje más allá de los límites de la posesión. El terreno se extendía sin ondulaciones á mucha distancia delante de ellos, siempre bien cultivado, sin abrojos, sin variaciones de tonos. A la derecha cortaba el paisaje sin cambiarlo la vía férrea, cuya curva suave se empequeñecía con la potencia visual hasta perderse en el horizonte, mientras que á la derecha se dibujaban lejanas colinas, y por la izquierda los árboles del bosque de Villepaix se perdían en los de otras propiedades, cerrando la vista un mar de ramas entremezcladas cuyas anatómicas formas se dibujaban claramente desprovistas del ostentoso follage. Y aunque el paisaje más tenía de triste que de alegre, bajo el peso de la pesada y opaca atmósfera, como ellos llevaban en sí mismos luz y belleza, cuanto es dado sentir al alma humana, lo encontraron delicioso y en él se detuvieron hablando de su amor y de sus esperanzas, y aunque sus frases podrían parecer repetidísimas y sus prolongados silencios enojosos y pesados, ellos expresaban toda la exuberante riqueza de su pasión con aquellas palabras tan poco variadas, ó se comunicaban mejor aún su ternura con la mirada sola, sin el intermediario de la palabra.

Anocheció: el tiempo pasó rápido en aquella meseta fría y

árida, pero que les pareció, como efectivamente lo era, un oasis en su vida. Rosa, después de estar callada más tiempo del acostumbrado, y como desprendida un poco de las caricias de su amado, dijo á éste:

—No quiero volver abajo; no puedo resistir la lucha ni la situación que se me hace allí: ¡que crean de mí lo que se les antoje! Iré á refugiarme en Voielac, ¡el lugar donde murió mi pobre madre y mi padrastro, y donde tengo amigos que nunca hubiera debido abandonar! ¡Gentes modestas y sencillas, pero que tienen corazón y no desconfían! Tú me acompañarás hasta Versailles y de allí tomarás un coche. Mientras mi tío esté enfermo allí permaneceré, porque si alguna vez me llama quiero volar á su lado. Si esto no sucede jamás volveré á Villepaix; no necesitan de mí ni yo de ellos; el mundo es ancho y escusamos de hacernos sombra unos á otros. Después, Adolfo mío, iré á donde tú me lleves, porque mi única ambición es no separarme de tu lado ni un solo día de mi vida. Me has hablado de tus proyectos de ir á los Estados Unidos á estudiar la sociedad en su más moderna forma de civilización y al hombre en la conciencia de su libertad y en el encadenamiento de su trabajo. No varíes tus planes, porque esta idea me gusta mucho; me parece que allí no me alcanzarán las sombras del pasado, que seré muy feliz en tu amor, en tu trabajo, en tus esperanzas y no quiero vivir absolutamente de otra vida que de la tuya.

Adolfo la estaba mirando en un verdadero éxtasis. ¡Qué feliz me haces y qué bien me parece tu determinación! ¡Ven, esposa mía! Te llevaré á Versailles; á Voielac; á donde quieras. Respetaré tu voluntad, cumpliré tus deseos, y te haré tan feliz cuanto hayas podido soñar en tus horas de tranquilidad y de sosiego.

Y sellando de nuevo esta promesa con un beso de amor, comenzaron los dos á seguir la senda estrecha y bastante difícil que más pronto conducía fuera del dominio de Villepaix, y que había de dejarles en buena vía para seguir ya sin tropezos la del ferrocarril, hasta la cercana estación.

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Dichas y desdichas.—Anuncios que no tranquilizan.—La campaña administrativa

CERRÁRONSE las puertas de ambos palacios políticos. Los Cuerpos colegisladores veranean. Adiós discursos grandilocuentes; adiós emociones imprevistas de la interpelación bien estudiada ó de la acre pregunta. Todos nuestros hombres de Estado, los aspirantes á serlo, y hasta todos los cortesanos, dejan la coronada villa de las orillas del pobre Manzanares para ir en busca de playas marítimas, de arenales y conchas... Bien hayan los dichosos que cobran nuevos bríos en el veraneo y se remozan durante esta tregua que nos impone el clima.

Pero no todo son dichas. La política no suele desperdiciar ocasiones, y ya se anuncian misteriosas reuniones, fértiles acaso en buenos resultados, y también conciliábulos que pudieran resultar funestos.

Hablemos ante todo de los rumores poco gratos, teniendo presente que un antiguo adagio aconseja andar pronto el mal camino.

*
* *
*

Supone el Sr. Ministro de la Gobernación, que ninguna extrañeza debe producirnos otra intentona revolucionaria. Dícese, en efecto, que ha habido ó hay ciertas precauciones militares, que se maquina algo; pero el Gobierno, que lo sabe todo, vive alerta y podemos dormir tranquilos. Bueno es que se nos avise con tiempo.

Acercas de los rumores de nueva algarada, leemos lo siguiente:

«Tanto se ha hablado de la cuestión de orden público, sin que la generalidad de las gentes haya tenido más noticias ni indicios que lo consignado en algunos periódicos acerca de precauciones adoptadas por el Sr. Ministro de la Gobernación y rumores de que el Sr. Ruiz Zorrilla se ha ausentado de París, que ya se empieza á presentar con un carácter poco menos que ridículo cuanto se dice y anuncia sobre este asunto.

Ahora se pretende que el Sr. Ruíz Zorrilla dispone de algunas respetables cantidades para la conspiración; que con él han salido de París algunos de sus amigos, suponiéndose que haya sido para la frontera, y que se trama algo grave y trascendental. Los republicanos zorrillistas niegan cuanto se dice, y protestan contra los propósitos que se les atribuyen.

Por su parte *El Globo*, después de burlarse de ciertas actitudes y demostrar lo arriesgado de ciertas empresas, cuando ha de suponerse que la autoridad se halla más prevenida, pide al Ministerio la seriedad debida, pues «de lo contrario—dice—y si continúa como hasta la fecha, será cosa de creer que su único encargo se reduce á evitar insurrecciones, y que de esto sólo depende el que prosiga ó cese en la Gobernación del Estado.»

Por nuestra parte, creemos, y sabemos por experiencia, que el verano es la época más á propósito para las algaradas; que el calor enciende la sangre; que el fresco de la noche convida á esparcimientos á pie ó á caballo; y, finalmente, que el señor Ministro de la Gobernación no se habría preocupado con el asunto, ni dado de él cuenta, como se ha dicho, en el último Consejo de Ministros, si para ello no hubiese tenido algún racional fundamento.

Lo que conviene es que viva prevenido y que no le sor-

prenda alguna algarada, como la del 19 de Septiembre: vale más que peque por exceso de precaución que por sobra de confianza.»

Muy bien dicho. Haya ó no jugadas de Bolsa en perspectiva, lo importante es que el Gobierno sepa evitar otra cuartelada. No es justo que algunos pundonorosos militares y todos paguemos la imprevisión de un Gobierno cuyos desaciertos reformistas han creado ya tantos y tan lamentables rozamientos entre las armas generales y los cuerpos facultativos de la milicia.



La disidencia del Sr. Gamazo, disidencia que pudiera llegar á ser la más simpática y aplaudida, si fijándose exclusivamente en los intereses generales del país, supiese romper de una vez los lazos políticos que la entorpecen é inutilizan, prepara nuevas manifestaciones que mucho celebraríamos fuesen más fecundas en resultados que sus esfuerzos hasta la fecha. Allá en Santander tratan de reunirse y concertarse para otras campañas los amigos del exministro castellano.

También en Barcelona ha de celebrarse una reunión magna, en la que se ha dicho existe el propósito de formular compromisos serios, encaminados á remediar la crisis agrícola é industrial que nos consume. Esta reunión será presidida en el mes de Septiembre por el Sr. Cánovas del Castillo.

Las opiniones del jefe del partido conservador, acerca de los problemas hacendistas, no son para nadie un misterio. La prensa de provincias las ha sintetizado de la siguiente manera:

«El Sr. Cánovas, resumiendo las discusiones económicas de esta época, y sintetizando sus teorías armónicas enfrente de las pretendidas leyes naturales y permanentes de la escuela libreçambista, grabó en la bandera del partido conservador el interesante lema de amparo á la producción y reforma de los servicios para obtener economías en los gastos públicos, como primera necesidad que ha de satisfacer el régimen político para vivir de acuerdo con la opinión del país».

¿Cuándo acabarán de convencerse nuestros gobernantes que no son reformas políticas, sino reformas económicas las que el pueblo atribulado reclama á voz en grito?

* *

El Gobierno está decidido á emprender su gran campaña administrativa durante este bienaventurado interregno parlamentario que se disfruta. Así lo afirman y repiten á todas horas los órganos oficiales.

Nos felicitáramos por este grato anuncio, si pudiésemos tener confianza en tan halagüeños propósitos. Pero desgraciadamente sabemos por experiencia lo que valen y significan tales promesas.

Los sueltos y artículos que con admirable y envidiable formalidad reproduce la prensa afecta á los distintos ministerios, no son más que sueltos y artículos copiados, mejor dicho, estereotipados del mismo período de vacaciones del año pasado.

Mucho se nos prometió entonces, y nos quedamos lo mismo. ¿Cómo hemos de olvidarlo?

Actividad y pruebas se necesitan, y no palabras que lleve el viento. Nos consta que las gratas brisas del mar pudieran muy bien reproducir aquellas antiguas y beatíficas somnolencias que hoy serían sin embargo fatales.

A.





REVISTA EXTRANJERA

El Quirinal y el Vaticano.—Nebulosidades del horizonte.



ENTRE los múltiples conflictos que amenazan á la Europa de nuestros días, y de continuo aparecen con más ó menos franqueza sobre el trabajado tapete de la diplomacia, ninguno llama tanto la atención á estas horas como la reciente y trascendental actitud del Gobierno del Quirinal, contra los eternos intereses del Vaticano.

Atrevido hombre de escuela se ha manifestado siempre el Sr. Crispi, y en esta ocasión parece decidido á arrostrar las reclamaciones de los católicos en primer término, y luego de las grandes Potencias interesadas también en mantener las altas prerrogativas del Jefe supremo del catolicismo.

Interesante es el estudio de los hechos que, en estos últimos tiempos, sostienen y avivan la hostilidad de los gobernantes de Italia contra el Papado, hostilidad recíproca y más penosa y encontrada que nunca, amenazando tal vez con una ruptura definitiva.

Años hace que viene divorciada la opinión católica de las absorbentes tendencias del criterio radicalmente unitario que impera en los consejos de Humberto I, y no es la primera vez que circulan por el mundo rumores de estar en vísperas de querer abandonar á Roma el Sumo Pontífice con su Sagrado

Colegio, aceptando tal vez la hospitalidad que, fuera del territorio italiano, han ofrecido varias naciones á las más augustas autoridades de la Iglesia; pero nunca fueron las disensiones y las luchas sordas tan manifiestas como de algún tiempo á esta parte.

Se comprende que las ideas radicales del Sr. Crispi se hayan visto tristemente contrariadas por la brillantísima manifestación llevada á cabo en Roma, con motivo del jubileo del Papa León XIII, manifestación de acatamiento tributado por todos los pueblos del orbe, profundo homenaje que demuestra el alto prestigio que rodea la soberanía de los Papas.

No fueron ya ciertas naciones esencialmente católicas, como Austria y España, Portugal y Francia, las que accedían con entusiasmo á solemnizar los festejos. También Alemania, Inglaterra y hasta Rusia—para no fijarnos más que en Europa—han querido distinguirse y brillar en primera fila por la espontánea expresión de su respeto, la riqueza de sus regalos y el lujo de las diputaciones encargadas de ofrecerlos, dando al mundo ejemplos de deferencia al venerable anciano que aún reina sobre millones de almas. Y en verdad que la admiración llega á sus últimos límites, viendo que la poderosa y luterana Alemania, casi omnipotente hoy en Europa, no se desdeña de solicitar la mediación del Sumo Pontífice en el asunto de las Carolinas, y poco después acude también solícita á las fiestas del Jubileo, acercándose con el mayor afecto al Vaticano.

Pero Crispi y sus compañeros de Gabinete, inspirados sin duda por una incomprensible animadversión y un evidente despecho, han discurrido ahora dar la más singular de las soluciones á la famosa fórmula de Cavour, que declaraba «la Iglesia libre en el Estado libre.» El mundo civilizado no podrá menos de sorprenderse al ver de qué tortuosas maneras quiere coartarse la libertad de un Pontífice á cuyos piés se postran tantos débiles y tantos fuertes. Cuatro ó cinco artículos añadidos al Código penal italiano bastarán, según parece, para producir perturbaciones lamentables en la libertad de acción que necesita y constantemente reclama la Santa Sede.

Se trata de declarar ilegal y punible en la Italia libre todo

acto que tienda á alterar la unidad del Estado; se intenta castigar severamente toda manifestación en favor del Papa; se quiere considerar como un crimen cualquier llamamiento en favor de la soberanía temporal de la Santa Sede. Los juriconsultos y legisladores del Parlamento cuya mayoría aplaude las medidas políticas de Crispi, creyendo sin duda que el Vaticano forma parte integrante de Italia y que el Papa reside en territorio italiano, se han propuesto inventar y definir un nuevo crimen, el crimen de pedir el restablecimiento de la soberanía temporal de los Pontífices, como si tal aspiración fuese un acto ilegal, un ataque directo á la unidad del Reino italiano. No nos extraña que el Pontífice proteste con toda energía contra la introducción de semejante delito en el Código penal de Italia. El Papa tiene mil veces razón: la independencia de su poder espiritual resultaría absolutamente burlada, y la famosa ley de garantías sancionada en 1871 sería letra muerta, siempre y cuando un funcionario público se propusiera emplear esa arma terrible que un error de concepto y una ceguedad incalificable ponen hoy en manos de un juez cualquiera.

Los temores de que el Papa pueda verse obligado un día á abandonar á Roma, se repiten con insistencia y toman cuerpo en determinados períodos de diez y ocho años á esta parte. Estos temores estuvieron á punto de realizarse durante el pontificado de Pío IX, cuando se habló de trasladar la Santa Sede romana á Córcega, á Malta, al Tirol, á las Baleares, á cualquier rincón de tierra donde el Papa fuera absolutamente dueño de sus acciones y pudiese ejercer en la mayor plenitud todas sus funciones espirituales. Nadie ha olvidado tampoco la difícil situación en que hubo de encontrarse ya el mismo León XIII después de los escándalos promovidos, á ciencia y paciencia del Gobierno italiano, cuando se trasladaron los restos del bondadoso Pío IX.

Y la verdad es que la cuestión del punto de residencia no puede tener la misma importancia en los tiempos modernos, gracias á los poderosos medios de comunicación que ahora existen; la verdad es que, si el Papado quisiera algún día apartarse de las orillas del Tiber, no sería la Ciudad Eterna la

que tendría más motivos de felicitarse por ello. Los católicos seguirían siendo católicos, y el fervor y la obediencia llevarían á otro afortunado país esas oleadas de peregrinos que tantos caudales han dejado y dejan hoy en Italia.

Siempre fueron desastrosas y contraproducentes las luchas del espíritu de secta contra el sentimiento religioso y universal de los pueblos, siendo en esta ocasión más lamentable que nunca una lucha entablada precisamente en los días de un Pontífice cuyo gran talento y cuya acertada diplomacia han sabido siempre captarse las simpatías del mundo entero.

* * *

Esperaremos á ver el resultado de las próximas entrevistas imperiales para juzgar en definitiva la política internacional del joven Soberano de Alemania, cuya personalidad suele ser juzgada tan sistemáticamente, tan parcialmente y con tan negros colores por el periodismo de Francia y de Inglaterra. Necesarias son pruebas para juzgar con acierto.

Entretanto, asistiremos con curiosidad al inmoral espectáculo de desorden que sigue dándonos la Cámara de los diputados de la vecina República. Insultos y recriminaciones, iras y locuras, desafíos y estocadas, nunca fueron, como son hoy día, los argumentos propios de gobernantes serios. La terrible guerra entablada entre revisionistas y antirrevisionistas y otros síntomas alarmantes, revelan á las claras que ha llegado Francia á un período de transición, á un período decisivo cuyo término no puede calcular la previsión humana.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

L'Art et la Poésie chez l'Enfant, par BERNARD PÉREZ.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1888.—En 4.º, 308 páginas. Precio, 5 pesetas.*

Prosigue M. Pérez en este nuevo libro que forma parte de la notable *Biblioteca de filosofía contemporánea*, sus preciosos estudios acerca del alma infantil. Nos presenta por maravillosa manera lo que es, desde el primero hasta el duodécimo año, en los niños ordinarios el gusto por adornarse y el arte de agradar, el sentimiento de la naturaleza, de la música y del dibujo, de la lectura, de la composición literaria y de la tendencia dramática.

Como el asunto es menos lato que el de los precedentes estudios ha podido M. Pérez dar mayor extensión á los diversos documentos que tanto atractivo comunican á sus obras psicológicas. Este libro lo leerán con

igual interés los padres de familia y los maestros, los psicólogos y los artistas. Á éstos sorprenderá á menudo encontrar en el niño el germen de sus emociones más refinadas y de sus creaciones más sublimes.

En resumen: el libro *L'Art et la Poésie chez l'Enfant*, por la importancia del asunto, por los encantos del estilo y por las cualidades de ejecución, es, sin disputa, una de las obras más interesantes que ha dedicado su eximio autor á la psicología de la infancia.

Forma un elegante volumen, impreso con la pulcritud que acostumbra siempre el inteligente y activo editor M. Félix Alcan.

*
**

Memoria del Comisario regio,
nombrado por Real decreto de 13 de Abril de 1885, para la reedificación

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

de los pueblos destruidos por los terremotos en las provincias de Granada y Málaga.—Madrid, 1888. En 4.º mayor, 412 páginas y 22 láminas.

Pocas veces se ha tributado tan unánime y entusiasta aplauso como el obtenido por el Sr. D. Fermín de Lasala, Duque de Mandas, por el patriotismo, inteligencia, celo y desinterés que ha demostrado en el desempeño del difícil cargo que se le confirió con motivo de los terremotos de Andalucía. Triste experiencia ha hecho que las gentes se inclinen á pecar de suspicaces cuando de la distribución de lo recaudado en suscripciones se trata; mas en la ocasión presente todos han reconocido el acierto, la actividad incansable y el estricto rigor desplegados por el Sr. Lasala. Sin preferencias, siempre injustificadas; sin retrasos que suelen disminuir la eficacia del socorro; sin otros gastos que los indispensables, dió por terminado su encargo el Sr. Lasala, quien no ha querido otra recompensa que la íntima satisfacción de haber sido útil á sus conciudadanos, negándose á que se le concediese la Grandeza de España con que el Gobierno español quería premiar sus eminentes servicios.

Ahora acaba de dar á luz el señor Lasala una importante *Memoria*, que contiene datos interesantísimos. Reseña á grandes rasgos los acontecimientos de la noche del día de Navidad de 1884, el viaje de S. M. el Rey D. Alfonso XII, los primeros cooperadores y la zona seísmica; indica las dificultades con que tropezaba respecto al criterio que había de seguirse en la distribución de los socorros, que alcanzaron la suma de 6.455.985 pesetas en la suscripción oficial, y unos tres millones y medio de pese-

tas los de la particular, cantidades con las que ha sido posible remediar todos los daños.

Desde luego se comprendió que era preciso y urgente construir muchos edificios de nueva planta y hacer reparaciones en otros. Efectuáronse, pues, gran número de reparaciones por los propietarios auxiliados por la Comisaría, y, á pesar de haberse propagado el cólera en proporciones alarmantes, el 15 de Julio de 1885 empezaron las reparaciones, y el 15 de Septiembre de 1887 estaban concluidas. El número de personas auxiliadas en esta forma asciende á 12.345.

Tocante á las poblaciones nuevas, la Comisaría regia empezó por adquirir 72.426 metros cuadrados de terreno en el pueblo de Alhama, 102.805 en Arenas del Rey, 9.671 en Albuñuelas, 50.148 en Güevéjar, 14.425 en Periana y 17.387 en Zafarraya. Habiendo declarado la Comisión científica que el mayor número de las víctimas se debió á las malas condiciones de la edificación, se propuso la Comisaría dar á sus edificaciones la resistencia y estabilidad apetecibles dentro del género de construcción exigido por las condiciones climatológicas del país. Como se quería indemnizar á los propietarios con arreglo á las pérdidas que habían sufrido, adoptáronse cinco tipos para proyectar y construir las casas. Se acudió al concurso para la construcción, y, en total, se edificaron 739 casas, de las que corresponden 227 á Alhama, 220 á Arenas del Réy, 130 á Güevéjar, 66 á Albuñuelas, 56 á Periana y 40 á Zafarraya. De ellas, 70 pertenecen al tipo primero, 347 al segundo, 6 al tercero, 242 al cuarto y 74 al quinto.

Cuidó especialmente el Comisario regio de que el vecindario interviniera

lo más posible en el reparto de las casas, y se procuró que hubiese alguna proporcionalidad entre la finca perdida y la recibida.

Invertida ya mucha parte de la suscripción nacional, hubo que atender á la urbanización de las poblaciones nuevas, construyéndose una plaza y 19 calles en Alhama, 2 y 19 en Arenas del Rey, 12 calles en Albuñuelas, una plaza y 11 calles en Güevéjar, igual número en Periana y una y 6 en Zafarraya, para lo cual fué preciso mover 95.527 metros cúbicos de tierras. Se invirtió en este trabajo una suma de 117.568 pesetas.

La brevedad de una nota bibliográfica nos priva de enumerar muchas de las atinadas observaciones que hace en su *Memoria* el Sr. Lasala. Pero no callaremos que todo el personal facultativo y administrativo no consumió más que 245.209 pesetas de haberes, ó lo que es lo mismo, el 3,92 por 100 de la suma invertida.

Completan el libro que examinamos los siguientes documentos: acta de inauguración de los pueblos reconstruidos, inscripciones esculpidas en el monumento levantado en Alhama y en la iglesia de Güevéjar, relación de los donativos recibidos de las provincias de España y de fuera, edictos y circulares, relación de los vecinos á quienes se ha auxiliado con casa y de las reparaciones hechas por la Comisaría regia, resúmen de las operaciones practicadas para la concesión de auxilios en metálico y relación nominal de los propietarios auxiliados, relación de los vales caducados, cuentas mensuales y cuenta general. Ilustran la obra los dibujos que representan modelos de casas, varios planos y las fotografías de los pueblos.

Reciba el digno y generoso Duque

de Mandas nuestra más cordial enhorabuena.

*
* *

El alcornoque y la industria corchera, por D. PRIMITIVO ARTIGAS Y TEIXIDOR, ingeniero de Montes.—Madrid, 1888. En 4.º, 32 páginas.

Todos los centros de la Administración se han afanado por estar dignamente representados en la Exposición Universal de Barcelona, y, entre ellos toca lugar preferente al Cuerpo de Montes. Con tal motivo, varios de sus individuos han escrito curiosos folletos. A este número pertenece el redactado por el Sr. Artigas, ilustrado ingeniero y docto profesor que fué de la Escuela del Escorial.

Empieza el opúsculo con la descripción del alcornoque, indicando todas sus propiedades y condiciones; luego, en la segunda parte, que está dedicada á la industria corchera, reséñanse el apilamiento, cocción y raspado de las panas de corcho; la división de éstas en tiras y en cuadrados, la elaboración de los tapones, su nuevo apartado ó clasificación, lavado, clases, embalaje, mercados, aranceles, aplicaciones del corcho, y en suma, se hace un estudio acabadísimo de la materia con la competencia propia del esclarecido ingeniero Sr. Artigas.

*
* *

Publicaciones de Gauthier-Villars.—París, 1888.

Hemos recibido el *Boletín* que trimestralmente da á la estampa la importante librería de los Sres. Gauthier-Villars é hijos. Citaremos algunas de las notables obras que en los seis últimos meses de 1887 han pu-

blicado: *Annuaire pour l'an 1888*, publié par le Bureau des Longitudes, *Annuaire de l'observatoire municipal de Montsouris pour 1888*; *Thermodynamique*, por J. Bertrand, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, volumen en que ha coleccionado el ilustre sabio sus explicaciones en el Colegio de Francia; *Introduction à l'étude de la Thermodynamique*, por Blondlot, libro redactado para facilitar el estudio de esta ciencia á los que la abordan por primera vez; *Atlas de Météorologie maritime*, publicado por la Oficina central meteorológica de Francia; tres tomos más de la magnífica edición de las *Obras completas* de Agustín Cauchy; *Théorie mécanique de la chaleur*, por R. Clausius, uno de los trabajos más valiosos del insigne fisico alemán; *Traité élémentaire d'électricité avec les principales applications*, por R. Colson, capitán de ingenieros, tratado del que en poco tiempo se han hecho dos ediciones; *La Genèse des Éléments*, por W. Crookes, memoria leída ante la Institución real de Londres; *Traité de Météorologie à l'usage des Photographes*, por Elsdén; el tomo primero de las *Obras de Fourier*, que trata de la «Teoría analítica del calor»; *Traité pratique de Galvanoplastie et d'Electrolyse*, por Geymet; *Cours d'Analyse infinitésimale*, por Gilbert; *Bibliographie générale de l'Astronomie*, por Houzeau y Lancaster; *Exercices de Géométrie analytique et de Géométrie supérieure*, por J. Kœhler, profesor de la Escuela Politécnica; *Traité d'Analyse*, por Laurent; *La Statique graphique et ses applications aux constructions*, por M. Lévy; *Résumé du Cours d'Analyse infinitésimale de l'Université de Gand*, por P. Mansion, doctor en Ciencias; *Histoire des Sciences mathématiques*

et Physiques, por M. Marie, profesor de Mecánica de la Escuela Politécnica; *Mémoire sur l'intégration graphique et ses applications*, por Massau; *Traité de Trigonométrie*, por J. A. Serret; *La Géométrie grecque*, por Tannery; *Traité de Cinématique*, por Villié, ingeniero de Minas.

Además ha publicado dicha casa editorial multitud de folletos y de revistas interesantes que dan á conocer la última palabra de la ciencia. Del esmero tipográfico que avalora las publicaciones, huelga cuanto pudiéramos decir en su elogio.

* *

Instituto provincial de Guipúzcoa.—*Memoria acerca de su estado durante el curso de 1886 á 1887*, por D. CÁNDIDO RÍOS Y RIAL, Catedrático y Secretario de este Establecimiento.—San Sebastián, 1888.

Basta hojear esta Memoria, correctamente escrita, para convencerse del estado floreciente y de la fructuosa enseñanza del Instituto de San Sebastián, resultados debidos al celo de sus doctos profesores.

En el curso de 1886-87 se matricularon en la enseñanza oficial 164 alumnos, en la privada 242 y en la doméstica 33, con 415, 626 y 83 inscripciones de matrícula, respectivamente. Se concedieron 9 premios y 11 menciones honoríficas entre los 36 aspirantes que se presentaron. Solicitaron los ejercicios del grado de bachiller 49 alumnos.

Se ha procurado aumentar el material científico y literario y se han hecho mejoras importantes en el edificio que ocupa el Instituto.

* *

Dios dispone, por A. DUMAS.—Traducción de Luis Calvo.—Barcelo-

na, Luis Tasso, editor, 1888.—En 8.º, 272 páginas. Precio, una peseta.

Prosigue la acreditada casa editorial del Sr. Tasso la publicación de las obras de Alejandro Dumas. Últimamente ha salido á luz la titulada *Dios lo dispone*, que es una de las más interesantes, traducida con especial esmero por el distinguido escritor D. Luis Calvo.

* * *

Estudios jurídicos, por D. MANUEL DURÁN Y BAS.—Barcelona, JUAN OLIVERES, editor, 1888. En 4.º. 394 páginas.

El activo editor de Barcelona, señor Oliveres, ha tenido la feliz idea de emprender la publicación de las obras completas del esclarecido jurisconsulto D. Manuel Durán y Bas, honra del foro español. Comienza el primer tomo con una extensa *Introducción* escrita por D. Luciano Ribera, en que se traza la interesante biografía del Sr. Durán, persona de clarísimo talento, vasta instrucción y elocuencia suma.

Trece estudios, todos notables, forman el tomo objeto de estas líneas. Son los denominados: El Individualismo y el derecho, Las teorías individualistas con relación al derecho penal, La teoría del derecho en la Ciencia Nueva de Vico La Filosofía de las Leyes desde el punto de vista cristiano, La ciencia del derecho en el siglo XIX, El derecho en las legislaciones civiles del siglo XIX, El derecho en las instituciones penales del siglo XIX, Concepto fundamental del derecho en su desenvolvimiento científico en el siglo XIX, La escuela histórica y Savigny, La Codificación, La escuela jurídica catalana, y, finalmen-

te, Estructura más apropiada para un Código civil español. Además se incluye un concienzudo discurso del sabio catedrático doctor D. Francisco Permanyer.

* * *

Les Lois du Progrès, par R. FEDERICI.—Obra traducida del italiano.—París, FÉLIX ALCAN, editor, 1888. En 4.º, 216 páginas. Precio, 6 pesetas.

Este libro es un estudio histórico acerca del desenvolvimiento de las nacionalidades; el autor, amigo de Francia y antiguo diputado del Parlamento italiano, no cree que á Italia le pueda convenir imitar las instituciones alemanas. Partidario de la unidad italiana, hubiese, sin embargo, preferido para su país la forma federal á la concentración de los poderes y la unidad de gobierno. Apoyando su opinión con numerosos ejemplos, tomados de la Historia, tanto entre las naciones antiguas como entre las modernas, señala el Sr. Federici la repulsión de la sociedad humana á reunirse en grandes aglomeraciones, y la fragilidad de los imperios inmensos que, bajo su confusa masa, aplastan y hacen perecer á los pueblos. Por último, manifiesta el deseo de que al principio de nacionalidad, que es el derecho de emancipación de los pueblos separados por la naturaleza, no se sustituyan las conquistas, esto es, el derecho de la fuerza, que es la vuelta á las prácticas bárbaras de los siglos pasados.

Merece atenta lectura el concienzudo trabajo del Sr. Federici, pensador esclarecido, á quien la muerte ha sorprendido en toda la energía de su gran talento. La edición es esmeradísima.—R. A.